CRIMEN & CIA.

David Goodis

RATEROS

VERSAL

David Goodis

RATEROS

(The Burglar, 1953)

1

A las tres de la madrugada, no merodeaba un alma en los alrededores de la mansión y sus ventanas estaban oscuras. La casa era una solemne silueta de color morado oscuro, recortada por la pálida luz de la luna, sobre el aterciopelado verde de un jardín de césped en suave pendiente. El morado oscuro servía de diana y el proyectil era Nathaniel Harbin, sentado al volante de un automóvil aparcado en una limpia y ancha calle que se abría hacia el norte desde la misma mansión. Harbin sostenía entre sus labios un cigarrillo sin encender y sobre su regazo tenía un plano sobre el que planificar un robo. Éste indicaba el recorrido para penetrar en la mansión y llegar a la espaciosa biblioteca, en cuya pared más alejada había una caja fuerte empotrada que contenía las esmeraldas.

En el coche, Harbin esperaba con sus tres compañeros. Dos de ellos eran hombres y el tercero era una chica rubia y flaca de veinte y pocos años. Todos permanecían en silencio, mirando la mansión. No tenían nada que decirse y muy poco en qué pensar, ya que la casa había sido estudiada a fondo y el plan elaborado una y otra vez hasta programar todos los movimientos, discutiendo, analizando y ensayando a fin de conseguir un plan ingenioso y preciso que parecía infalible. Harbin se dijo que era infalible y, por unos instantes, dejó que este pensamiento le confortara; luego, apretó el cigarrillo entre los dientes y se dijo que no había nada infalible. El golpe iba a ser arriesgado; de hecho, podría resultar el más atrevido que jamás hubieran intentado. Ciertamente, era el más importante de todos los hasta ahora llevados a cabo, y eran estos golpes importantes los que mayor peligro presentaban. Los pensamientos de Harbin no pasaron de aquí. Tendía a echar el freno a sus pensamientos cuando empezaban a derivar hacia el peligro.

Harbin contaba treinta y cuatro años y durante los últimos dieciocho había sido un ratero. Nunca le habían atrapado y, a pesar del constante riesgo, jamás se había encontrado en una situación verdaderamente apurada. Su forma de trabajar era silenciosa y lenta, muy lenta, siempre desarmado, siempre artísticamente —sin que supiera, ni le interesara saber, que trabajaba con firma—, siempre meticuloso en su tarea y siempre sumamente infeliz al realizarla.

La falta de satisfacciones se le notaba en la mirada. Tenía unos ojos grises que casi nunca brillaban; ojos apagados que le daban el aspecto de estar sufriendo en silencio. Era un hombre bastante apuesto, de estatura media y peso medio, y tenía el cabello del color del trigo maduro que peinaba pulcramente con

raya a un lado. Su forma de vestirse era aseada y discreta, y tenía una voz suave y discreta, apagada como sus ojos. Muy raramente alzaba la voz, ni siquiera cuando reía, y se reía muy pocas veces. Casi nunca sonreía.

En este sentido, era semejante a Baylock, sentado junto a él en el asiento delantero del coche. Baylock era un hombre bajo y muy delgado, entrado ya en los cuarenta, que se volvía calvo y viejo por la preocupación y el pesimismo, que estaba enfermando del hígado y que tendía a saltarse comidas y horas de sueño. Los ojos de Baylock parpadeaban sin cesar debido a su mala visión, y tenía unas manos pequeñas y huesudas que constantemente se frotaba a causa de las preocupaciones y del recuerdo de la prisión que había conocido años antes. Baylock había estado preso, según él, durante un período muy largo, y en determinadas ocasiones hablaba de la cárcel y de lo horrible que era, y aseguraba que preferiría estar muerto y enterrado antes que volver a ella. Baylock era un pesado y en ocasiones llegaba a atacar los nervios de su interlocutor. A veces se hacía insoportable.

Harbin recordaba momentos precisos en los que había llegado a hartarse de Baylock, cansado de escuchar sus continuas protestas y gemidos, el sonido quejumbroso y pesimista como el goteo de un grifo que se metía en los nervios, y se metía, y se metía, hasta que no quedaba otra solución que apartarse de él hasta que se cansara de oír su propia voz. Baylock siempre tardaba en cansarse, pero, por otra parte, era un individuo de absoluta confianza durante el golpe y útil después del golpe por su capacidad de valorar el botín y, sobre todo, valioso porque siempre exponía con toda franqueza sus motivos y acciones.

Harbin reconocía y apreciaba este rasgo poco corriente. Él igual que la chica y Dohmer, que estaban sentados en el asiento de atrás. Aunque Dohmer mostraba de vez en cuando una hostilidad activa hacia Baylock, siempre era una hostilidad pasajera que hervía, se concentraba, estallaba y se desvanecía. Dohmer era un holandés alto y corpulento, próximo a los cuarenta años, con una nariz ancha y grande, un cuello grueso y un cerebro espeso. Su cerebro jamás trataba de llevar a cabo aquellas funciones que sabía que no podía realizar, y por este motivo Dohmer le resultaba a Harbin tan valioso como Baylock. Dohmer era bastante torpe de movimientos y nunca se le permitía trabajar en el interior de las casas, pero en el exterior funcionaba bien como vigía y en las emergencias actuaba de modo más o menos automático, reaccionando como un sistema de alambres y engranajes.

Harbin se quitó el cigarrillo de la boca, lo miró y lo devolvió al mismo lugar. Giró su cabeza hacia Baylock, y luego siguió girándola para observar a Dohmer y la chica. La chica, Gladden, le devolvió la mirada y, cuando sus ojos se encontraron, hubo un instante de tensión, como si la cosa no pudiera pasar de

aquí. Por el cristal posterior penetraba el resplandor de una farola lejana, posándose en el cabello amarillento de Gladden y en parte de su rostro. El resplandor revelaba los angulosos rasgos de su cara, el amarillo de sus ojos, la fina línea de su garganta. Estaba sentada en silencio, mirando a Harbin, y éste veía su delgadez como una prueba tangible de su falta de peso mientras en su mente se decía que ella pesaba toneladas y toneladas, todas suspendidas de una cuerda que él llevaba atada al cuello. Contempló la carga que Gladden le representaba y trató de sonreír, pero no lo logró porque en aquel momento la veía como una carga y sólo como una carga. Luego reaccionó, alejándose de aquel momento, y la vio sólo como Gladden.

Vista sólo como Gladden era una chica callada y amable cuya compañía resultaba agradable. En los golpes era completamente mecánica y ejecutaba sus funciones como si estuviera haciendo calceta. En todos ellos se ocupaba de la preparación, y lo hacía de una forma tranquila, casi despreocupada, que hacía que su trabajo pareciera fácil cuando en realidad era muy difícil, a veces más difícil que el golpe en sí. En este golpe, con el que pretendían conseguir esmeraldas por valor de cien mil dólares, Gladden había trabajado durante seis semanas a fin de establecer buenas relaciones con algunos de los sirvientes de la casa y entrar con el pretexto de visitarles cuando la familia hubiese salido, para reunir la información y transmitírsela a Harbin y a Baylock y a Dohmer. Y todo esto lo hacía ateniéndose estrictamente a un plan; recibir instrucciones de Harbin sin hacer preguntas, cumplir escrupulosamente las instrucciones, regresar con los datos previstos y aguantar en silencio los quejidos, gemidos y protestas de Baylock. Baylock decía que les había facilitado una información incompleta, y que sin duda había más alarmas de las que ella aseguraba. Baylock se quejaba de que no cumplía satisfactoriamente con su cometido. Pero es que Baylock siempre las tomaba con Gladden.

En sus ataques no había nada personal. Baylock la apreciaba y cuando no estaban ocupados en un golpe se mostraba amable e incluso, de vez en cuando, tenía algún detalle con ella. Pero los golpes eran lo más importante en la vida de Baylock y él consideraba a Gladden como un estorbo, como una fuerza negativa que se oponía al éxito de sus trabajos. Aun cuando los golpes salían bien, Gladden era una mujer, y las mujeres tarde o temprano traen problemas. Baylock estaba constantemente buscando apartes con Harbin para insistir en este punto. Gladden era el principal motivo de queja de Baylock, aunque nunca lo exponía abiertamente delante suyo. Esperaba a que no estuviera cerca y entonces daba comienzo a su queja favorita, asegurándole a Harbin que no necesitaban a Gladden, que deberían entregarle algún dinero y hacerla marchar, que sería mejor para ella y, desde luego, mucho mejor para ellos.

Harbin hacía siempre todo lo posible para cambiar de conversación, porque éste era un tema sobre el que no sólo no le gustaba hablar, sino que incluso le disgustaba pensar. Sabía que no podía explicarle a Baylock las razones por las que debían conservar a Gladden. Eran razones muy profundas, y había veces en que él mismo trataba de entenderlas sin conseguirlo, viéndolas únicamente como elementos vagos que flotaban sobre una siniestra profundidad. Su contacto y su relación con Gladden configuraban un estado de cosas verdaderamente singular, en el que había algo de antinatural; era como un rompecabezas que aparecía ante sus ojos y se quedaba ante ellos, negándose a disolverse, persistente, creciendo siempre. Había pasado numerosas noches sin dormir, contemplando el negro techo de la habitación, con la imagen de Gladden como un martillo que caía desde arriba y le golpeaba en el cerebro. Se diría que casi podía ver el martillo, sus destellos metálicos en la oscuridad del cuarto, la fuerza de su caída, descendiendo hacia él, clavándose en él. Como si estuviera amarrado de pies y manos sin posibilidad de escapatoria. La cosa estaba implantada. Era así. No podía huir de Gladden.

Entonces, al contemplarla y viendo su rostro en el asiento de atrás del coche, hizo un nuevo intento de sonreír. No podía. Pero ella sí le sonreía. Había dulzura en su sonrisa suave y agradable, pero para él era como una afilada hoja que lo desgarraba y tuvo que desviar la mirada. Mordió el cigarrillo deseando poder encenderlo, pero sus normas respecto a encender cerillas durante los golpes eran estrictas. Se paseó el cigarrillo por los labios y consultó su reloj.

Luego se volvió hacia Baylock y observó:

—Creo que ya podemos empezar.

—¿Has comprobado las herramientas?

—Ahora lo hago —respondió Harbin, extrayendo del bolsillo de la chaqueta un pequeño cilindro metálico que habría podido pasar por una estilográfica. Oprimió un extremo y contempló el rayo de luz que iluminó el suelo del automóvil. De otro bolsillo sacó un estuche de franela anudado con un cordón de zapato, deshizo el nudo, extrajo las minúsculas herramientas una a una y se las acercó a un ojo, mientras mantenía el otro cerrado, para estudiar sus finas puntas y afilados bordes, tocando el liso metal con las yemas de los dedos y cerrando ambos ojos para concentrarse en el tacto del frío y preciso metal. Antes de un golpe era prudente comprobar siempre el estado de todos los útiles. Harbin había aprendido mucho antes que el metal es un elemento imprevisible y que, a veces, elige los momentos más inoportunos para estropearse.

Las herramientas parecían en buen estado, de modo que las devolvió a su estuche, metiéndoselo en el bolsillo. Consultó de nuevo su reloj.

—Muy bien. Mantened los ojos abiertos.

—¿Te vas ya? —preguntó Dohmer.

Harbin asintió, abrió la portezuela y salió del coche. Cruzó el amplio y liso asfalto negro y llegó a la acera que bordeaba los arriates del jardín de la mansión. Caminando sobre el césped, se dirigió hacia la ventana que había elegido. El estuche de franela salió otra vez de su bolsillo y de él tomó un instrumento que servía para cortar vidrio. Éste cumplió su cometido silenciosamente, mientras Harbin sostenía la palanquita que accionaba su minúscula hoja. Finalmente, logró retirar un pequeño rectángulo de cristal, lo suficiente como para que Harbin introdujera sus dedos y abriera el pestillo de la ventana. A continuación, alzó la ventana lenta y silenciosamente. Se dijo que Gladden ya debía de estar a punto de llegar. Oyó un ruido a su lado y se volvió para verla. Ella sonrió y con un gesto rápido de su mano derecha, algo así como espantar una mosca de la nariz, le indicó que Dohmer y Baylock estaban en los puestos previstos. Dohmer se hallaba en la parte posterior de la casa, vigilando las ventanas del piso alto por si se encendía alguna luz. Baylock estaba en el jardín, al frente de la mansión, en un lugar desde el que podía observar tanto las ventanas delanteras y laterales como la calle y el coche aparcado. Era muy importante no perder de vista el coche. La policía de la Main Line de Filadelfia conocía casi todos los automóviles de aquella zona residencial y sin duda se sentiría inclinada a investigar todos los coches sospechosos.

Harbin alzó un dedo hacia la ventana y Gladden saltó al interior. Cuando Harbin la siguió, un rayo de luz de su pequeña linterna se deslizó bajo el brazo de ella. Luego, Gladden se hizo cargo de la linterna y ambos cruzaron la sala en dirección a la caja fuerte. Aún no se había intentado camuflar la caja, cuando a la luz de la linterna apareció un cuadrado de bronce con un ornado cierre de combinación en su centro. Harbin meneó lentamente la cabeza y Gladden regresó a la ventana, atenta a las posibles señales luminosas de Dohmer y Baylock.

Ante la caja, Harbin volvió a consultar su reloj. La estudió, ignorando la rueda de la combinación y concentrándose en los bordes del cuadrado de bronce. Tras consultar una vez más el reloj, Harbin se concedió un máximo de cinco minutos. Comenzó a mascar el cigarrillo sin encender y extrajo la herramienta conveniente de su estuche de franela. Era una pequeñísima sierra circular accionada por un dispositivo hidráulico del tipo de una jeringuilla hipodérmica. Los dientes de la sierra se hincaron en el panel de roble que rodeaba el cuadrado de bronce. Harbin tenía la cara casi pegada a la madera, pero de vez en cuando la apartaba para comprobar si había una luz verde en la pared más cercana. La luz verde, en el caso de que apareciera, procedería de la linterna de Gladden. Lo más probable era que la viese, pero quería estar seguro, porque su linterna solo emitía

un hilo de luz verdosa y, si no la enfocaba con precisión, podía pasarle por alto. Si veía la luz verde, era que Gladden había recibido una alarma de Baylock o de Dohmer, o de ambos. Significaría que Dohmer correría hacia la ventana para entrar en la mansión e interceptar a cualquiera que bajara del piso de arriba, utilizando su técnica especial para neutralizar, silenciosa pero firmemente, a la persona en cuestión. O también podía significar que había problemas en el exterior, y entonces Dohmer y Baylock tendrían que representar un montaje para evitar sospechas. Podía significar muchas, muchas cosas, y Harbin tenía todas las posibilidades presentes en su cerebro.

La sierra terminó con un lado del cuadrado. El ritmo de la sierra producía un sonido semejante al de un hombre que gruñera guturalmente. Era un sonido nocturno y podía tomarse por el de algún insecto en el aire primaveral. O bien por el ruido de un automóvil lejano. Era un ruido que Harbin había comprobado muchas veces en la base, haciendo que Gladden utilizara la sierra en el piso de abajo mientras él escuchaba con la cabeza sobre la almohada, tratando de desechar toda idea preconcebida, hasta que al fin había decidido que era un ruido tolerable. En la base siempre estaban realizando este tipo de comprobaciones y practicaban constantemente. Todos ellos detestaban las prácticas, sobre todo Harbin, pero era éste quien rápidamente sofocaba todas las protestas.

Había cortado ya tres lados del cuadrado y estaba trabajando en el cuarto, cuando sus ojos percibieron el resplandor. Se volvió y vio la llama verde brillante de la linterna de Gladden. La luz verde se encendió, se apagó, se encendió de nuevo, permaneció encendida y, por fin, emitió tres destellos, anunciándole a Harbin que había problemas en el exterior, que Baylock había dado la señal, que se trataba de la policía y que estaban inspeccionando el coche. Harbin abrió ligeramente la boca y el cigarrillo masticado se deslizó de entre sus dientes, rebotó en su codo y cayó al suelo. Se agachó y lo recogió con la mirada fija en la ventana, esperando nuevas señales de Gladden. Su silueta se recortaba de perfil, enmarcada por la ventana. Para ser una chica tan delgada, se dijo, su estatura era razonable; algo así como un metro sesenta. Pero debería ganar peso. Comía como un pajarillo. La policía, imaginó, estaría atisbando por las ventanillas del coche. Se imaginó su potente automóvil de persecución detenido junto al suyo, y los policías rodeándolo, mirándolo sin decir nada. A continuación se meterían dentro. Inspeccionarían el interior. Eran tremendos estos policías, porque lo próximo que harían sería mirarse el uno al otro. Después echarían una ojeada alrededor, hacia el aire de la noche. Se quedarían ahí parados. La policía, se dijo, era magnífica cuando se trataba de quedarse ahí parada. A veces, iban un poco más lejos y se echaban la gorra atrás y adelante. Nadie era capaz de echarse la gorra atrás y adelante con la perfección de un

policía. Siguió mirando a Gladden y esperando nuevas señales de su linterna, pero ésta permanecía apagada. Harbin miró la hora. Cuando volvió a consultar su reloj, habían pasado ocho minutos y comprendió que tenía que hacer algo, porque la falta de noticias de Gladden significaba que la policía todavía estaba allí.

Cruzó la habitación y se fue hacia Gladden.

Se detuvo junto a su rostro de perfil y le habló al oído.

—Voy a salir.

Los únicos movimientos de ella eran los de la respiración. Mantuvo la vista fija en un muro del jardín, donde se reflejarían las otras linternas en caso de ser encendidas.

—¿Qué les dirás?

—Que se ha estropeado el coche —respondió—. Había ido en busca de un mecánico.

Por unos instantes ella no dijo nada. Harbin esperó a que hiciera alguna observación. Era una auténtica emergencia, y nada de lo que ella pudiera decir tendría consecuencias prácticas para él, pues pensaba salir de todos modos. Pero le gustaba saber que sus decisiones eran buenas, y quería que ella se lo confirmara. Le entregó las herramientas y la linterna. Esperó.

—Siempre has subestimado a la policía —dijo finalmente.

No era la primera vez que se lo decía. No le molestó. Quizá fuese cierto. Quizá esto representaba una grave debilidad en su trabajo y alguna noche le causaría problemas. Pero no dejaban de ser quizás, y a él nunca le afectaba lo posible, ni siquiera lo probable. Lo único que le importaba era lo seguro.

—Vigila lo que comes —contestó él, por decir algo antes de marcharse. Salió por la ventana y echó a andar sobre el césped en dirección a la parte posterior de la casa, manteniéndose pegado a los muros. Aparecieron arbustos ante su cara. Los rodeó y vio a Dohmer agazapado junto a los peldaños de piedra que conducían a la puerta de la cocina. Emitió un ruidito por la comisura de los labios. Dohmer se volvió. Le dirigió una breve sonrisa y siguió andando hacia el otro lado de la casa, atravesando el jardín, hasta ver a Baylock pegado a una pared del garaje, en el otro extremo del césped. Salió detrás del garaje y se acercó cautelosamente a Baylock, haciendo apenas el ruido necesario para que Baylock le oyera llegar. Baylock se agitó un poco y le miró. Harbin asintió con un movimiento de cabeza y Baylock repitió el mismo gesto. Se giró y volvió sobre sus pasos para llegar al otro lado del garaje. Allí había otros arbustos. Cruzó entre ellos. Otro seto le condujo hasta cerca del extremo de la calzada, hacia una calle en curva que descendía por el lado norte de la mansión. Una vez allí, se quitó la chaqueta, se desabrochó el cuello de la camisa, se metió un

cigarrillo en la boca y prendió una cerilla.

Con la chaqueta colgada del brazo y el cigarrillo encendido, echó a andar calle arriba hasta que llegó a la curva en el punto más alto de la cuesta. Desde ahí se veía su coche negro aparcado y el coche rojo de los dos policías.

Ambos permanecieron allí parados, esperando que llegara. Harbin suspiró y meneó lentamente la cabeza al llegar junto a ellos. Uno de los policías era un hombre corpulento de más de cuarenta años, y el otro un joven apuesto con ojos de color azul claro, como aguamarinas.

El policía corpulento preguntó:

—¿Es suyo este coche?

—Ojalá no lo fuera. —Harbin lo contempló y sacudió la cabeza.

—¿Qué está haciendo aquí? —quiso saber el más joven.

Harbin frunció el ceño, sin dejar de mirar el coche.

—¿Saben si hay algún mecánico por aquí cerca que tenga el taller abierto?

El policía corpulento se frotó la barbilla.

—¿Está de broma?

El joven estudió el coche negro. Era un sedán Chevrolet de 1946.

—¿Qué le pasa?

Harbin se encogió de hombros.

—Déjeme ver sus papeles —pidió el policía de más edad.

Harbin le tendió su cartera y contempló al joven policía, que daba vueltas al Chevrolet y lo examinaba como si fuera un bicho raro en el zoo. Harbin se apoyó en un guardabarros y siguió fumando su cigarrillo, mientras el otro policía verificaba los papeles y se cercioraba de que coincidieran con la matrícula del coche. El policía joven abrió la portezuela del otro lado y se sentó al volante.

El policía corpulento le devolvió la cartera y Harbin observó: —He caminado al menos tres kilómetros. Nada. Ni siquiera una estación de servicio.

—¿Sabe usted la hora que es?

Harbin miró su reloj.

—Dios mío.

Desde el interior del coche, el policía joven preguntó: —¿Dónde están las llaves?

—¿Cómo dice?

—Digo que dónde están las llaves. Quiero probarlo.

Harbin abrió la portezuela del conductor, tendió su mano hacia el contacto y no halló ninguna llave. Frunció el ceño ante la nariz aguileña del policía joven. Se apartó unos pasos del coche y se llevó la mano al bolsillo de atrás de sus pantalones. Acto seguido, comenzó a buscar las llaves por toda su ropa, mientras se decía que los ojos del policía joven no le gustaban nada.

El policía joven salió del coche y cruzó sus musculosos brazos, observándole mientras buscaba las llaves.

—¡Maldita sea! —exclamó Harbin, registrando los bolsillos de la chaqueta.

—¿Cómo puede haber perdido las llaves? —inquirió el policía joven.

—No las he perdido —respondió Harbin—. Han de estar por alguna parte.

—¿Ha estado bebiendo? —El policía joven se le acercó un poco.

—Ni una gota.

—Muy bien. Entonces, ¿dónde tiene las llaves del coche?

En vez de responder, Harbin se agachó y metió la cabeza bajo el volante para mirar en el suelo, entre los pedales. Oyó que el policía más joven preguntaba: —¿Has comprobado sus papeles?

—Están en orden —respondió el policía corpulento.

Una mano se posó en el hombro de Harbin, y oyó la voz del policía joven diciéndole: —¡Oiga!

Harbin se incorporó y se volvió hacia el policía.

—Hay noches en que es mejor no salir de casa —se quejó.

El policía joven había vuelto a cruzar los brazos. Sus ojos como aguamarinas lo escrutaban con frialdad.

—¿A qué se dedica?

—Venta a plazos —contestó Harbin.

—¿De puerta en puerta?

Harbin asintió.

El policía joven miró de reojo al policía corpulento y, en seguida, volvió su apuesto rostro hacia Harbin.

—¿Y cómo le va?

—Voy tirando. —Harbin forzó una débil sonrisa—. Ya sabe cómo son las cosas. Hay que luchar.

—¿Y quién no? —intervino el policía corpulento.

Harbin se frotó la nuca.

—Debía llevar las llaves en la mano cuando he salido del coche. Supongo que se me caerían mientras andaba. —Esperó a que los policías dijeran algo, y al ver que no lo hacían añadió—: Será mejor que me eche en el asiento de atrás y trate de dormir un poco.

—No —replicó el policía joven—. Eso no se puede hacer.

—¿Pueden acompañarme hasta la ciudad?

El policía joven señaló su potente automóvil rojo.

—¿Se ha creído que esto es un taxi?

Harbin embutió las manos en los bolsillos del pantalón y contempló con abatimiento la calle desierta.

—Podría quedarme a dormir en el coche —insistió.

Se produjo una larga pausa. Harbin mantuvo la vista apartada de sus rostros. Tenía la impresión de que el policía joven estaba mirándole fijamente. Sabía que estaba en el punto en que los policías habían de tomar una u otra decisión, y lo único que podía hacer era esperar.

Finalmente, le habló el policía corpulento.

—Vamos, métase en su automóvil. La noche ya está muy entrada.

Harbin pasó ante los ojos de color aguamarina del policía joven. Abrió la portezuela de atrás, subió al coche, se tendió sobre la tapicería y cerró los ojos. Al cabo de un minuto, más o menos, oyó arrancar el motor del coche rojo y cómo se alejaba.

La manecilla más larga de su reloj recorrió siete minutos antes de que Harbin alzara la cabeza para atisbar por la ventanilla. Tras bajar el cristal escuchó atentamente, pero el aire nocturno no transmitía ningún sonido. Absorbió el silencio, disfrutándolo. Después, salió del Chevrolet, se metió otro cigarrillo en la boca y echó a andar hacia la mansión.

Cuando llegó, Gladden seguía en la ventana. Harbin le dirigió una sonrisa mientras ella le devolvía las herramientas. Conectó su linterna, la enfocó hacia la caja fuerte y siguió el rayo de luz blanca hacia el otro extremo de la habitación, hacia el cuadrado de bronce. Y, tras el bronce, las esmeraldas.

2

Contemplaban el botín. Los cuatro se encontraban en el piso alto de una casa pequeña y deslucida del barrio de Kensington, en Filadelfia. La casa estaba a nombre de Dohmer y era muy pequeña, una más en una angosta calle rodeada de fábricas. La casa era su vivienda y su cuartel general, y la llamaban la base. Aun con las ventanas cerradas, no dejaba de penetrar el polvo y el aire sucio de las fábricas. Gladden solía arrojar el paño de limpieza contra las ventanas y decir que era inútil tratar de combatir el polvo, pero al cabo de un rato suspiraba, recogía el trapo y proseguía con la limpieza.

La mesa del cuarto de Baylock, en el piso alto, estaba en el centro de la habitación, y se habían reunido todos en torno a ella para contemplar a Baylock mientras éste examinaba las esmeraldas. Los dedos de Baylock eran pinzas de fino metal que sujetaban las piedras una por una y las alzaban hasta la lente que había encajado sobre su ojo izquierdo. Dohmer engullía sorbos de cerveza de una botella de litro y Gladden se sujetaba las manos por la espalda, apoyando ligeramente un hombro sobre el pecho de Harbin, cuyo cigarrillo impregnaba de humo el amarillo cabello de Gladden y flotaba hacia el centro de la mesa, donde las gemas ardían con fuego verde.

Al cabo de un rato, Baylock se quitó la lente del ojo y tomó una hoja de papel en la que había ido anotando el valor aproximado de cada pieza.

—En total, yo diría que valen unos ciento diez mil dólares. Si se tallan las piedras, se funde el platino y se vuelve a trabajar, tendríamos que sacar unos cuarenta mil.

—Cuarenta mil —repitió Dohmer.

Baylock frunció el ceño.

—Menos los gastos.

—¿Qué gastos? —quiso saber Dohmer.

—Gastos generales —explicó Baylock, mordiéndose un labio.

Harbin miró las esmeraldas. Se dijo que había sido un buen golpe y que debería sentirse orgulloso. Se preguntó por qué no se sentía satisfecho con aquel botín.

—Tendríamos que desprendernos de esto rápidamente —añadió Baylock. Se puso en pie, paseó por el cuarto y volvió junto a la mesa—. Lo mejor sería partir mañana. Hacemos las maletas y nos vamos con las piedras a México.

Harbin meneó la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó Baylock.

Harbin no respondió. Había sacado su cartera y estaba rompiendo a pedacitos el permiso de conducir y la tarjeta de registro del coche. Se volvió hacia Dohmer.

—Consigue papeles nuevos y ocúpate del Chevvie. Pero rápido. Tapicería nueva, pintura nueva, matrícula nueva. Todo.

Dohmer asintió. En seguida, preguntó:

—¿De qué color lo quieres?

Respondió Gladden.

—Me gustaría de color naranja.

Harbin la miró. Estaba esperando a que Baylock iniciara una discusión a propósito de México. Sabía que tendría que decir algo acerca de este país.

—Píntalo de un naranja apagado —insistió Gladden—. No me gustan los colores vivos. Son vulgares. Cuando compro ropa, la compro de colores tenues. De buen gusto. Con clase. Píntalo de un naranja tirando a gris, o naranja apagado.

Dohmer apartó la botella de cerveza de su boca.

—No sé de qué estás hablando.

—Ojalá —exclamó Gladden— pudiera charlar alguna vez con mujeres. Si pudiera hablar con ellas sobre cosas de mujeres, siquiera una vez al mes, me sentiría feliz.

Baylock se pasó los dedos por entre sus escasos cabellos. Miró las esmeraldas, frunciendo el ceño.

—Creo que tendríamos que irnos mañana mismo a México.

—He dicho que no —replicó Harbin secamente.

Baylock prosiguió como si Harbin no hubiera dicho nada.

—Mañana es el mejor momento para marcharse, en cuanto tengamos terminado el coche. Nos vamos a la ciudad de México y le pasamos el material a un tasador. Hay que venderlo en seguida.

—Mañana no —repitió Harbin—. Ni tampoco la semana que viene. Ni el mes que viene.

Baylock alzó la vista.

—¿Cuánto quieres esperar?

—Entre seis meses y un año.

—Demasiado tiempo —objetó Baylock—. Pueden ocurrir demasiadas cosas. —Entonces, por alguna razón desconocida, se volvió hacia Gladden y sus ojos se convirtieron en meras rendijas—. Cosas estúpidas, como pintar el coche de naranja brillante.

—Yo no he dicho naranja brillante —protestó Gladden—. He dicho que los colores vivos no me gustaban.

—Como empezar a alternar en sociedad —continuó Baylock— o entablar relaciones con los criados de Main Line.

—Déjame en paz —respondió Gladden. Volviéndose hacia Harbin, repitió—: Dile que me deje en paz.

—Como tener ideas refinadas —añadió Baylock—. De buen gusto. Ideas con clase. Antes de que nos demos cuenta, estarás dando la nota por ahí.

—¡Cállate de una vez, Joe! —exclamó Gladden—. No tienes derecho a hablarme así. Me hice amiga de los criados porque era el único modo de reconocer la casa. —Se volvió de nuevo hacia Harbin—. ¿Por qué ha de tomarla siempre conmigo?

—Antes de que nos demos cuenta —prosiguió Baylock—, estará codeándose con la sociedad de Main Line. Vendrá gente rica a esta casa para jugar al bridge y tomar el té y admirar nuestras esmeraldas.

Harbin se dirigió a Gladden.

—Sal un momento. Vete a la sala.

—No —replicó Gladden.

—Vamos —insistió Harbin—, sal de aquí y vete a la sala.

—Me quedaré aquí. —Gladden estaba temblando de furia.

Baylock la miró, ceñudo, y preguntó:

—¿Por qué no haces lo que te ordenan?

Gladden volcó su ira en Baylock.

—¡Cierra de una maldita vez tu asquerosa e inmunda boca!

Harbin sintió que algo se retorcía en su interior, algo que comenzaba a despertar. Sabía lo que era. Lo había sentido otras veces y no quería que volviera a suceder. Trató de sofocarlo y reprimirlo, pero seguía moviéndose dentro de él y empezaba a ascender.

Baylock insistió:

—Yo digo que nos vayamos mañana. Digo…

—Basta. —La voz de Harbin cortó el aire de la habitación—. Basta, basta…

—Oye, Nat… —comenzó Gladden.

—Tú también. —Harbin se había levantado de la silla, y la sostenía con su mano, la levantaba hacia el techo, arriba. Luego estrelló la silla contra la pared y, acercándose a la cómoda, asió una botella de cerveza medio llena y la arrojó al suelo, haciéndola añicos. Cerró un puño y golpeó repetidamente el aire. Su respiración sonaba como una máquina estropeada. El mismo se rogaba que se detuviera, pero no era capaz de contenerse. Los demás permanecieron parados, mirándole como lo habían hecho ya en numerosas ocasiones parecidas. No se movieron. Se quedaron parados, esperando a que remitiera su furor.

—¡Fuera! —gritó él—. ¡Salid todos fuera! —Se arrojó sobre el colchón de

Baylock y hundió sus uñas en las sábanas, rasgándolas mientras arqueaba su espalda para destruir el tejido—. ¡Salid! —repitió—. ¡Salid y dejadme solo!

Los otros abandonaron la habitación. Él estaba de rodillas sobre la cama, rasgando las sábanas, desgarrándolas hasta convertirlas en fragmentos deshilachados. Cayó sobre un costado, rodó fuera del colchón y chocó contra la mesa, volcándola. Las piedras preciosas saltaron por el suelo. Harbin quedó en tierra entre las esmeraldas, tocándolas con su cuerpo sin darse cuenta. Cerró los ojos y oyó voces en el vestíbulo. La voz de Dohmer se alzaba cada vez más, sofocando los gritos de Baylock. Gladden chilló algo que no llegó a entender, pero comprendió lo que estaba ocurriendo. Sentía ganas de permanecer tendido en el suelo y dejar que pasara lo que tuviera que pasar, pero al oír el chillido de Gladden se incorporó y salió tambaleándose de la habitación.

Llegó al vestíbulo y se lanzó entre Dohmer y Baylock. Se agachó para rodear con sus brazos las rodillas de Dohmer, clavó un hombro contra el muslo de Dohmer y, afianzando bien sus pies en el suelo, empujó hacia abajo hasta arrastrarle hacia dentro.

Los ojos de Dohmer no le veían. Estaba mirando más allá, en dirección a Baylock. Éste mostraba una expresión muy compungida. Su ojo izquierdo aparecía hinchado y enrojecido, y tenía un corte en la ceja.

Levantándose lentamente, Harbin exclamó:

—¡Basta ya! Todo ha terminado.

—No ha terminado —protestó Baylock, llorando sin lágrimas.

—Si piensas así —dijo Harbin—, no te quedes ahí parado dándole vueltas al asunto. Aquí tienes a Dohmer. Si quieres pegarle, no te contengas. Pégale.

Baylock no respondió. Dohmer se había puesto en pie y se daba masajes en la frente, como si tuviera un fuerte dolor de cabeza. Abrió un par de veces la boca para decir algo, pero le faltaron las palabras.

Gladden encendió un cigarrillo y le dirigió a Harbin una mirada de reproche.

—Ha sido por culpa tuya.

—Ya lo sé —reconoció Harbin. Sin mirar a Baylock, añadió—: Si ciertas personas no me hicieran salir de mis casillas, quizá no ocurriría.

—Lo único que hago —se lamentó Baylock— es decir lo que pienso.

—Eso no es pensar —replicó Harbin—. Es quejarse. Siempre estás quejándote. —Hizo un gesto en dirección al cuarto de baño—. Arréglalo un poco —le pidió a Gladden. La chica se llevó a Baylock hacia el baño. Harbin regresó al dormitorio y comenzó a ordenar las cosas.

En el umbral, Dohmer se frotó los nudillos contra la palma.

—No sé qué me ha pasado.

Harbin levantó la mesa volcada. Colocó la silla en su lugar. Recogió las

gemas desparramadas y, cuando las tuvo todas de nuevo y las hubo dejado en su paño, sobre la mesa, se volvió hacia Dohmer.

—Me pones enfermo —declaró.

—Baylock te pone enfermo.

—Baylock me irrita. Tú me pones enfermo.

—No quería hacerle daño —aseguró Dohmer—. Te juro que no tenía intención de pegarle.

—Por eso me pones enfermo. Mientras haces lo que tienes intención de hacer, eres muy útil. Pero cuando pierdes la cabeza eres peor que inútil.

—Tú también has perdido la cabeza.

—Cuando me descontrolo —respondió Harbin— doy puñetazos al aire, no a la gente. —Señaló las sábanas desgarradas—. Rompo cosas. No ataco a mis colaboradores. Mira qué puños tienes. Podrías haberlo matado.

Dohmer entró en la habitación y se sentó en el borde de la cama. Seguía frotándose los nudillos.

—¿Por qué han de pasar cosas así?

—Son los nervios.

—Tenemos que librarnos de eso.

—No podemos —replicó Harbin—. Los nervios son como unos pequeñísimos alambres que llevamos dentro. No se pueden sacar. Cuando están demasiado tensos, saltan.

—Eso no es bueno.

—Pero no podemos hacer nada —explicó Harbin—, excepto tratar de encauzar la furia cuando estalla. Eso es lo que intento hacer. Procuro encauzar la furia. En vez de pegar a Baylock, tendrías que haber pegado contra la pared.

—Soy demasiado fuerte. —La voz de Dohmer era pesarosa. Miró suplicante a Harbin—. Tienes que creerme, Nat. No tengo nada contra Baylock. Me gusta. Siempre ha sido bueno conmigo. Me ha hecho más favores de los que puedo recordar. Y mira cómo se lo pago. Con un puñetazo en el ojo. Con esta mano le he pegado. —Extendió su mano derecha, como si la ofreciera para ser cortada.

Harbin contempló cómo Dohmer agachaba la cabeza, hundiendo sus inmensos hombros y ocultando el rostro entre sus manos. De su garganta surgió algo, mitad gemido, mitad sollozo. Era evidente que Dohmer deseaba quedarse a solas con su remordimiento, y Harbin salió de la habitación y cerró la puerta.

Al entrar en el cuarto de baño vio a Baylock con la cabeza echada hacia atrás, bajo la luz. Gladden le apretó suavemente la herida con un lápiz estíptico, llevó el lápiz blanco bajo el chorro de agua fría y volvió a aplicárselo. Baylock emitió un débil quejido.

—Es horrible —explicó Baylock—. Quema como fuego.

—Déjame que lo vea. —Harbin se aproximó para examinar el ojo—. El corte no es muy hondo. En todo caso, no te harán falta puntos.

Baylock contempló el suelo hoscamente.

—¿Por qué ha tenido que pegarme?

—Le duele más a él que a ti.

—¿Tiene un ojo como éste?

—Preferiría tenerlo —respondió Harbin—. Está muy arrepentido.

—Eso es un gran alivio para mi ojo.

Harbin encendió un cigarrillo muy pausadamente. Luego, tras aspirar algunas bocanadas de humo, se volvió hacia Gladden.

—Ve a la cocina y prepáranos algo de comer. Luego te llevaré a tomar una copa.

—¿Hará falta que me arregle? —preguntó Gladden—. Me encanta vestirme para salir.

Harbin sonrió.

—Me gusta muchísimo ir arreglada. El vestido que más me gusta es el de las lentejuelas plateadas. ¿Te gusta a ti, Nat? El vestido amarillo de lentejuelas.

—Es muy bonito.

—Me muero de ganas de ponérmelo —aseguró Gladden—. Apenas si puedo esperar a sacarlo del armario y ponérmelo de una vez. Entonces saldré contigo e iré con mi vestido preferido.

—Perfecto —respondió Harbin—. Me parece perfecto.

—Siempre es perfecto cuando llevo un vestido que me encanta, y éste de lentejuelas me gusta de verdad. Me siento excitada sólo de pensarlo.

Se marchó. La oyeron llegar a las escaleras, hablando en voz alta consigo misma.

—Sólo de pensarlo.

La oyeron bajar los escalones.

—Esto —empezó Baylock— es algo que no alcanzo a comprender. —Había olvidado el dolor del ojo y miraba directamente a Harbin, con expresión meditabunda e inquisitiva—. No soy yo quien te ataca los nervios. Es la chica. La chica siempre te hace saltar los nervios. Esta chica es tonta y tú lo sabes. Creo que ya es hora de que hagas algo al respecto.

—Muy bien —respondió Harbin, agitando su mano con cansancio—. No sigas.

—Es tonta —repitió Baylock—. Esta chica es tonta.

—¿Por qué no te callas?

—Fíjate, Nat. Fíjate bien. Tú sabes que yo no tengo nada en contra de Gladden. Es una buena chica y tiene buenas intenciones, pero no es ésa la

cuestión. La cuestión es que es tonta y que los dos lo sabemos. La diferencia entre nosotros es que yo lo digo y tú no quieres reconocerlo. Ahogas este conocimiento en tu interior, y por eso has estallado antes como una bomba. No puedo ir más lejos, pero sé que la cosa es mucho más honda.

—¿No podemos olvidar este tema?

—Claro que podemos —asintió Baylock—. Y otra cosa que podemos hacer es abandonar el negocio.

—Estás pisando terreno peligroso, Joe. No me gusta lo que has dicho.

—Digo lo que me consta que es un hecho. Tú quieres hacer ciertas cosas y yo quiero estar contigo cuando las haces. Igual que Dohmer. Pero la chica es harina de otro costal. Todo lo que ella hace, lo hace porque tú se lo dices. Usando su propio cerebro, no podría moverse ni un centímetro; no, al menos, en la dirección que nos interesa. Eso trae problemas, y tarde o temprano nos estallarán en la cara. No me digas que no te das cuenta.

Harbin abrió la boca, la cerró otra vez firmemente y volvió a abrirla de nuevo.

—¿Estás tratando de asustarme?

—Ya estás asustado.

La voz de Harbin se convirtió en un susurro.

—Ten cuidado.

La actitud de Baylock cambió radicalmente.

—¿Qué demonios te pasa? —se quejó—. ¿Es que no puedo exponer mi opinión? Si tú dices una cosa y yo la veo de otro modo, tengo derecho a decirlo, ¿no crees?

—Siempre hay algo —replicó Harbin—. Diga lo que diga, a ti siempre te parece mal. Todo está mal.

—No puedo decir que estoy de acuerdo cuando no lo estoy.

—Muy bien, Joe.

—No puedo evitarlo —añadió Baylock—. Así son las cosas.

—Muy bien.

—No quiero estar siempre quejándome, pero esa chica me tiene preocupado. Produce en ti un efecto muy negativo, y hemos llegado al punto en que ya sé de antemano cuándo estás hasta la coronilla. —Se acercó más a Harbin—. Dile que se vaya. —Siguió acercándose, insistiendo en voz baja—. ¿Por qué no le dices que se vaya?

Harbin se dio la vuelta. Inspiró una bocanada de aire estancado y la deglutió con esfuerzo y cierto dolor.

—Somos una organización. No estoy dispuesto a consentir ninguna ruptura en la organización.

—No sería una ruptura. Si tú le dices que se vaya, se tendrá que ir.

—¿Adónde iría? —Harbin había alzado de nuevo el tono de su voz—. ¿Con qué problemas tropezaría?

—No tendría problemas —respondió Baylock—. De una cosa estoy seguro: estaría mucho mejor de lo que está ahora.

Harbin se volvió de nuevo. Apretó los párpados durante un instante, deseando hallarse dormido y lejos de todo.

Baylock estaba de nuevo junto a él.

—¿Sabes lo que parece? Parece como si hubieras estado ante un tribunal y te hubieran condenado a cuidar de ella toda la vida.

—¡Maldita sea! —exclamó Harbin—. ¡Déjame solo!

Salió del cuarto de baño. Regresó a la habitación donde Dohmer seguía sentado en el borde de la cama, con su cabeza entre las manos. Baylock llegó al cabo de unos instantes. Los dos permanecieron en silencio, contemplando a Dohmer.

Dohmer alzó lentamente el rostro. Los miró, suspiró pesadamente y comenzó a menear la cabeza.

—Lo siento, Joe, lo siento mucho.

—No te preocupes. —Baylock posó una mano sobre el hombro de Dohmer. Luego, sus ojos se movieron hasta detenerse en Harbin, y añadió—: Ojalá fueran así todos los problemas.

Harbin se mordió un labio con fuerza. Sintió que su cabeza se desplazaba hacia un lado. No podía mirar a ninguno de los dos.

3

En un club nocturno que entregaba tarjetas de socio por la cuota de cinco dólares anuales, la luz de las bombillas verde claro arrojaba un resplandor acuático sobre el cabello de Gladden. El resplandor flotaba en su cabeza, inclinada sobre un vaso alto que contenía ron y hielo. Harbin la contempló mientras sorbía la bebida, y le dirigió una sonrisa cuando ella alzó la cara para mirarle. Estaban sentados ante una mesa pequeña, apartada de una minúscula pista de baile en uno de cuyos lados tres músicos negros tocaban sin cesar con toda su energía. El lugar se hallaba en la planta alta de un restaurante de Kensington Avenue, y mantenía las luces bajas, los clientes satisfechos y los visitantes de uniforme azul que acudían cada semana adecuadamente pagados. Era un lugar muy bueno.

—Nos han servido una bebida agradable —comentó Gladden.

—¿Te gusta la música?

—Demasiado frenética.

—¿Qué clase de música te gusta?

—Guy Lombardo.

—Antes yo solía tocar el violín —dijo Harbin.

—¡No!

—Es cierto —insistió Harbin—. Lo estudié durante cinco años. Había un conservatorio en el barrio. Éramos veinte chicos por clase, todos en una sala pequeña con un viejo delante que gritaba con todas sus fuerzas, como si estuviera a un kilómetro de distancia y quisiera hacerse oír. Era un maniático, el viejo aquel. Me gustaría saber si todavía sigue allí.

—Sigue —le rogó Gladden—. Háblame del barrio.

—Ya te lo he contado mil veces.

—Vuelve a contármelo.

Él tomó su vaso y bebió un sorbo de whisky. A continuación, le hizo señas a una chica de color que se movía por entre las mesas sosteniendo una enorme bandeja sobre su cabeza.

—¿Por qué?

—Me siento soñadora.

La chica de color se aproximó a su mesa y Harbin le pidió otro whisky para él y otro Collins de ron para Gladden. Luego, se apoyó en el respaldo de su silla y, echando la cabeza a un lado, estudió el resplandor verdoso en los cabellos de Gladden.

—Siempre te pones soñadora —observó— después de un trabajo. El botín no parece interesarte.

Gladden no respondió y dirigió una sonrisa a algo muy lejano.

—Para ti —prosiguió—, el botín es secundario. ¿Qué es lo principal?

—Esta sensación de ensueño —contestó Gladden, lánguidamente—. Es como regresar. Como descansar en una suave almohada invisible. Otra vez allí.

—¿Dónde?

—Allí donde estábamos cuando éramos jóvenes.

—Somos jóvenes ahora —objetó él.

—¿Tú crees? —Alzó el vaso y Harbin vio su barbilla ampliada a través del ron, la soda y el cristal—. Tenemos un pie en la tumba.

—Estás aburrida —dictaminó Harbin.

—He estado aburrida desde que nací.

—¿Y buscas diversiones?

—¿Quién quiere diversiones? —Hizo un gesto en dirección a los bailarines que se apiñaban en la minúscula pista—. Están todos locos. —Se encogió de hombros—. ¿Quién soy yo para decir nada? También estoy loca, igual que tú.

Harbin vio que el resplandor verde pálido descendía un poco y formaba una amplia cinta en torno a su frente. Su cabellera amarilla era un zigzag de negro y amarillo; sus ojos, de un nítido amarillo brillante; su rostro, oscuro, aunque cada vez más claro a medida que la cinta descendía. Cuando volvió a sonreír, Harbin distinguió la blancura de sus dientes. Le devolvió la sonrisa, sin saber muy bien por qué. Y luego, le preguntó: —¿Quieres que bailemos?

Ella señaló hacia el lento caos de la pista de baile.

—¿Eso es bailar?

Harbin miró hacia allí, y no era bailar. Escuchó la música, y no le hizo sentir nada. Echó un trago y no encontró satisfacción alguna. Miró a Gladden, y se dio cuenta de que ella le estaba mirando detenidamente.

—Vámonos —propuso.

Ella no se movió.

—¿Estás cansado?

—No.

—Entonces, ¿adónde iremos?

—No lo sé, pero salgamos de aquí. —Comenzó a incorporarse.

—Espera —dijo ella—. Siéntate, Nat.

Se sentó. No tenía ni idea de lo que iba a decirle. Esperó, con un nerviosismo que le molestaba tanto más cuanto que no había ningún motivo para sentirlo. Finalmente, observó: —En esta clase de situaciones eres única.

—Nat. —Apoyó sus codos sobre la mesa—. Dime. ¿Por qué sales conmigo?

¿Por qué me llevas a sitios?

—Me gusta la compañía.

—¿Por qué no Dohmer? ¿Por qué no Baylock?

—Tú eres más agradable.

—¿Te parezco decorativa?

—No estás nada mal.

—No seas amable conmigo, Nat. No me hagas cumplidos.

—No es ningún cumplido. Es un hecho. —No le gustaba el rumbo que tomaba la conversación. Se agitó un poco en su asiento—. Voy a decirte lo que me gustaría. Me gustaría de vez en cuando que te lo pasaras bien. Hay veces en que te observo y pareces un purgatorio. —Se inclinó hacia ella, apoyando sus antebrazos sobre la mesa—. Quiero que te vayas lejos una temporada.

—¿Adónde?

—A cualquier parte. Baltimore. Pittsburgh. Atlantic City.

—Atlantic City —repitió, con voz ensoñadora—. Eso me gustaría.

—Claro que sí. Necesitas un descanso. Podrás ir a la playa a tomar el sol y respirar el aire marino. Te hará bien. Te acuestas temprano y le echas comida a tu estómago. A ver si así te sube el color a las mejillas.

Ella acercó su rostro al de él.

—¿Quieres ver algo de color en mis mejillas?

—Podrás ir a espectáculos —prosiguió él—, y a pasear, y a tumbarte en la playa…

—Nat —dijo ella.

—Y podrás ir a navegar por el océano. Hay barcos para cruceros turísticos. Y por la noche te vas de tiendas y te compras vestidos de esos que tanto te gustan…

—Nat —insistió ella—, Nat, escúchame.

—Hay tiendas muy buenas y te lo pasarás estupendamente.

—Nat —repitió ella—. Ven conmigo.

—No.

—Por favor, ven conmigo.

—No seas tonta, por favor.

Ella guardó silencio un rato y, por fin, dijo: —Muy bien, Nat. No seré una tonta. Haré lo que tú quieras. Lo que esperes de mí. Desconectaré mis deseos, así. —Hizo un gesto como de cerrar un grifo—. Lo sé hacer muy bien. He practicado y practicado, y ahora sé cómo hacerlo. —Volvió a cerrar el grifo invisible.

—Mañana —decidió él—, tomarás un tren.

—Perfecto.

—Atlantic City.

—Maravilloso.

Harbin se puso un cigarrillo en la boca y empezó a mascarlo. Se lo quitó de entre los labios, lo dobló, lo rompió y lo dejó caer en el cenicero.

—Mira, Gladden —comenzó, pero no supo cómo seguir. El tren de sus pensamientos se negaba a avanzar por un solo camino y se dividía en una miríada de direcciones distintas, como un cable eléctrico roto. Vio a la chica de color pasando junto a la mesa. Le tocó un codo y le dijo que quería la cuenta.

4

No había teléfono en la base, y el día siguiente, a las tres de la tarde, mientras esperaban en la estación a que llegara el tren de Atlantic City, decidieron que ella llamaría a determinada cabina de un *drugstore* a intervalos estipulados. Luego llegó el tren y él se retiró unos pasos cuando ella subió. De repente, ella dejó su equipaje en la plataforma, se volvió hacia él y pronunció su nombre.

Él sonrió.

—No abuses del sol.

—No nos hemos dicho adiós.

—Cuando te vayas a la China ya nos despediremos.

Ella le dirigió una mirada que Harbin no supo interpretar. En seguida llegó un grupo de pasajeros y tuvo que hacerse a un lado. Se acabó el tiempo. Se volvió y recorrió el andén. Mientras descendía los peldaños de la sala de espera, oyó cómo arrancaba. Se le ocurrió pensar que era la primera vez que veía partir a Gladden, y por alguna extraña razón eso le incomodó. Se dijo que Atlantic City estaba sólo a cien kilómetros. Era el lugar al que acudían los habitantes de Filadelfia para tomar el sol y el aire marino. No era la China. Era prácticamente la puerta contigua, y se mantendrían constantemente en contacto por teléfono. No había razón para sentirse preocupado.

Se detuvo al salir de la estación para decidir adonde iría. Siempre era un problema, adonde ir y qué hacer. A veces, casi llegaba a envidiar a aquellas personas cuyas vidas se basaban en normas obligatorias, que vivían según necesidades e imperativos definidos, de modo que todas las mañanas debían despertarse a las seis o a las siete para hallarse en un lugar específico a las ocho y media o las nueve, y permanecer allí ocupados en tareas específicas hasta las cinco o las seis. Nunca se preguntaban qué harían a continuación. Ya sabían qué tenían que hacer. Él no tenía nada que hacer y ningún lugar adonde ir. Tenía dinero en abundancia para gastar, unos siete mil dólares que le quedaban de su parte en los dos golpes anteriores, pero no se le ocurría cómo comenzar a gastarlos. No quería nada en particular. Trató de pensar en algo que le apeteciera, pero en su mente se alzó un muro que bloqueó todas las posibilidades tangibles.

De forma que al fin regresó a la base porque no había otro lugar al que ir. La base era tranquilizadora. La base era seguridad. A su modo, la base era un hogar.

Al entrar, oyó la voz de Baylock en la cocina, y allí se dirigió. Baylock y Dohmer estaban sentados ante la mesa, jugando una variante propia del póquer a

dos manos. Dohmer mostró una carta oculta, un as que se emparejaba con otro, y ganó la mano. Recogió un dólar y setenta centavos y, en seguida, ambos dejaron las cartas y contemplaron a Harbin.

—¿Se ha ido? —preguntó Baylock.

—En el tren de las tres cuarenta. —Harbin miró por la ventana. Durante unos instantes, todos permanecieron en silencio. Dohmer bostezó prolongadamente. Luego señaló hacia la ventana y observó:

—Mirad qué sol hace. Mirad qué sol hay afuera.

—Vámonos al parque a divertirnos —dijo Baylock. Miró ceñudamente las cartas. Las tomó y las barajó, las hizo correr entre sus dedos, las barajó de nuevo y volvió a dejarlas.

Harbin permanecía ante la ventana de la cocina, contemplando el luminoso firmamento sobre la calle y las grises viviendas. Pensaba en Atlantic City, imaginándose los muelles y la playa y los hoteles.

—Creo que voy a comer algo —anunció Dohmer.

—Hace sólo una hora que has comido —le recordó Baylock.

—Pues ahora voy a comer otra vez.

Dohmer y Baylock siguieron discutiendo, mientras Harbin permanecía frente a la ventana contemplando el vacío. Pensó en Gladden y en su padre, y en sí mismo. Pensó en su infancia, cuando era un niño pequeño en una minúscula población de Iowa, hijo único de un comerciante en artículos de mercería y de una mujer tímida, de voz suave y alma candorosa, que se esforzaba en querer a todo el mundo. Cuando murió su esposo, ella se hizo cargo del negocio y, a pesar de todos sus esfuerzos, lo perdió. Llegó un día en que tuvo que pedir dinero prestado, y después más; otro día en que su hijo la oyó llorar en una habitación a oscuras, y un día en que un catarro de pecho se convirtió en una neumonía que no pudo combatir por falta de energía. Solamente duró unos días. Por entonces, él estaba en la escuela secundaria. No sabía qué hacer. El mundo era una avalancha que le arrastraba, y de pronto se encontró en una carretera, huyendo de aquella pequeña población. Tenía dieciséis años, y durante todo aquel año vagabundeó, avanzó a tientas, sufrió y tuvo miedo. Fue un año en que muchas personas pasaron hambre, y todo el mundo decía que eran malos tiempos. Estuvo a punto de morir de hambre, y lo hubiera hecho a no ser por un hombre llamado Gerald Gladden.

La cosa ocurrió en Nebraska, cuando Gerald Gladden se dirigía hacia el sur desde Omaha en compañía de su hija de seis años. Gerald se aproximaba a los cuarenta años y era un convicto en libertad bajo palabra, que estaba seguro de haber aprendido lo suficiente como para seguir practicando la ciencia del robo de moradas sin ser atrapado. Ya estaba entrada la tarde cuando vio al muchacho con

el pulgar alzado pidiendo que lo llevaran. Su coche pasó zumbando junto al chico y por el retrovisor vio cómo se dejaba caer al suelo. Entonces hizo marcha atrás y lo recogió.

Así fue como empezó, de manera ruda e inesperada. Harbin acababa de cumplir los diecinueve años y acompañaba a Gerald en un trabajo en una primera planta a las afueras de Detroit. Hicieron sonar una alarma astutamente disimulada y, al cabo de unos diez minutos, varias balas de la policía se hundieron en la espalda de Gerald; luego un plomo le reventó el cerebro y ahí terminó su carrera. Harbin tuvo más suerte. Logró regresar a la pensión donde dormía la niña y, por primera vez en los tres años que llevaba en compañía de Gerald, observó atentamente a su hija. Era una niña triste y enclenque, cuya madre había muerto al dar a luz. Era la hija de Gerald Gladden. Harbin se sintió obligado hacia ella. Cuando abandonó Detroit, unas semanas más tarde, se la llevó consigo. Un mes después, en Cleveland, un hombre que se dedicaba a esta clase de negocios le proporcionó una partida de nacimiento y otros documentos que convirtieron a la niña en su hermana menor. No sabía qué nombre ponerle, de modo que se decidió por Gladden. El apellido carecía de importancia. Era el mismo que él utilizaba entonces, y carecía de importancia porque lo cambiaba cada vez que llegaba a una nueva ciudad. Matriculó a Gladden en una escuela privada no muy cara y encontró un empleo como vendedor a domicilio de utensilios de cocina. Durante cinco años se olvidó de los robos. Vendía sus utensilios de puerta en puerta y ganaba unos treinta y cinco dólares semanales, justo lo suficiente para mantenerse los dos. Luego, un día conoció a Baylock, y Baylock le presentó a Dohmer, y al cabo de pocas noches salieron a dar un golpe.

Lo más insólito fue la guerra. Ellos tenían sus medios para evadir todo tipo de situaciones, pero no lograron escapar de ella. El ejército los reclutó rápidamente y sin contemplaciones. Sólo Baylock consiguió librarse del ejército, porque tenía antecedentes penales y los riñones en mal estado. Se ofreció a cuidar de Gladden durante la ausencia de Harbin. Baylock tenía una hermana en Kansas City y Gladden se fue a vivir con ella mientras Harbin estuvo en la guerra.

Transcurrieron cinco años, la guerra terminó y Harbin pudo regresar. Dohmer había vuelto antes y ya estaba trabajando con Baylock. Eso era de esperar. Lo que Harbin no esperaba es que utilizaran a Gladden en los robos, especialmente en aquellos que exigían información previa del lugar. Gladden tenía ya diecinueve años y seguía siendo enclenque y triste; parecía desdichada con aquel trabajo y Harbin no supo qué decir. Tenía la impresión de que esperaba que él le dijera algo, y al cabo de un tiempo supo el qué. Gladden quería oírle decir que aquella vida no era buena y que debían abandonarla de inmediato: él para volver

a las ventas de puerta en puerta y ella para buscarse un empleo fregando platos o algo por el estilo. Pero él no fue capaz de decírselo.

Dieron una serie de golpes bastante importantes, pero no les reportaron mucho dinero. Comenzaron a tener problemas con los peristas. Baylock no se entendía con ellos. Luego, Baylock adquirió la costumbre de mezclar a otras personas en sus golpes, y esto duró hasta que hubo un excesivo número de gente que por diversas razones reclamaba su paga. Finalmente, Baylock logró complicar las cosas hasta tal punto que llegaron a verse realmente en peligro, no a causa de la ley, sino de aquellas otras personas, y fue Harbin quien tuvo que hacerse cargo de los problemas. Eso le convirtió en el jefe. Baylock comenzó a protestar tanto que Harbin acabó diciéndole que podía ser de nuevo el jefe, si tanto lo deseaba. Pero Dohmer y Gladden no quisieron aceptarlo, y el mismo Baylock terminó reconociendo que Harbin era el más indicado para dirigir los trabajos. Pero, entonces, Baylock empezó a quejarse de Gladden. También protestaba porque la manera de trabajar de Harbin era demasiado lenta.

En realidad, Harbin era lento. Necesitaba semanas en planear un robo y más semanas en realizarlo. Luego, tardaba meses en ponerse en contacto con un perista y más meses hasta cerrar el trato con él. Pero así era como Gerald le había enseñado a trabajar, y casi todo lo que sabía lo había aprendido de él. Para Gerald, robar era una ciencia y un negocio; lo había aprendido de un mago que acabó retirándose a Centroamérica con casi un millón de dólares en dinero limpísimo y allí murió de viejo. Gerald siempre había soñado con repetir esta hazaña, asegurando que podía hacerse si uno aprendía bien la ciencia de no apresurarse y medir todas las posibilidades antes de dar un paso. Para Gerald, lo más importante era la paciencia, el saber esperar, pero también él mismo alguna vez había sucumbido al veneno de la precipitación. Aquella noche en Detroit, la muerte de Gerald habría podido evitarse si hubiera estado dispuesto a esperar otros quince o veinte minutos, si se hubiera tomado el tiempo necesario para comprobar la existencia de los cables adicionales que delataban otra alarma oculta. Cuando murió, Gerald llevaba treinta y tantos dólares en el bolsillo, pero al desplomarse con el cráneo destrozado por una bala su cuerpo señalaba hacia Centroamérica y sus manos se tendían hacia un millón de dólares en dinero limpísimo.

5

Durante el resto del día, Harbin permaneció en la base. De repente, se dio cuenta de que al estar fuera Gladden nadie cuidaba la casa, y se puso a ordenar las cosas y a limpiar sin gran entusiasmo. Dohmer estaba tumbado en un deslucido sofá y supervisaba el trabajo de Harbin entre sorbo y sorbo de cerveza. Baylock se detuvo en el umbral y le sugirió que se pusiera un delantal. Harbin respondió que debían mover el culo por una vez y echarle una mano. Durante un par de horas estuvieron los tres barriendo y limpiando el polvo. Poco a poco, el ímpetu del trabajo fue apoderándose de ellos y empezaron a fregar suelos y cristales, dejando la base considerablemente más limpia, excepto en aquellas áreas en que trabajaba Dohmer. Dohmer logró volcar un cubo de agua jabonosa. Harbin le dijo que arreglara el desaguisado, y Dohmer abrió una ventana respondiendo que ya se encargaría el sol de secar el suelo. Luego, se echó sobre el sofá, declarando que estaba completamente agotado.

Poco antes de las siete, Harbin salió hacia la cabina telefónica para recibir la llamada de Gladden. El *drugstore* estaba en Allegheny Avenue, al norte de Kensington. Habían elegido la segunda cabina por la izquierda en una hilera de cuatro. Entró en ella a las siete menos dos minutos y se sentó a fumar un cigarrillo, marcando deliberadamente un número incorrecto. A las siete en punto sonó el teléfono.

La voz de Gladden desde Atlantic City apenas se oía y le rogó que hablara más alto. Ella explicó que tenía una habitación muy bonita, con vistas al océano, y que luego iría a tomar una buena cena, saldría a ver una película y se acostaría temprano.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó luego ella.

—Nada en especial. Estoy un poco cansado. —No estaba en absoluto cansado. No comprendía por qué había dicho tal cosa.

—Cansado, ¿de qué? —quiso saber ella.

—Hoy hemos limpiado la base. Casi ha quedado apta para seres humanos.

—Dile a Dohmer que no se le ocurra cocinar —le advirtió—. Cuando él se mete en la cocina, le sigue un regimiento de cucarachas. ¿Sabes qué voy a ver esta noche? Una película de Betty Grable.

—Es una buena actriz.

—También sale Dick Haymes.

—¿Ah, sí?

—Es en color. Con mucha música.

—Bueno —respondió Harbin—, que lo pases bien.

—¿Nat?

Esperó.

—Nat, quiero preguntarte algo. Mira, Nat, quiero saber si te parece bien que salga.

—¿Qué quieres decir? Claro que puedes salir. ¿No vas a salir esta noche?

—Esta noche saldré sola. Y supongo que mañana por la noche saldré sola. Pero puede que una de estas noches salga con alguien.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿te parece bien?

—Muy bien —contestó—. Si alguien quiere salir contigo, os vais juntos. ¿Qué tiene eso de malo?

—Sólo quería estar segura.

—No seas boba. No hace falta que me preguntes estas cosas. Usa tu propio juicio. Ahora, escucha —añadió rápidamente—; vas a quedarte sin monedas para el teléfono. Cuelga y vuelve a llamar mañana a la misma hora.

Colgó el auricular. Al salir del *drugstore* tomó un ejemplar del *Evening Bulletin* y echó una ojeada a los titulares mientras arrojaba una moneda en la máquina de cigarrillos. En ellos se leía la noticia de un robo de cien mil dólares, y venía una foto de la mansión. Se metió el periódico bajo el brazo. Pocos minutos después, en un pequeño restaurante, comenzó a leer el artículo mientras esperaba que la camarera le sirviera un bistec con patatas fritas y una taza de café. El artículo aseguraba que se trataba de uno de los golpes mejor planeados que jamás se hubieran llevado a cabo en Main Line y explicaba que la policía carecía de pistas. No decía nada de los dos policías y el coche aparcado junto a la mansión, lo cual, naturalmente, resultaba comprensible, pues si lo mencionaran dejarían a la policía como unos idiotas.

Terminó de leer el periódico y se dedicó a su bistec, mientras contemplaba a los demás parroquianos. Sus ojos se posaron primero en una pareja de edad madura que comían budín, luego en un joven al otro extremo del restaurante, después en una mujer sentada ante una mesa próxima, luego en tres chicas que comían juntas y finalmente otra vez en la mujer, porque ella estaba mirándole.

No sabía si la conocía o no. Sus labios estaban relajados, al igual que sus ojos. Tuvo la sensación de que había algo de intencional en su manera de mirarle. No era una mirada atrevida, no era lo que él llamaría vulgar, pero sí que era una mirada directa que se posaba fijamente en él. Por un instante pensó que tal vez la mujer estuviera absorta en sus propios pensamientos y no fuera consciente de adonde miraba. Volvió la cabeza, manteniéndola girada durante un tiempo y después la miró de nuevo. Ella seguía contemplándole. En aquel

momento se dio cuenta de que era una mujer fuera de lo común.

Para empezar, el color de su cabello. Era de un castaño claro, no rubio, y él juraría que no estaba teñido. Era un reluciente cabello castaño. Lo llevaba muy aplastado, con raya a un lado, y peinado hacia atrás sobre la nuca, que dejaba ver el borde de una cinta marrón. Los ojos eran del mismo color que el cabello, ese castaño especial, y la piel una pizca más clara. Harbin se dijo que, o bien era una experta en el uso de la lámpara solar o su maquilladora era genial. La nariz fina, sin ser aguileña, ocupaba justo la cantidad correcta de espacio en su cara, una cara ovalada y llena de gracia, distinta de las que había visto. Advirtió que su cuerpo era esbelto y pulcro, aunque su atuendo no tendía conscientemente a la pulcritud. Cuanto más la observaba, más seguro estaba de que debería dejar de mirarla.

Sabía que si seguía mirándola comenzaría a sentirse fascinado y, para él, su voluntad de no dejarse fascinar por ninguna mujer constituía casi una religión. Apartó la vista y, sólo por hacer algo, empezó a juguetear con la correa de su reloj.

Al otro lado de la sala, alguien echó una moneda en el tocadiscos y la voz de barítono débil y susurrante pidió a la gente que tuviera compasión porque una chica vestida de organdí había partido para no regresar jamás. Harbin terminó su bistec y encendió un cigarrillo mientras añadía crema a su café. Empezaba a sentirse incómodo. Decidió bajar al centro y jugar un rato al billar en uno de los grandes salones. Luego cambió de idea, pensando que podía hacer algo mejor. Tal vez debería visitar la biblioteca pública. Hacía ya varias semanas que no entraba en ella. Le gustaba la gran biblioteca de Parkway, con su incesante flujo de silencio y tranquilidad, donde podía sentarse a leer los gruesos tomos que trataban de piedras preciosas. Era un tema muy interesante. Muchas veces había imitado a la gente que veía en la biblioteca con sus libretas de notas, ocupados en sus estudios. También él llevaba una libreta y tomaba notas de lo que leía en los libros acerca de las piedras preciosas. Ese día, se dijo, era propicio para ir a la biblioteca. Se levantó de la mesa en dirección hacia la puerta pero sabiendo que volvería la cabeza para echar una última mirada. Así lo hizo. La miró, y sus ojos seguían fijos en él.

La distancia que los separaba era muy corta, pero su voz le llegó como desde un lugar remoto.

—¿Le ha gustado la comida?

Él asintió muy lentamente.

—No lo creo. No parecía estar saboreándola.

Sin moverse de donde estaba, él respondió: —¿Visita muy a menudo los restaurantes para ver si los clientes disfrutan de su comida?

—Tal vez he sido descortés.

—No es usted descortés —dijo Harbin—. Interesada, simplemente. —Se movió hacia ella—. ¿Por qué está interesada?

—Es usted un tipo…

—¿Especial?

—Especial para mí.

—Lástima. —Harbin sonrió. Sonrió tan amablemente como pudo.

Tenía la sensación de que ella había estado casada como mínimo dos veces y habría apostado algo a que tenía un hombre fijo y por lo menos tres esperando. Se preguntó por qué seguía aquella conversación. Era una situación que siempre había evitado. ¿Iba a dejarse atrapar esta vez? La respuesta fue clara e inmediata. Nunca antes había conocido una situación comparable.

—Si está buscando compañía —propuso Harbin—, puede venir conmigo.

—¿Adónde?

—Da igual. Olvídelo.

Le volvió la espalda y se dirigió hacia la caja. Pagó su cuenta, salió del restaurante y se detuvo en la acera a esperar un taxi. El aire de la noche tenía una suavidad espesa y olía a humo rancio de las fábricas que habían estado trabajando todo el día, y también a whisky barato, a colillas apagadas y a la primavera de Filadelfia. Luego percibió otro olor, y lo aspiró, supo que el color de ese perfume era castaño.

Ella se detuvo detrás de él.

—Normalmente no hago este tipo de cosas.

Harbin la miró.

—¿Adónde le gustaría ir?

—Quizá a tomar una copa a alguna parte.

—No me apetece tomar una copa.

—Dígame —replicó ella—, ¿es difícil llevarse bien con usted?

—No.

—¿Cree que nos llevaremos bien?

—No.

Pasó un taxi por el centro de la calle y Harbin le hizo señas. Al entrar en el vehículo, pensó que había actuado correctamente, y que cualquier otra cosa habría sido un error. En realidad, ya había cometido una torpeza al comenzar a hablar con ella. Fue a cerrar la portezuela, pero la mujer estaba subiendo al taxi y, automáticamente, Harbin se echó a un lado para dejarle sitio.

El conductor se inclinó hacia ellos.

—¿Adónde vamos?

—A la biblioteca pública —respondió Harbin—. En Parkway.

Luego observó a la mujer. Por unos instantes, ella permaneció mirando al frente, pero poco a poco volvió su cabeza y le miró. Sonrió, y su boca se entreabrió ligeramente. Pudo verle los dientes.

—Me llamo Della —anunció la mujer.

—Nathaniel.

—Nat —dijo ella—. Un nombre muy apropiado para ti. Es suave, pero tiene fuerza. Una fuerza suave. Es una marca de charol. —Aspiró una bocanada de humo y la exhaló lentamente—. ¿Cómo te ganas la vida?

—¿Verdaderamente te interesa saberlo o lo dices sólo por hablar de algo?

—Me interesa verdaderamente. Cuando un hombre me interesa, quiero saberlo todo acerca de él.

Él asintió, un tanto dubitativamente.

—Es una buena costumbre, o muy mala. Te expones a muchos desengaños. ¿Y si te dijera que soy vendedor de zapatos y gano cuarenta dólares por semana?

—Sería mentira.

—Sin duda —reconoció él—. Soy demasiado listo para ganarme la vida vendiendo zapatos. Tengo esa especie de fuerza, la fuerza suave. Háblame más de eso. Cuéntame la historia de mi vida hasta el momento, y dime qué debería hacer en adelante. —Frunció el ceño, sin otro sentimiento que una simple curiosidad—. ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué andas buscando?

—¿Básicamente? —La mujer ya no sonreía. Sostenía el cigarrillo cerca de sus labios, pero lo había olvidado. Sus ojos estaban abiertos, como si ella misma se sintiera sorprendida por la respuesta que iba a darle—. Básicamente —repitió —, estoy buscando un amante.

El impacto de su contestación fue como el toque inicial de una locomotora a toda marcha. Harbin se esforzó por recuperar su equilibrio. Las mujeres nunca le habían presentado grandes problemas, aunque la posibilidad existía y era consciente de esta posibilidad. Siempre le había resultado fácil maniobrar para esquivar cualquier compromiso molesto. Era sólo cuestión de sincronización, de saber cuándo debía alejarse. Y, sentado allí en el taxi, sabía con seguridad que aquel era el momento de alejarse. Sin demora. Pedirle al taxista que detuviera el coche. Abrir la portezuela, salir al exterior, empezar a caminar y seguir caminando.

Ella le retenía en el coche. No sabía cómo, pero le retenía como si estuviera atado de pies y manos. Lo había atrapado, y la miró con odio.

—¿Por qué me miras así? —preguntó ella.

Él no pudo responder.

—¿Estás asustado? —Sin moverse, pareció inclinarse hacia él—. ¿Te asusto, Nat?

—Despiertas mi enemistad.

—Escucha, Nat…

—Cállate —la cortó—. Quiero pensar en esto.

Ella asintió lentamente, exagerando el ademán. Él contempló su perfil, la línea de sus cejas, la nariz, la barbilla y la línea delicada de su mandíbula, el cigarrillo a unos centímetros de sus labios, el humo. Luego apartó la vista de Della y sin mirarla siguió viéndola. El viaje hasta la biblioteca duró un poco más de veinte minutos y en todo este tiempo no volvieron a dirigirse la palabra, pero fue como si hubieran estado hablando constantemente. El taxi se detuvo frente al edificio y ninguno de los dos se movió. El conductor anunció que ya habían llegado pero continuaron sin moverse del asiento. El conductor se encogió de hombros, puso el motor en punto muerto y esperó.

Al cabo de un rato, el conductor preguntó: —Bueno, ¿qué vamos a hacer?

—Lo que tiene que ser —respondió ella. Y, acercando su cuerpo al de Harbin, le dio una dirección al taxista.

6

Era al norte de la ciudad, en una zona conocida como Germantown. Para llegar allí, el taxi tuvo que seguir el río Schuylkill, subiendo por el asfaltado paseo que lo bordeaba y virando luego para seguir por Wissahickon Creek, más allá de las hileras de casitas de trabajadores que vivían en los alrededores de Germantown. El taxi se introdujo en el corazón de Germantown y finalmente se detuvo ante una casa pequeña en mitad de una manzana mal iluminada.

El interior de la casa era una combinación de verde cremoso y gris oscuro en la que predominaba el verde: muebles verdes, el empapelado del mismo tono y los suelos en gris oscuro. Era una casa antigua que había sido reformada. Sobre la chimenea, en un amplio marco de color castaño, había un dibujo del rostro de Della realizado con pintura de témpera de color castaño sobre un papel de dibujo con un leve matiz castaño. El nombre del artista parecía español.

—Tienes mucho dinero, ¿eh? —observó Harbin.

—Bastante.

Harbin apartó la mirada del dibujo.

—¿De dónde lo has sacado?

—Mi marido murió hace un año, dejándome una renta de quince mil dólares anuales.

Ella se había sentado en un hondo sofá que daba la impresión de estar hecho con helado de pistacho y que iba a derretirse en cualquier momento. Él empezó a moverse hacia el sofá, pero giró a un lado y siguió avanzando en esa dirección hasta llegar ante una pared.

—¿Cómo pasas el tiempo?

—De mala manera —respondió ella—. Duermo demasiado. Estoy harta de dormir todo el tiempo. Uno de estos días abriré una tienda o algo así. Ven a mi lado.

—Luego.

—Ahora.

—Luego. —Permaneció de cara a la pared—. ¿Tienes muchos amigos?

—Ninguno. Amigos verdaderos, ninguno. Solamente unos cuantos conocidos. Salgo con ellos, pero me aburro mortalmente. Soy incapaz de soportar a las personas que no son estimulantes.

—¿Me encuentras estimulante?

—Ven a mi lado y lo averiguaremos.

Él le dirigió una leve sonrisa y bajó la vista hacia la alfombra.

—Aparte de eso —preguntó—, ¿qué crees que podemos ofrecernos el uno al otro?

—Nosotros mismos.

—¿Enteramente?

—Por completo —respondió ella—. No admitiría otra cosa. Has de saber esto sobre mí. La primera vez que me casé tenía quince años. El muchacho era un par de años mayor que yo y vivíamos en granjas vecinas, en Dakota del Sur. A los pocos meses de casados, lo atropello un tractor. Empecé a buscar a otro hombre. No exactamente por el matrimonio, sino porque necesitaba un hombre. De modo que encontré uno. Y luego otro. Y otro. Uno detrás de otro. Y todos tenían algo que ofrecerme, pero no era lo que yo quería. Siempre he sabido lo que quería. Hace seis años, cuando tenía veintidós, me casé por segunda vez. Eso fue en Dallas, donde vendía cigarrillos en un club nocturno. El hombre estaba casado y viajaba con su mujer, en sus primeras vacaciones durante diez años. Tenía cuarenta y era dueño de una fortuna. Minas de cobre en Colorado. Comenzó a salir conmigo y, finalmente, su esposa regresó a Colorado y obtuvo el divorcio. El hombre se casó conmigo. Al cabo de cuatro años empezó a volverse insoportable. Comenzó con los celos. Los celos están bien si se manifiestan con elegancia. Ya me entiendes: la fuerza suave. Así, incluso son atractivos. Pero todo él era furia al rojo vivo. Amenazó con romperme la cabeza. Una noche me pegó en la cara. Con el puño. De eso hace poco más de un año. Le dije que hiciera las maletas y se largara al otro extremo del mundo. Se fue y al cabo de unos días se tiró por la borda de una barca de pesca. Comencé a buscarme otro hombre. Toda mi vida he estado buscando un hombre en especial. ¿Crees que tendré que seguir buscando?

Harbin no dijo nada.

—Quiero saberlo ahora. Quiero una respuesta.

—Hace falta tiempo.

—No me aburras —protestó ella—. No te quedes ahí pensándolo. —En su voz apareció cierta rigidez. Se comportaba como si se hallaran en mitad de una crisis—. He esperado esta noche durante mucho tiempo. Esta noche te he visto en el restaurante, mientras cenabas, y lo he sabido. Sin duda alguna.

Él consultó su reloj.

—Hace exactamente dos horas y dieciséis minutos que nos conocemos.

Ella se levantó del sofá y se abalanzó hacia él.

—¿Vas a dejar que un reloj decida por ti? Nunca me he guiado por el tiempo y no voy a hacerlo ahora. ¡Dios santo! Ya sé, ya sé, estoy aquí ante ti diciéndote que estoy segura. Y tú también estás seguro. Y si lo niegas, si dudas, si no eres capaz de tomar una decisión ahora mismo, te juro que te echaré de mi casa…

Harbin se arrojó sobre ella y le tapó la boca.

El líquido de sus labios penetró en las venas de él. Hubo un destello en su cerebro, cuando todos los pensamientos salieron de su interior y entró Della, ocupándolo por completo. Por un instante trató de alejarse de ella y regresar a sí mismo, y en ese instante le ayudaron Dohmer y Baylock. Le apoyaron en su intento de liberarse. Pero Gladden no le apoyaba. Gladden no aparecía por ninguna parte. Gladden debería estar allí, ayudándole. Gladden le había abandonado. Si Gladden no se hubiera ido, todo esto no habría ocurrido. Todo era culpa de Gladden. Llegó hasta este punto y no siguió más, porque a partir de allí sólo existía Della. Todo estaba muy lejos de la tierra y no había nada más que Della.

Poco después de las seis de la mañana se metió bajo la ducha, con el agua lo más fría posible. Oyó la voz de Della tras la puerta del cuarto de baño, preguntándole qué quería para desayunar. Le dijo que se volviera a la cama, que ya comería algo en la calle. Ella respondió que desayunarían los dos en la casa. Cuando bajó las escaleras, el zumo de naranja ya estaba listo y Della se afanaba en la cocina preparando bacon y huevos.

Bebieron el zumo de naranja.

—Pronto lo haremos en el campo —dijo ella.

—¿Te gusta el campo?

—Muchísimo —contestó—. Tengo una propiedad, a mitad de camino hacia Harrisburg. Es una granja, pero no la trabajaremos. Nos limitaremos a vivir en ella. Es un lugar maravilloso. Tengo el coche en el taller, pero puede que esté listo a mediodía. Iremos hasta allí y te mostraré el lugar.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—He de ver a un par de personas.

—¿Cuestión de trabajo?

—En cierto modo.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—No lo sé. Sigue hablando. Cuéntame cosas de esa granja en el campo.

—Queda a unos cincuenta kilómetros más allá de Lancaster, en las célebres colinas de Pennsylvania. Está en una loma muy elevada, pero no en la cumbre, sino en una falda. Hay una pendiente gradual y luego un terreno llano, antes de seguir descendiendo. Desde allí se ven las demás colinas, las colinas más verdes que hayas visto en tu vida. Luego, a lo lejos, muy lejos pero de algún modo próximas, casi al alcance de la mano, están las montañas. Montañas color lavanda. Se ve el río, pero antes se encuentra un arroyo que baja saltando hasta desembocar en el estanque. El estanque queda tan próximo a la ventana que

incluso puedes mojarte la mano si te inclinas al exterior. Además, es un estanque bastante profundo, de manera que por las mañanas si te apetece puedes saltar por la ventana y zambullirte en el agua.

—¿Y qué haremos?

—Estar allí, nada más. Vivir juntos en esa granja de la colina, sin un alma por los alrededores. Estaremos los dos juntos.

Él asintió. En su interior, repitió el asentimiento.

Terminaron el desayuno, tomaron algo más de café y se fumaron unos cigarrillos. A continuación, ella lo acompañó hasta la puerta. Harbin le sujetó la cara entre ambas manos.

—Quédate aquí —le dijo—. Espera mi llamada. Volveré poco después del mediodía y nos iremos a ver nuestra finca.

Ella tenía los ojos cerrados.

—Sé que lo nuestro es permanente. Lo sé…

Cuando salió de la casa, Harbin tenía la sensación de que flotaba.

El taxi le dejó en la esquina de Kensington y Allegheny, y decidió caminar las siete manzanas de distancia hasta la base. No le apetecía regresar. Hubiera preferido dirigirse a otro lugar. En realidad, lo que verdaderamente quería hacer era parar otro taxi y regresar con Della. Avanzó de mala gana hacia la base, con un ceño que iba volviéndose más pronunciado a medida que se aproximaba a las esmeraldas y a Dohmer y Baylock.

Entró en la base y oyó a Dohmer echando maldiciones en la cocina.

—Ratones —gritaba Dohmer—. Malditos ratones. —Entonces Dohmer salió y se lo quedó mirando—. ¿Dónde has estado toda la noche?

—Con una mujer. ¿Y Baylock?

—Todavía duerme. Estuvimos jugando a las cartas hasta las cuatro y media. Le gané casi cien dólares. Tenemos la cocina plagada de ratones.

—Sube a despertarlo.

—¿Qué anda mal?

—¿Acaso tengo mala cara?

—Vaya si la tienes —respondió Dohmer—. Parece que estés en las nubes. ¿Te ha dado alguien una inyección?

Harbin no contestó. Contempló a Dohmer mientras subía la escalera, se puso un cigarrillo en la boca y empezó a masticarlo. En seguida lo arrancó de entre sus dientes y esparció el tabaco por el suelo. Desde el piso de arriba llegó la voz de Baylock, afirmando quejumbrosamente que lo único que le pedía a la vida era que lo dejaran en paz, que lo dejaran dormir y morirse de una vez.

Cuando bajaron, Baylock le echó una mirada y preguntó rápida y nerviosamente, con un siseo: —¿Qué ha pasado? Estoy seguro de que ha pasado

algo.

—Corta ya. —Harbin trató de encender los restos del cigarrillo, pero estaba deshecho. Sacó otro—. Me retiro.

Dohmer miró a Baylock y éste desvió su mirada hacia una pared. La cabeza de Baylock se giró como la de una marioneta. Sus ojos se posaron en Harbin.

—Lo sabía. —Su cabeza siguió girando, en dirección a Dohmer—. Sabía que pasaba algo.

—Lo único que pasa es que os dejo —replicó Harbin—. Podéis creerme o no, pero anoche encontré a una mujer y me voy con ella. Hoy mismo.

—Está ido —observó Dohmer con sorpresa—. Está del todo ido.

Harbin asintió lentamente.

—Es una buena manera de decirlo.

Baylock se rascó una mejilla. Miró a Harbin. Desvió la mirada.

—No veo cómo puedes hacerlo.

—Es fácil —contestó Harbin—. Con las piernas. Pie derecho, pie izquierdo y uno se va.

—No. —Baylock sacudió bruscamente la cabeza—. No puedes hacerlo.

—No puedes hacerlo —repitió Dohmer—. ¡Por el amor de Dios!

—La mujer —inquirió Baylock—. ¿Quién es esa mujer?

—Solamente una mujer —respondió Harbin—. No os diré más.

—¿Has oído? —Baylock se volvió hacia Dohmer—. No nos dirá nada más. Solamente una mujer, dice, y quiere irse. Así. —Baylock chasqueó los dedos. Luego se dirigió de nuevo a Harbin—. ¿Crees que me conoces bien? ¿Crees que conoces a Dohmer? ¿Piensas de verdad que nos quedaremos quietos viendo como te marchas? —Se echó a reír, se contuvo y entrecerró los párpados para contemplar a Harbin como si lo hiciera a través de una hendedura en la pared—. Estás muy equivocado, Nat. Estás tan equivocado que casi resulta cómico. No podemos permitir que te vayas.

Harbin tentó el suelo bajo sus pies. Parecía oscilar ligeramente. Esperó a que volviera a aquietarse.

—Considéralo desde un punto de vista técnico.

Baylock abrió los brazos.

—Es una cuestión totalmente técnica. Si te vas, se abre una grieta en el dique. La grieta se agranda. El agua empieza a filtrarse. Tú mismo lo dijiste, Nat: somos una organización. Nos buscan en siete grandes ciudades y ya sabes en cuántas pequeñas poblaciones. Si atrapan a Dohmer, le caerán de diez a veinte años. Y lo mismo Gladden. Si me atrapan a mí, adiós a todo el mundo. Sería la tercera vez, y eso significa un mínimo de veinte a cuarenta años. Escucha, Nat. Cuando muera, quiero morir al aire libre.

Harbin esperó unos instantes. Luego meneó lentamente la cabeza.

—No veo ninguna razón válida.

—La razón —explicó Baylock, con voz levemente temblorosa—, es que en el momento en que nos dejes te conviertes en un factor negativo.

—¿Crees que jugaría sucio? —inquirió Harbin—. ¿Crees que me iría de la lengua?

—No lo creo —respondió Dohmer roncamente—. Apostaría un millón contra uno a que no. Pero no deja de ser una apuesta. —Meneó la cabeza—. No quiero aceptar esta clase de apuestas.

—Otra cosa —añadió Baylock—. ¿Qué pasa con tu parte del botín?

—La quiero, por supuesto. —Harbin procuraba adelantarse a sus pensamientos. No le interesaba su parte del botín, pero ahora la cosa estaba convirtiéndose en una partida de póquer y tenía que maniobrar para salir de la situación en que le habían confinado.

—Quiere su parte del botín —repitió Baylock—. Qué bonito.

—¿Qué tiene eso de malo? —Harbin elevó un poco el tono de su voz—. Cuando hablas de mi parte, te refieres a mi parte. ¿No me la vais a dar?

—No. —Baylock estaba probándolo, sopesándolo. Pero no era una buena prueba. Quedaba demasiado a la vista. En el rostro de Baylock se leía que estaba probándolo, y eso le proporcionó a Harbin la fórmula de su siguiente movimiento.

Harbin cruzó la habitación y se sentó en una silla desvencijada. Contempló pensativamente el suelo.

—Eres un perro, Joe. ¿Lo sabías? ¿Te das cuenta de lo perro que eres?

—Mírame —exclamó Baylock—. ¿Acaso tengo cara de dejaros plantados? —Se aproximó a Harbin, avanzando como si se moviera sobre raíles—. Estoy dispuesto a discutirlo contigo, pero tú no quieres hablar. —Baylock esperó a que Harbin hablara, pero éste no dijo nada y, finalmente, Baylock prosiguió—: Lo único que queremos es saber la razón. Una razón creíble. —Entonces Baylock abandonó la partida de póker—. Dínosla, por favor. Si nos dices la razón, quizá podamos comprenderlo. No podemos creernos esta excusa de una mujer. Queremos saber qué ocurre.

Harbin lo tenía ya en sus manos. Había visto a Baylock descubrir la carta que guardaba oculta y sabía con plena certidumbre que las ganancias de la partida eran para él, porque ninguno de los otros dos estaba a su altura para manipular la situación. Estaba claro. Sin embargo, por debajo de su rostro carente de expresión, se sentía irritado con ellos. Estaban empujándole a una zona de engaños, rogándole que les mintiese. Y él detestaba la mentira. Aun cuando se trataba de extraños, por exigencias del trabajo, le resultaba desagradable mentir.

Y ahora no le dejaban más alternativa que hacerlo.

—Si de verdad queréis saberlo, os lo voy a decir. Preferiría no tener que hacerlo, pero del modo en que están las cosas creo que no queda otro remedio. —Calculó que sería oportuno un suspiro. Luego, mientras ellos le escuchaban sin respirar, prosiguió—: Quiero dedicarme a trabajos más importantes, y vosotros no encajáis en ellos. No tenéis lo que me hace falta. No lo tenéis, eso es todo.

El silencio que se produjo a continuación fue un silencio cargado con su sorpresa, su consternación, su agonía. Dohmer se había llevado una mano a la cara y estaba meneando la cabeza y emitiendo extraños ruiditos guturales. Baylock comenzó a dar vueltas por el cuarto, intentando decir algo pero era incapaz de hacerlo.

—No quería decirlo —añadió Harbin—. Vosotros me habéis obligado.

Baylock se apoyó contra una pared y contempló el aire vacío.

—¿No tenemos lo que te hace falta? ¿No somos de primera categoría?

—De eso se trata. Son los nervios, más que nada. Ya hace tiempo que lo veía, pero no quería creerlo. Los dos os estáis volviendo cada vez más nerviosos. Y a Gladden le falta salud. Me di cuenta la otra noche. La cosa me preocupó. Me preocupó mucho.

Baylock se volvió hacia Dohmer.

—Quiere decir que no estamos a su altura.

—Quiero dedicarme a trabajos muy importantes —prosiguió Harbin—. Con el triple de riesgo. Trabajos en los que cada movimiento es una especie de ballet, en los que hay que controlar hasta los dedos de los pies. Necesito los mejores colaboradores.

—¿Los tienes ya?

Harbin negó con la cabeza.

—Los buscaré.

De nuevo reinó el silencio. Finalmente, Dohmer se enderezó y soltó un enorme suspiro, con algo de gruñido.

—Si tiene que ser así, tiene que ser así.

—Una cosa. —Harbin había empezado a andar hacia la puerta—. Sed buenos con Gladden. Tratadla bien.

Les estaba dando la espalda. La puerta se encontraba cada vez más cerca. Oyó la pesada respiración de Dohmer. Le pareció oír un ruego de Dohmer —Nat, por el amor de Dios…— y un gemido suplicante de Baylock, y otra voz más. Cuando comprendió que era la voz de Gladden, le recorrió un estremecimiento. Todas sus voces estaban allí cuando abrió la puerta, y todas se desvanecieron tras él cuando salió al exterior.

7

El coche de Della era un Pontiac verde claro, un descapotable nuevo, y rodaban con la capota bajada. Cruzaron Lancaster en dirección oeste por la ruta 30, manteniendo una velocidad de ochenta kilómetros por hora mientras el sol brillaba sobre sus cabezas y los envolvía el aroma de madreselva. La carretera descendía suavemente entre las colinas que se alzaban a ambos lados. Luego, la carretera viró hacia las colinas y comenzaron a ascender.

—Veo —comentó Della— que no has traído tus cosas. —Señaló su atuendo —. ¿Es esta toda tu ropa?

—Es toda la que necesito.

—No me gusta tu traje.

—Ya me comprarás otro.

—Te compraré de todo. —Sonrió—. ¿Qué te gustaría?

—Nada.

El Pontiac siguió virando y ascendiendo hasta llegar a la cima de un altozano. Frente a ellos había otras colinas más altas, verdes colinas silenciosas que resplandecían con luz trémula bajo el intenso sol. Una serpiente de plata rodeaba una de las colinas y, cuando estuvieron más cerca, Harbin supo que era de la que ella le había hablado y que la casa se alzaba allí. Ya podía distinguirla, una casa de piedra blanca con un tejado de dos aguas de color amarillo, construida en la reducida meseta que interrumpía la pendiente de la colina. La serpiente plateada era el arroyo, y ya se veía también el estanque, otra mancha de plata, y el río, más abajo y hacia el norte, y las montañas de color lavanda.

Della condujo cuesta abajo, volvió a subir y a bajar unas cuantas colinas y giró por una estrecha pista sin asfaltar, ascendiendo de nuevo. Estaban subiendo a la colina. A su lado, tal vez a cincuenta metros de distancia, el arroyo que bajaba desde el estanque hacia el río parecía acompañarles en su ascensión. Harbin tuvo la sensación de que estaban alejándose de todo el mundo. Luego vino otra pista, todavía más angosta, y hierba alta, y árboles, y finalmente la casa. Della detuvo el automóvil y ambos descendieron para contemplarla.

—La compré hace cuatro meses —le explicó—. Venía yo sola en los fines de semana, deseando compartirla con alguien. Para estar aquí juntos, siempre aquí, sin marcharnos jamás.

Entraron en la casa. Estaba decorada básicamente en tonos castaño, del color de su cabello, con un toque de amarillo aquí y allá. La amplia alfombra de color castaño llegaba hasta la cocina, amarilla. Desde la cocina se divisaba el

cobertizo, del mismo color blanco perlado que la casa. Más allá del cobertizo, la pequeña meseta se extendía como un tapete verde.

Della se sentó al piano y tocó una pieza de Schumman. Él permaneció en pie al lado. Durante un rato escuchó la música, pero poco a poco ésta se fue quedando en la nada. Sintió la arruga que se le formaba en el entrecejo. Después, oyó el abrupto silencio que indicaba que los dedos de Della habían abandonado las teclas.

—Ahora —dijo Della—, quiero que me lo cuentes todo.

Harbin se puso un cigarrillo en la boca, lo mordió, se lo quitó de los labios y lo dejó en un gran cenicero de cristal.

—Soy un ladrón.

Tras una pausa, ella preguntó:

—¿De qué clase?

—Robo en mansiones.

—¿Trabajas solo?

—Tenía tres socios.

—¿Qué hay de ellos?

—Esta mañana me he despedido.

—¿Han protestado?

—Un poco. He tenido que inventarme una historia. Les he dicho que tenía grandes proyectos y que ellos no eran lo bastante buenos para mí.

Della cruzó la habitación y se instaló en una butaca de color castaño.

—¿Cuál es tu especialidad?

—Las piedras preciosas. Ahora mismo, tienen un buen botín en esmeraldas, pero deberán esperar bastante tiempo antes de convertirlo en dinero. Todo esto no tiene nada que ver con el presente. Pertenece estrictamente al pasado.

—Pero sigue preocupándote.

—En parte.

—Quiero que me lo cuentes. Hemos de resolver todo lo que te preocupe. Estamos empezando, y no quiero que haya nada que te turbe.

—Uno de nosotros —respondió—, era una chica. —A continuación, le habló de Gladden, y del padre de Gladden, y de los años que habían pasado juntos—. Ella siempre había querido dejarlo, pero la convencí para que siguiera conmigo. Ahora lo he dejado yo, y ¿dónde está ella?

—Buena pregunta.

—Ayúdame a resolverla —dijo, paseando arriba y abajo—. Mientras veníamos hacia aquí, no he dejado de pensar en ella. Me sentía culpable por lo que estaba haciendo, y todavía me siento. No sé qué hacer.

Della sonrió débilmente.

—Le tienes cariño a esa chica…

—No es eso. Depende de mí. He sido su padre y su hermano mayor. A veces la he dejado, pero ella sabía que volvería. Ahora está en Atlantic City, y esta noche a las siete llamará a un número de teléfono y no responderá nadie. Eso me pone enfermo. No creo que pueda soportarlo; se desmoronará. No puedo dejar de pensar en ello. Ojalá supiera qué hacer.

Della juntó las palmas de sus manos, las separó y volvió a unirlas de nuevo.

—Comeremos alguna cosa y después volveremos a Filadelfia. Contestarás su llamada a las siete. Y yo volveré aquí. Sola.

—No.

—¿Estás seguro? Dilo otra vez.

—No. —Tomó una decisión instantánea, en voz alta—. Al diablo con ella. Que llame mil veces, si quiere. No me importa, todo eso pertenece al pasado. Estoy aquí contigo, y eso es todo.

Sin embargo, durante la noche despertó a medias y vio a Gladden en la negrura del techo. La vio caminando sola por el paseo de Atlantic City, la oscuridad de la playa y el océano y el cielo como un telón negro, cabello amarillo, un amarillo vago, su cuerpo flaco como si flotara.

Ciegamente, para huir de Gladden, extendió sus manos hacia Della. Su cuerpo se contorsionó en una embestida y sus brazos recorrieron el amplio lecho. Pero bajo las sábanas no había nada. Della no se encontraba ahí.

Se incorporó en la cama. Della no estaba ahí. Se despertó del todo y su cerebro comenzó a funcionar, dictándole que debía ser preciso y silencioso.

La luna iluminaba la habitación lo suficiente como para ver por dónde iba. Cuerdas invisibles tiraron de él hacia la puerta. Una sensación nueva e irracional surgió en su médula, en su estómago, en su cerebro. No sabía lo que era; solamente sabía que era algo palpitante y que le obligaba a detenerse ante la oscura puerta, imaginando el vestíbulo del otro lado como algo lóbrego e inhóspito.

Decidió recurrir a un método que había utilizado antes en numerosas ocasiones, cuando el riesgo era elevado. Era un método muy sencillo. Consistía en cambiar mentalmente la noche por día, obligándose a ver luz donde sólo había oscuridad. Imaginó que era pleno día y que salía al vestíbulo a llamar a Della.

Abrió la puerta y pasó al vestíbulo. La puerta del cuarto de baño estaba completamente abierta y no había luz en su interior. Della no estaba en el piso de arriba,, Se preguntó qué podía estar haciendo abajo. En aquel momento comprendió el significado de la sensación palpitante que experimentaba por primera vez en su vida. Era el principio del arrepentimiento.

Regresó al dormitorio y buscó a tientas sus ropas. No advirtió que las palpitaciones empezaban a desaparecer. No pensó que estaba alejándose de sí mismo y que la cosa empezaba a convertirse en un plan. Sus movimientos se habían vuelto tan matemáticos como cuando estaba ejecutando un trabajo. Eran gestos lentos, precisos, y cada gesto, incluso anudarse los cordones de los zapatos, constituía un eslabón independiente en una cadena de movimientos cuidadosamente planificados.

Salió de nuevo al vestíbulo y bajó por la escalera. Abajo, todo estaba a oscuras. Se detuvo en mitad de la escalera y esperó, escuchando atentamente por si oía algo, cualquier cosa. Nada. Ningún ruido, ninguna luz. En vez de pensar, calculaba. Halló el resultado fácilmente: Della no estaba en casa. Se dirigió a la cocina.

Una vez dentro, su mano accionó el cierre de la puerta posterior como si se tratara de un instrumento que no debía manipularse sino en el más absoluto silencio. No produjo ruido alguno al abrir la puerta y menos cuando salió al exterior. La fragancia de la noche era un olor a campos, a colinas y árboles, cargado de primavera y de flores nocturnas. Anduvo sobre la hierba hacia la mole blanca del cobertizo y luego se alejó para regresar hacia la casa, pero manteniéndose a cierta distancia de ella para poder ver lo que ocurría. Vio el Pontiac aparcado junto a la casa. A continuación, vio algo más: dos cosas que se movían. Se habían movido ligeramente, junto a los árboles que bordeaban la orilla más lejana del estanque. Reconoció a dos figuras humanas, y una de ellas femenina; era Della.

En vez de concentrarse en Della, dirigió su atención a la otra figura, el hombre. Éste no era más que una silueta próxima a Della y, al contemplarlos, Harbin advirtió que estaban enfrascados en una intensa conversación. Luego, mientras seguía mirándolos, el hombre y Della se convirtieron en una única silueta cuando se abrazaron estrechamente.

El abrazo duró algún tiempo. Cuando volvieron a separarse, continuaron la conversación. Harbin eligió los árboles. Contempló la posibilidad de rodear el cobertizo y ocultarse entre los árboles, al otro extremo del estanque. Una vez allí, podría arrastrarse hasta llegar lo bastante cerca como para oír lo que decían.

Lo hizo así y comenzó a distinguir palabras primero, luego frases, y después toda la conversación.

—…en un par de días.

8

Por la mañana, mientras ella preparaba el desayuno, Harbin recuperó su manera de ser y comenzó a planear sus acciones. Lo principal era averiguar quién era aquel hombre. Pero para eso tendría que esperar hasta el sábado. El sábado, a las tres, Della se había citado con el hombre. Sería por la tarde; podría verle a la luz del día y saber qué aspecto tenía. Eso reduciría en algo la incógnita y le acercaría a la respuesta.

Sin embargo, hasta el sábado no podía hacer otra cosa que esperar. No era mucho tiempo, en términos de reloj, pero sabía que esta espera le resultaría sumamente difícil. Ya empezaba a sentir la impaciencia, el nerviosismo. Miró de soslayo a Della durante el desayuno y vio que ella estaba mirándole. Pidió a su rostro que no le delatara. Sabía que eran esas pequeñeces las que podían delatarle, como un cambio brusco de expresión facial o una palabra fuera de lugar.

Por la tarde, decidieron dar un largo paseo. Della dijo que sería maravilloso andar por las colinas. Tal vez, añadió, podrían recoger algunas flores. Adoraba las flores, le dijo, especialmente las flores silvestres. Se puso una blusa deportiva y zapatos de tacón bajo. Salieron a pasear. Dejaron atrás el cobertizo, siguiendo un sendero que los llevó a la cima de la colina.

También al día siguiente salieron a pasear y Harbin siguió esperando que llegara el sábado.

El sábado por la mañana se levantaron tarde y no bajaron a desayunar hasta las once. Della preparó una combinación de almuerzo y desayuno. Luego, Harbin salió al exterior y vagó en torno a la casa, preguntándose qué pretexto utilizaría Della para librarse de su compañía esa tarde y dónde habría concertado su cita con el hombre.

Lo averiguó media hora después.

—Tengo que ir a Lancaster —anunció ella—. He de hacer algunas compras.

Harbin sabía que su respuesta tenía que ser muy precisa.

—¿Cuándo volverás?

—No lo sé. En cualquier caso, después de las cinco. He de comprar toneladas de cosas.

Él meneó enfáticamente la cabeza, luciendo una ligera sonrisa.

—No puedo esperar tanto tiempo.

El efecto de sus palabras fue el que él había querido. Su afirmación no dejaba lugar para una respuesta. Lo único que ella pudo hacer fue copiar su sonrisa.

—¿Quieres venir conmigo? —dijo a continuación.

—Quiero ir siempre adonde tú vayas.

—Entonces iremos juntos. Pero no a comprar. Eso es algo que una mujer ha de hacer ella sola. Te dejaré en la peluquería. No te vendrá mal un corte de pelo.

—Si me dejas en una peluquería —objetó él—, ya me has perdido. Cuando entro, quiero que me lo hagan todo. Me paso horas enteras en la peluquería.

—Mejor —dijo ella—, porque tengo mucho que comprar.

—Estoy seguro —respondió él, sin decirlo en voz alta.

Más tarde, subieron al Pontiac y se dirigieron hacia Lancaster. Cuando llegaban a la ciudad, él insinuó que le iría bien algo de dinero, y ella le entregó casi cien dólares. Se los dio sin hacer ningún comentario, y él los tomó sin más. Por primera vez desde que había dejado la base recordó que tenía siete mil dólares en billetes pequeños escondidos allí. No le importaba. Unos días antes, los siete mil dólares habían sido muy importantes porque era todo el dinero que tenía en efectivo. Ahora, era un detalle secundario.

Llegaron a Lancaster a las dos y veinte. Dijo que le gustaría comprar unas cuantas camisas deportivas, confiando que le respondiera que se ocupara él mismo. Esperaba detectar un matiz de inquietud en su voz, porque faltaban menos de cuarenta minutos para su cita con el hombre. Sin embargo, no se sorprendió en absoluto cuando le oyó decir que le acompañaría a comprar las camisas. Había llegado a un punto en el que ya no le sorprendía nada de lo que ella pudiera hacer.

La compra de las camisas les llevó media hora larga. Della las eligió y las pagó. Cuando terminaron de envolver el paquete y se encaminaron hacia la puerta, le quedaban menos de diez minutos. Sin embargo, se comportaba como si tuviera todo el día. Pasaron ante un mostrador de corbatas y Della se detuvo a mirarlas.

—¿Te gustan las corbatas a rayas? —preguntó.

—Prefiero los topos.

El vendedor se acercó y comenzó a comentar las nuevas tendencias. Della lo miró como si fuera un vagabundo que vendiera cordones de zapato.

—No puedo elegir corbatas mientras usted me habla.

—Perdón, señora. —El vendedor se retiró unos pasos, como si hubiera recibido un bofetón en plena cara.

Harbin consultó su reloj. Seis minutos. Miró a Della. Estaba completamente absorta en el tema de las corbatas.

—No acaba de gustarme ninguna —decidió—. ¿Qué otra cosa tienen?

El vendedor se excusó y fue a buscar otro surtido.

Della tardó diez minutos en elegir tres corbatas. Harbin se imaginaba al hombre esperando en el lugar de la cita, tal vez fumando un cigarrillo tras otro o mordiéndose los labios, esperando a que llegara Della mientras Della permanecía allí, comprando corbatas.

—Será mejor que vaya ya a la peluquería —observó Harbin.

—¿Qué prisa tienes?

La forma tranquila y natural en que Della lo dijo fue como una señal de alarma para él. Había mostrado un toque de impaciencia, y con aquella mujer, aquella hábil manipuladora, no podía permitirse nada semejante.

—Es sábado por la tarde —explicó—. A las tres empezará a llenarse de gente. No me gusta tener que esperar turno.

—Agradéceme las corbatas que te he regalado.

—Gracias por las corbatas que me has regalado.

Salieron de la tienda y ella miró a ambos lados de la calle. A continuación, le dijo que si caminaban hasta la siguiente manzana seguramente encontrarían una peluquería. Fueron a la manzana siguiente y, en la esquina opuesta, encontraron una. Sin embargo, cuando llegaron, Della anunció que no le gustaba. Harbin miró subrepticiamente la hora. Eran las tres y veintidós.

—¿Qué tiene de malo este lugar? —preguntó—. Parece bastante limpio.

—El barbero tiene cara de estúpido.

—¿Vamos a pasar la tarde buscando una peluquería donde el barbero tenga cara de inteligente?

Pasaron otros cinco minutos antes de que hallaran una segunda peluquería en la calle Orange. Harbin sonrió a Della y volvió a consultar la hora. Esta vez lo hizo de modo que Della se diera cuenta.

—¿Dónde quieres que volvamos a encontrarnos? ¿A qué hora?

Ella atisbó por la gran cristalera de la peluquería, un local limpio y espacioso con muchos sillones.

—Al menos debe de haber cuatro personas delante tuyo. No creo que termines antes de una hora y media. Espérame aquí.

Harbin entró en el establecimiento, volviéndose a tiempo para ver que ella regresaba por donde habían llegado. Tardaría como mínimo veinte segundos en llegar al extremo de la manzana. Tenía que salir a la calle para cerciorarse de si giraba por la esquina o no. Contó hasta ocho y salió de la peluquería, constatando que doblaba la esquina hacia la derecha. Cruzó la calle, anduvo a paso rápido hasta la esquina y llegó a tiempo para verla doblar otra esquina.

Algo más adelante había un nutrido grupo de gente, y otro que salía de unos grandes almacenes en la acera opuesta de la calle que Della acababa de cruzar.

Della entró en los almacenes. Harbin chocó contra un trío de mujeres de edad y casi las derribó. Las mujeres quisieron detenerle, pero atravesó la calle con el sol a su espalda, compitiendo con otras personas que se dirigían hacia las puertas giratorias de los grandes almacenes. Fue el primero en llegar, pero una vez dentro vio la muchedumbre que se agolpaba en el almacén y comprendió que había perdido a Della. Empezó a masticar el cigarrillo. En un pasillo había un letrero que ponía ropa interior y en otro equipajes. Un tercero correspondía a artículos de limpieza. Se decidió por los equipajes y, a mitad del pasillo, la divisó entre un grupo de mujeres que esperaba ante los ascensores.

Harbin se preguntó cuántos pisos habría en aquellos almacenes y se respondió que hubiera debido pensarlo antes. Se detuvo, de espaldas a los ascensores y siguió masticando el cigarrillo, comprendiendo que no le quedaba otro remedio que tratar de adivinar a qué planta se había dirigido.

Le fue difícil dejar pasar los segundos. Contó hasta quince, antes de volverse de cara a los ascensores. Della ya había subido. Se dirigió pausadamente a los ascensores. Uno de ellos abrió sus puertas ante él y entró con una multitud de mujeres y niños. La chica de color llevó el ascensor hasta la segunda planta y anunció muebles, alfombras, radios, artículos domésticos. En la siguiente planta anunció artículos de deporte y ropa de caballero y Harbin salió del ascensor. Se dijo que era una suposición razonable, una elección lógica. Si un hombre tenía que esperar, el departamento de ropa de caballero parecía un lugar indicado.

Había bastante gente. En aquella sección, entre los bates y los guantes de béisbol, las raquetas de tenis y los trajes de baño, eran casi todos muchachos jóvenes. Harbin se movía lentamente. Cuando se le acercó un vendedor, sonrió tranquilamente, meneó la cabeza y murmuró algo así como que estaba dando un vistazo. Llegó a la sección de vestir, repleta de trajes y pantalones. Avanzó hacia las ventanas, girando lentamente la cabeza a uno y otro lado mientras procuraba permanecer todo el tiempo tras una hilera de trajes colgados, pero lo bastante apartado como para obtener una buena visión de la zona de las ventanas.

Recorrió arriba y abajo dos largas hileras de trajes. Y entonces vio a Della. Vio al hombre. Estaban de pie, no muy lejos de una ventana. Los vendedores se mantenían apartados de ellos. El hombre estaba medio de espaldas a Harbin. Medía poco menos de metro ochenta y era de complexión fornida. Era joven y tenía una espesa cabellera rubia, más rubia que la de Harbin, una abundante cabellera rubia peinada correctamente pero con cierta despreocupación.

Harbin sacó una chaqueta deportiva de su percha y escondió su rostro mientras se acercaba a la ventana, como si quisiera examinar el género a la luz del día. Se dirigió hacia Della y el joven sin apartar la chaqueta de su cara, aproximándose a ellos en una trayectoria oblicua.

Se apartó lentamente la chaqueta a modo de telón. Una manga de lana se deslizó ante sus ojos. Una mecha chisporroteante empezó a consumirse mientras Harbin se decía que ya había visto aquel rostro antes, muy recientemente, aquella nariz y aquella boca. Y los ojos. Los ojos eran de un color poco frecuente. Un azul muy claro con un toque de verde. Ojos color aguamarina. Un par de noches antes, dos policías le habían interrogado a propósito del coche aparcado frente a la mansión. Éste era el policía más joven.

9

Cuando Harbin entró en la peluquería, un hombre se levantaba de una de las sillas de respaldo de alambre en respuesta a una señal del barbero. Harbin se instaló en ella. Se apoyó en el respaldo, cerró los ojos y vio la mansión a la luz de la luna, el coche aparcado en la amplia calle de la mansión, el coche de la policía, los ojos color aguamarina del policía joven.

Tenía que seguir a partir de ahí. Comenzó a reflexionar muy lentamente, sopesando cada idea antes de aceptarla. Tenía que contrastar sus propias acciones con las del policía joven, lo que hacían al mismo tiempo, lo que había en la mente tras aquellos ojos color aguamarina. Esa mente había decidido volver sin compañía para echarle otra mirada al coche aparcado. Tal vez los ojos color aguamarina habían detectado las señales de linterna en el jardín minutos antes de que Harbin apareciera. Tal vez había sido otra cosa. En cualquier caso, el policía joven había llegado a la conclusión de que el policía de más edad era un estorbo y que haría bien en volver solo.

Y así, el rubio, que ya no podía considerar un policía, había regresado solo y dejado el coche patrulla en un lugar donde no pudiera ser visto. Había vigilado el Chevrolet aparcado. Los había visto salir de la mansión con su botín y arrancar el Chevrolet. Seguramente lo había seguido sin encender sus luces. El «seguramente» no duró mucho, convirtiéndose en la mente de Harbin en un tajante «sin duda». Recordaba haber examinado varias veces el espejo retrovisor sin ver ningún faro.

Sin faros, el rubio había seguido al Chevrolet hasta la base. Los había visto entrar en la base con su botín. No cabía duda, y seguro que había regresado a la comisaría de policía sin presentar ningún informe.

Harbin reconoció que era necesario meditar sobre eso, sobre su propio concepto acerca de cómo determinadas personas reaccionan ante determinadas circunstancias. Los ojos color aguamarina habían visto la lujosa mansión, prueba de una gran riqueza; habían calculado que sería un botín importante; habían esperado tranquilamente a que llegara la denuncia. Cuando llegó la denuncia, cuando el sargento de la guardia la anotó en el libro, el hombre supo que el botín ascendía a cien mil dólares en esmeraldas y enfocó sus ojos, su cuerpo y su mente hacia esos cien mil dólares.

Harbin lo veía con gran claridad, y percibió el resto de la historia como si estuviera sentado ante una mesa, contemplando una serie de objetos tangibles limpiamente ordenados ante él. Vio al hombre caminando arriba y abajo,

reflexionando, desarrollando su juego con cautela y precisión. Un policía habría emprendido la persecución de los rateros, pero aquel hombre sólo era un policía cuando vestía uniforme e iba acompañado de otros policías. Aquel hombre era algo especial, leal únicamente a sí mismo y dedicado a satisfacer sus deseos. Y lo que deseaba en aquellos momentos eran las esmeraldas. Aquel hombre sabía que las esmeraldas estaban en la casa de Kensington y que la única forma de sacarlas de ahí y hacerlas llegar a sus manos era recurriendo a otro cerebro. El otro cerebro era una mujer llamada Della.

El hombre había entrado en contacto con Della. Seguramente habían estado vigilando la base por turnos, manteniendo sus ojos fijos en la base, en la gente que salía, regresaba y volvía a salir. Habían elegido un momento para pasar a la acción. Cuando Della le vio entrar en el restaurante la otra noche, supo que el momento había llegado. Si no le hubiera salido bien, habría intentado otra cosa. Pero le había salido bien. Le había salido estupendamente, hasta aquel momento. Pero ya no más.

Harbin vio un grueso dedo que apuntaba hacia él. El barbero sonreía, invitándole a ocupar el sillón. Harbin lo ocupó y el barbero le afeitó y le cortó el pelo, y luego le lavó el cabello con champú y le dio masaje en el cuero cabelludo; después volvió a la cara y le aplicó una crema rosada con sus gruesos dedos, seguido de un tratamiento de lámpara solar. Una toalla doblada sobre los ojos de Harbin los protegía de la luz. En la negrura bajo la toalla doblada vio la base y los rostros de los tres que componían la organización, cuando deberían ser cuatro. Se sentía impaciente por regresar.

El barbero retiró la toalla doblada del rostro de Harbin y pulsó un botón que enderezó eléctricamente el respaldo del sillón hasta la posición de sentado. Harbin se levantó y vio a Della en pie junto a la puerta.

Salieron de la peluquería y volvieron al automóvil. Abandonaron Lancaster por la ruta que regresaba a las colinas. Della conectó la radio y sintonizó una emisora que transmitía música ligera de ópera. Conducía el coche a velocidad moderada, sentada al volante con una sonrisa relajada en su rostro mientras escuchaba la música. Sin mirar a Harbin, se comunicaba con él, y en una ocasión extendió su mano y le pasó los dedos por entre los cabellos de su nuca. Le tironeó ligeramente del cabello.

Harbin iba pensando en ella, preguntándose si llegaría alguna vez a comprenderla. Pensó en sus besos. A lo largo de su vida, había besado a bastantes mujeres y experimentado la suficiente variedad de besos como para saber cuándo un beso poseía auténtico significado. Los besos de Della tenían auténtico significado, y no sólo pasión, sino ese algo inimitable más allá del fuego. De no haber sido auténtico, lo habría notado desde el primer momento. La

mujer sentía un inmenso cariño hacia él, y no cabía duda de que era algo muy por encima del deseo ordinario; algo que no podía ponerse y quitarse como si fuera una máscara. Era algo puro en sí mismo, totalmente desprovisto de adornos o fingimientos.

Era este verdadero cariño el que convertía todo el asunto en una terrible paradoja, porque una parte de Della se sentía atraída hacia él, se fundía con él, mientras que la otra estaba decidida a hundirle. Aun conociendo su propósito, sabiendo que iba a por las esmeraldas, plenamente consciente de sus proyectos, viendo la situación como una especie de arena con ella a un lado y él al otro, seguía sintiendo la atracción magnética y el deseo que ella suscitaba en él. Sabía cuán profundo era este deseo, y sabía también que era para siempre. Sabía que deseaba a Della como nunca había deseado nada. Esto representaba un problema real. Aquella mujer era algo con lo que debía enfrentarse, un problema que debía resolver. Porque era una amenaza y, dado que apuntaba a las esmeraldas, tenía que apuntar también a la base. Y la base era la organización. La base eran Dohmer, Baylock y Gladden. Y allí, en ese mismo instante, sintió el escalofrío. El filo del cuchillo seccionó todo lo demás. La amenaza apuntaba a Gladden.

Sin saberlo, tenía los ojos apagados y oscurecidos por la culpa. Había un martilleo en la culpa que se propagaba por todas sus venas. Todas las fibras de su cuerpo se convirtieron en cables bajo tensión. Gladden le necesitaba y él la había abandonado. Ahí estaba, sentado al lado de alguien que dirigía su amenaza contra Gladden. Durante días enteros había permanecido con ese alguien, olvidándose de Gladden. Gladden le necesitaba y, si él no respondía, sería su fin. La mujer sentada junto a él era un elemento que debía suprimir inmediatamente.

Paseó la mirada por las colinas y por los bosques más lejanos. La carretera asfaltada estaba bordeada de colinas a derecha e izquierda.

—Vamos a buscar nuevos paisajes —propuso.

Ella se volvió hacia él.

—¿Dónde?

—Vamos por una de estas carreteras secundarias. —Lo dijo con sus ojos fijos en ella; sus palabras no eran más que meras ondulaciones en la superficie.

Funcionó. Ella asintió lentamente.

—De acuerdo. Buscaremos un sitio tranquilo, con muchos árboles que nos oculten. Como una cortina.

Viraron por una de las pistas secundarias y la siguieron por la falda de una colina. Ascendieron, rodearon la colina y descendieron por la otra vertiente, siguiendo el camino hacia el interior del bosque, donde quedó reducido a unas roderas de neumáticos. Continuaron internándose en él. El sendero era cada vez más incierto. Harbin atisbo por la ventanilla lateral del automóvil, contemplando

la alta y espesa hierba verde que se deslizaba a su vera, con manchas de colores entre el verde.

Advirtió que el coche reducía la velocidad.

—No pares, sigue adelante —ordenó.

—Este sitio es maravilloso.

—Sigue.

—Abrázame.

—Espera.

—No puedo.

—Espera, por favor —repitió.

El bosque que los rodeaba era muy espeso, y al frente parecía aún más denso y más oscuro, porque las hojas eran tupidas masas de verde suspendidas de los árboles que no dejaban pasar la luz del sol. Harbin sabía que ella ya no volvería a decir nada hasta que él hablara, y se mantuvo en silencio mientras avanzaban. Siguieron internándose más y más en la espesura. Pasó una hora y luego otra. El coche iba muy despacio, porque el terreno era muy desigual y abundaban las curvas y las subidas. Harbin sintió la presión del bosque, inmensa pero suave, y también la proximidad de Della, y durante unos instantes, que le dejaron sin respiración, pensó en desistir de su idea, de su propósito, de lo que pretendía hacer en aquellos bosques. Aferró firmemente ese instante y lo arrancó de su ser.

—Vale ya —dijo—. Por aquí está bien.

Ella detuvo el coche y apagó la radio.

—Las luces —le recordó él.

Ella apagó las luces delanteras mientras Harbin abría la portezuela de su lado y salía al exterior. El bosque estaba iluminado por la luna. Della había salido del coche y estaba rodeándolo para llegar hasta él. Su cuerpo venía hacia él a través de la luz de luna. Cuando llegó a su lado, él la tomó de la mano y echó a andar, alejándose del sendero y del coche, oyendo el sonido de su respiración mientras la conducía hacia los árboles.

Siguió conduciéndola en dirección al gorgoteante sonido del agua. Al poco rato vieron el agua, el destello de un riachuelo muy por debajo de donde ellos estaban, en un montículo de flores silvestres.

La llevó hasta el riachuelo y se detuvieron allí, contemplando el agua esmaltada por la luna y las puntas de roca que se recortaban como fragmentos de cristal sobre la oscuridad. Harbin se sentó en el suelo. Sintió la suavidad de la tierra junto a la orilla, sintió a Della que se recostaba sobre él. Sintió acercarse sus labios. Apartó su rostro de los labios de Della.

—No. —Lo dijo suavemente, casi como una caricia, pero sabía que era como si le estuviera clavando una lanza.

Esperó. Quería mirarla, quería ver el efecto de su negativa, pero esto era sólo el principio de lo que iba a hacerle, apenas una fracción de lo que reservaba para este ser que extendía su amenaza en una cadena que abarcaba las esmeraldas, la base, la organización y Gladden. En su interior, habló con suavidad a Gladden y le anunció que iba a compensar el daño hecho.

Della permaneció largo rato en silencio. Finalmente, le preguntó:

—¿Qué te preocupa?

—Nada.

—Parece que no estés conmigo.

—No lo estoy. —Sonrió al riachuelo. Estaba seguro que ella vería la sonrisa, y sabía lo que sentiría al verla.

Hubo otra larga pausa.

—Ya sé qué te ocurre.

Él siguió sonriendo al riachuelo.

—Me dejas —prosiguió ella—. Quieres dejarme.

Él se encogió de hombros.

—Me parece que sí.

Della se puso en pie. Estaba de espaldas a él, pero Harbin sabía qué expresión tenía su cara. Casi podía ver en su interior: el tumulto, el doloroso sobresalto, la agonía que no quería que él viese. Ella trataba de contenerse, pero no pudo, y finalmente lo vomitó todo en un estallido siseante mientras se retorcía para mostrarle su rostro y verter su furia hacia él.

—¡Maldito seas, maldito hijo de perra!

Él la contempló por un instante apenas y volvió a fijar la vista en el arroyo, al que seguía sonriendo.

—¿Por qué? —quiso saber ella y repitió—: ¿Por qué? ¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—Dime por qué —exigió, con voz entrecortada—. Tienes que decirme por qué.

La sonrisa de Harbin se ensombreció, pero en su interior sonreía abiertamente porque así era como él lo había planeado y todo estaba saliendo perfectamente. Pensó en aquellas personas a las que el odio llevaba a matar a otras. Pero matando no se conseguía nunca un verdadero beneficio y los resultados, tarde o temprano, siempre eran malos. De modo que matar era una estupidez, y lo que él estaba haciendo resultaba mucho más efectivo. Estaba llevando a cabo lo peor que podía hacer; lo peor que un hombre podía hacer a cualquier mujer. Era la más vil forma de tortura, porque estaba rechazándola sin explicar su rechazo, lanzándola a un abismo de desesperación, viendo como se debatía y se ahogaba mientras su cerebro bullía tratando de dar con la razón, la razón que él mantenía

cuidadosamente fuera de su alcance.

Finalmente, Harbin se puso en pie.

—Creo que no hay nada más que decir.

—¡No! —exclamó ella—. ¿Cómo puedes hacerme esto? ¿Cómo? Eres inhumano. Eres un diablo. Por lo menos, dame una razón. Dime por qué…

—¿Por qué? —Hizo un ademán con sus brazos—. Pregúntaselo a los árboles. Lo saben tanto como yo.

—No te creo.

—Lo siento.

—No lo sientes. Si lo sintieras, me lo dirías. Me dirías qué tienes en tu mente. ¿Cuáles son tus pensamientos? ¿Qué sientes?

—No lo sé. —Lo dijo como si le hubiera preguntado la hora. Luego, cuando ya empezaba a alejarse de ella, añadió—: Lo único que sé es que no quiero seguir a tu lado. Quiero irme.

Comenzó a trepar por la empinada pendiente, alejándose del riachuelo. A sus espaldas, el único sonido que se oía era el murmullo del agua sobre las rocas. Atravesando el bosque a buen paso llegó de nuevo al automóvil, cruzó el sendero iluminado por la luna y siguió caminando cuesta arriba, hasta llegar a un punto lo bastante elevado como para distinguir la carretera general. Entonces comenzó a descender en aquella dirección.

En la carretera, al cabo de una hora, un camión lo recogió y le llevó hasta Lancaster. Allí tomó un taxi, fue a la estación del tren y compró un billete para Filadelfia.

10

Al abrir la puerta no vio más que oscuridad. Gritó el nombre de Baylock y luego el de Dohmer. En el piso de arriba apareció una tenue luz y oyó sus voces. Harbin encendió una lámpara, sacó un pañuelo y se enjugó el rostro mojado de lluvia. Esperó a que bajaran las escaleras.

Bajaron con bastante lentitud, mirándole como si fuese la primera vez que lo vieran. Ambos iban vestidos, pero sus pantalones estaban arrugados y Harbin comprendió que habían dormido con la ropa puesta. Entraron en la sala y permanecieron juntos, mirándole.

Harbin abrió la boca pero no le salieron palabras, sino que le entró una mezcla de aire y preocupación. No sabía cómo empezar.

Los otros esperaban a que dijera algo.

Finalmente, preguntó:

—¿Dónde está Gladden?

No se apresuraron a responder. Volvió a preguntarles, y al final le contestó Dohmer.

—Atlantic City.

Se llevó un cigarrillo a los labios.

—Pensaba que habría regresado.

—Regresó —dijo Dohmer—. Le contamos lo tuyo, y se volvió a Atlantic City.

Harbin se desprendió de su chaqueta mojada y la colgó en el respaldo de una silla.

—Lo dices como si se hubiera ido para siempre.

—Has acertado. —Esta vez fue Baylock quien habló.

—No me mientas. —Harbin avanzó rápidamente hacia ellos, pero se contuvo a tiempo. Pensó que debía manejar la situación de otro modo. Su voz sonó tranquila—. ¿Qué ha pasado con Gladden?

—Ya te he dicho que nos ha dejado —repitió Baylock—. Recogió sus cosas y se marchó. ¿Quieres convencerte? Ve a Atlantic City. —Baylock hundió una mano en el bolsillo del pantalón, extrajo una hoja de papel doblada y se la tendió a Harbin—. Ésta es la dirección que nos dejó. —Baylock respiró hondo—. ¿Se te ofrece alguna otra cosa?

—Quiero que escuchéis bien lo que voy a deciros.

Estudió sus rostros, buscando una señal de que confiaban en él. No vio ninguna señal. No vio nada.

—Quiero volver otra vez con vosotros.

—No —replicó Baylock—. Dejaste el grupo y seguirás fuera.

—Volveré a entrar —aseguró Harbin—. Tengo que volver porque, si no, lo más probable es que perdáis las esmeraldas y os atrapen a todos. Ahora escuchadme bien u os veréis en un buen aprieto.

Baylock se volvió hacia Dohmer.

—¿Has visto? Se presenta aquí por las buenas y ya vuelve a ser el jefe.

—No soy el jefe —protestó Harbin—. Lo único que pretendo es explicaros cómo están las cosas. Tenemos problemas. —Hizo una pausa, esperando que captaran el sentido de sus palabras, y finalmente lo soltó—: Nos están vigilando.

No reaccionaron de ningún modo en especial. Se miraron el uno al otro y después a Harbin. Por unos instantes volvió a estar unido a ellos, sintiendo lo mismo que ellos sentían. Quería ser sincero y exponerles el asunto, lo que verdaderamente había ocurrido y la situación en que se hallaban. Pero sabía que no admitirían la verdad. No lo habían hecho la última vez, y no lo harían entonces. Tendría que ocultarles la mayor parte y darles solamente un pedazo que pudieran masticar.

—Alguien ha estado siguiéndome —anunció—. He tardado cuatro días en darme cuenta, y uno para quitármelo de encima. Pero he sumado dos y dos y he visto que eso no servirá de nada. Al menos, de momento. No, mientras sigamos aquí.

Baylock volvió a respirar profundamente.

—Ten cuidado, Nat. Tenemos más seso ahora que el día en que te fuiste. Hemos estado cultivándonos. —Sonrió hacia Dohmer—. ¿No es así?

—Sí —asintió Dohmer—. Nos hemos tomado muy en serio lo que dijiste, Nat. Nos hemos propuesto volvernos más inteligentes. Ahora somos más inteligentes que antes, y ya no nos dejamos llevar por los nervios.

—Tratad de comprenderlo. —Harbin se esforzaba por dominar su cólera y mantenerse tranquilo—. En la mansión, estuvo la policía. Cuando se fueron, pensé que ahí terminaba todo, pero uno de ellos regresó. Nos fue detrás hasta aquí. Y ahora se ha dedicado a seguirme, sin el uniforme.

Baylock continuó sonriendo y sacudió la cabeza.

—No cuela. Cuando la policía va a por ti, no te sigue. Se limita a detenerte.

—La cuestión es —prosiguió Harbin—, que este policía no va a por mí. —Hizo una pausa, dejando que reinara el silencio—. Muy bien, si no lo comprendéis, os lo diré yo. Este hombre me ha seguido, pero no para detenerme. Quiere las esmeraldas.

Baylock se volvió y se detuvo, caminó de nuevo y regresó al mismo lugar en que estaba antes. Dohmer alzó una mano y se frotó el mentón. Luego, Baylock y

Dohmer se miraron con el ceño fruncido, y nada más.

Baylock, respirando muy pesadamente, preguntó:

—¿Quién es? ¿Quién es ese hijoputa?

—No lo sé. Lo único que sé es que quiere apoderarse de las esmeraldas. Se pone el uniforme de policía cuando le conviene, y la única forma de tratar con él es no tener tratos.

—Pero a lo mejor sólo quiere una parte —farfulló Dohmer.

Harbin se encogió de hombros.

—Es lo que dicen todos. Se conforman con una pequeña parte…, para empezar. Luego vuelven y dicen que quieren otra. Y una y otra vez. —Encendió un cigarrillo, aspiró varias bocanadas rápidas y sacó todo el humo de golpe en una gran nube—. Lo que hemos de hacer, y rápido, es largarnos de aquí.

—¿Adónde? —quiso saber Dohmer.

Harbin le miró como si hubiera hecho una pregunta tonta.

—Ya sabes adonde. Atlantic City.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Dohmer.

—Si ella nos ha dejado, nos ha dejado —intervino Baylock.

—No —se opuso Harbin—. Iremos allí a buscarla.

—Contéstame una pregunta —gritó Baylock—. ¿Para qué la necesitamos?

—No la necesitamos —admitió Harbin—, pero ella nos necesita a nosotros.

—¿Por qué? —quiso saber Baylock.

—Somos una organización. —Harbin comprendió al instante que no habría debido decir esto, pero ya estaba dicho y no podía hacer más que esperar el estallido de Baylock.

—¿Lo somos? —preguntó a gritos—. Por favor, no quieras tomarnos por más imbéciles de lo que somos. Nos dejas cuando te parece y luego, al cabo de una semana, vuelves otra vez con el cuento de la organización, así, por las buenas. No me gusta que las cosas se manejen así y no pienso admitirlo. O es blanco o es negro. Una de dos.

—No pienso discutir —le advirtió Harbin—. Si quieres, podemos desbandarnos ahora mismo o seguir juntos. Y si seguimos, me quedo. Nos quedamos todos. Incluso Gladden.

Dohmer se palmeó los muslos.

—A mí me parece bien.

—A ti te parece todo bien. —Baylock miró a Dohmer de arriba abajo. Luego se volvió hacia Harbin. Comenzó a decir algo, pero cerró la boca, se dirigió a la ventana y se quedó mirando la lluvia.

Estaba lloviendo con mucha fuerza, y de los tejados se precipitaban cascadas de agua plateada hacia la negra calle. Baylock siguió mirando la lluvia,

escuchando el golpeteo de las gotas y observó: —Bonita noche para viajar a Atlantic City.

Harbin no contestó. Se encaminó hacia la escalera pero, antes de subir, se detuvo y se volvió hacia Dohmer.

—Conduciré yo. Supongo que tendrás una documentación nueva.

Dohmer sacó su cartera y extrajo varios papeles que tendió a Harbin: un permiso de conducir, el registro del automóvil y una tarjeta de la seguridad social. Harbin examinó los documentos y comprobó que el nombre que figuraba en ellos no era ni muy extravagante ni demasiado vulgar. A continuación, llamó a Dohmer y a Baylock con un gesto. Los tres subieron al piso de arriba y empezaron a preparar sus equipajes. Guardaron las esmeraldas en un astroso maletín, recogieron sus cosas y salieron lentamente de la base, bajo la lluvia.

El Chevrolet estaba aparcado no muy lejos, en un garaje particular de una sola plaza que habían alquilado a una pareja de ancianos que no tenían automóvil y vivían desconectados del mundo. Dohmer se había encargado de realizar los cambios necesarios, y el Chevrolet había pasado a ser de un color naranja oscuro, con matrícula distinta y distinto número de motor. De hecho, parecía otro coche.

Harbin se sentó al volante y Baylock a su lado. Dohmer iba en el asiento de atrás y se quedó dormido antes de que llegaran al puente del Delaware. Había muy pocos coches en el puente. Aún no habían terminado de cruzarlo cuando Baylock comenzó a preocuparse.

—¿Por qué hemos tenido que pintarlo de color naranja? —preguntó—. Con todos los colores que existen, hemos tenido que pintarlo de naranja. Bonito color para un coche. ¿A quién se le ocurre pintar un coche de color naranja?

—Estás preocupándote por la ley —respondió Harbin—, y en estos momentos no es la ley lo que debe preocuparnos.

—Otra cosa —insistió Baylock—. ¿Por qué, en el nombre de Cristo, hemos tenido que ir en coche? ¿Por qué no hemos tomado un tren?

—Y llevar las esmeraldas en el tren. Y viajar en un tren que va a cien kilómetros por hora sin posibilidad de bajar en caso de que algo vaya mal. Si tienes que decir algo, di algo razonable, al menos.

El coche llegó a la orilla del río que pertenecía al estado de Nueva Jersey y Harbin pagó veinte centavos a Nueva Jersey por el uso del puente. En Camden la lluvia amainó un tanto, pero arreció de nuevo cuando entraron en la carretera de Black Horse, hasta convertirse en un auténtico temporal con ráfagas de viento del océano.

Harbin puso el automóvil a noventa sobre el resbaladizo asfalto negro. La lluvia parecía dirigirse directamente contra ellos y Harbin tuvo que inclinarse un

poco hacia adelante, acercando los ojos al cristal del parabrisas para ver por dónde iban.

—Gladden tenía buen aspecto —comentó Baylock.

—¿Buen aspecto? ¿Qué quieres decir?

—La cara. Tenía buena cara. Un color muy sano.

—El aire del mar —decidió Harbin—. Le hace bien a todo el mundo. El aire del mar y el sol.

—No era bronceado —aseguró Baylock con vehemencia—. Y, ¿qué tiene que ver el aire del mar con los ojos? Nada más verla me fijé en sus ojos.

—¿Qué tenían de malo sus ojos?

—Nada. Tiene unos ojos magníficos. Nunca había visto unos ojos como los suyos. Supongo que será el efecto de Atlantic City. Se notaba que ella anhelaba regresar, como si echara de menos algo. El aire marino, quizá. Y el sol.

—Muy bien —respondió Harbin.

—Por eso —prosiguió Baylock—, no llego a entender por qué hemos de tomarnos la molestia de ir hasta Atlantic City para llevarnos a Gladden a la fuerza.

Harbin no logró formular una contestación. Tenía toda su atención concentrada en la carretera y en dominar el coche bajo los ataques de la lluvia y el viento del noreste.

—La molestia —añadió Baylock— y también el riesgo.

—Deja de quejarte del riesgo. —Harbin estaba irritado—. No hay ningún riesgo. ¿Por qué no cierras la boca y tratas de dormir un rato?

—¿Quién puede dormir con este tiempo? Mira que temporal está haciendo.

—Pronto se calmará. —Harbin sabía que la tormenta no iba a calmarse. Al contrario, estaba empeorando, con más lluvia y un viento cada vez más intenso. Había disminuido la velocidad a menos de sesenta y cinco kilómetros por hora y, aun así, le costaba dominar el coche.

—Apostaría cualquier cosa —anunció Baylock— a que no hay ningún otro coche circulando por la carretera de Black Horse en estos momentos.

—Es una apuesta segura —concedió Harbin.

—Hasta los gatos —protestó Baylock— se quedan en casa con una noche como ésta.

Harbin iba a responder algo, pero en aquel preciso instante el coche pasó un bache y sonó un ruido inquietante cuando los amortiguadores traseros reaccionaron para no romperse. El coche se bamboleó y rebotó arriba y abajo, y Harbin temió que fuera a caer en pedazos. Pero siguió avanzando bajo el viento del noroeste. Los faros descubrieron un indicador que anunciaba que Atlantic City se encontraba a setenta y dos kilómetros de distancia. En seguida, el

indicador quedó a sus espaldas y ante ellos se extendió la negrura y la furiosa tempestad. Harbin tenía la extraña sensación de que se hallaban a mil kilómetros de Atlantic City y a mil kilómetros de cualquier lugar. Trató de convencerse de que la carretera de Black Horse era real y de que, a la luz del día, sería como cualquier otra carretera asfaltada. Pero lo que tenía ante sus ojos le parecía irreal, como un sendero dispuesto para un viaje fantástico, con un brillo y una negrura falsos, rodeado por todas partes de húmeda vegetación silvestre.

Oyó la voz de Baylock, un sonido quejumbroso que se imponía al estruendo retumbante de la tempestad.

—Ahora sé con seguridad que hemos cometido un error —dijo Baylock—. Lo que estamos haciendo es una locura. No sabes lo arrepentido que estoy de haber empezado este viaje. Tendríamos que abandonar esta carretera ahora que todavía podemos hacerlo.

—Tranquilo. Llegaremos. —Harbin se dio cuenta de que había dicho una estupidez. Significaba que estaba tratando de darse ánimos a sí mismo, además de a Baylock.

Y Baylock respondió:

—Tú eres siempre el cerebro y nosotros somos los peones. Pero estoy empezando a preguntarme cuánto cerebro tienes, después de todo. Quizá tenga más cerebro ese tipo que te ha seguido. Ha sido capaz de encontrar la base, y ha sido capaz de vigilarnos. ¿Y si ha seguido también a Dohmer? Puede que haya seguido a Dohmer hasta el garaje y haya visto cómo pintaba el coche.

—Estás diciendo tonterías. Olvídalo.

—No puedo olvidarlo. Si tomas un cable de alta tensión, ya no puedes soltarlo. Este tipo, según dices, no nos quiere a nosotros, sino las esmeraldas. Tiene su lógica. Pero hay otra cosa. Si nos pierde, pierde las esmeraldas. O sea que hemos de intentar pensar del modo en que él pensaría. Aunque no trabaje para la policía, siempre puede pasarles la información necesaria para asegurarse de que no escapemos.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo haría?

—¿Por qué habría de contestar a eso? Tú deberías saberlo. Tú eres un experto en todo. Y hasta el más bobo sería capaz de imaginarse cómo lo haría. Podría hacer una llamada anónima a la policía a propósito de un Chevrolet naranja. Un coche naranja oscuro con un montón de cromados. No tiene que decir nada sobre las esmeraldas o el robo. Basta que diga que es un coche robado.

—Baja de la higuera.

—Tú sí que estás en la higuera. No quieres admitirlo, pero lo sabes igual que yo. —La voz de Baylock había ido subiendo de tono y ya no era un lamento, sino una especie de chirrido—. Tú y tu cerebro. Tú y tus obligaciones. Esa chica

flacucha que necesita el aire de Atlantic City. Que adora el color naranja. Tú y tu Gladden.

Harbin puso el coche a sesenta y cinco kilómetros por hora. Siguió acelerando. Lo puso a ochenta, y luego a cien. Cuando llegó a ciento diez kilómetros por hora, el coche temblaba bajo la furia del agua y del vendaval. Todos los ruidos disonantes del mundo se habían fundido en un gran ruido atronador, a través del cual se filtraban los quejidos de Baylock. Pensó que Baylock estaba pidiéndole que disminuyera la velocidad, pero, escuchando atentamente, comprendió que sus lamentos significaban otra cosa.

—Te lo había dicho —se lamentaba Baylock—. ¿Lo ves ahora? Ya te lo había dicho.

Los dedos de Baylock señalaron al espejo retrovisor. La mano de Baylock temblaba y sus dedos, a través del espejo, le mostraban a Harbin las dos pequeñas esferas de luz amarilla en el espejo negro.

—No es nada. —Harbin disminuyó la presión sobre el acelerador. Las dos esferas brillantes se hicieron un poco más grandes, y Harbin aceleró de nuevo. En seguida volvió a oír un quejido, pero casi al instante supo que no era el quejido de Baylock. Era un sonido mecánico. Escuchó, lo analizó y comprendió que era el sonido de una sirena de la policía a sus espaldas, de aquellos faros que proyectaban su resplandor hacia su espejo retrovisor.

—Despierta a Dohmer —gritó. Consultó el velocímetro. El coche iba a ciento diez. Oyó gruñir a Dohmer, que despertaba de su sueño, y a continuación el choque entre la voz de Dohmer y la de Baylock. Por el rabillo del ojo vio que Baylock abría la guantera y metía la mano hasta el fondo, para abrir otro compartimiento que Dohmer había construido para ocultar las pistolas. Vio el destello de los cañones cuando Baylock sacó las armas. En el asiento posterior, Dohmer se revolvía como un enorme animal, girándose para atisbar por la luneta posterior.

—Vuelve a guardar las pistolas —ordenó Harbin.

Baylock estaba comprobando los revólveres, asegurándose de que estaban cargados.

—Deja ya de engañarte. —Baylock sopesó las pistolas.

—Vuelve a guardarlas —repitió Harbin—. Nunca antes las hemos utilizado, y no nos harán falta ahora.

—Ojalá sepas lo que estás diciendo.

—Lo sé. Vuelve a guardarlas.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Dohmer—. ¿Por qué no vas más de prisa? ¿Qué está ocurriendo aquí, por el amor de Dios? ¿Por qué no vas más de prisa? ¿Por qué reduces la velocidad?

El coche había disminuido a poco menos de cien. Siguió bajando la velocidad, y los dos puntos de luz en el espejo retrovisor se hicieron más grandes. Harbin se volvió a medias hacia Baylock.

—Quiero que guardes otra vez las pistolas —insistió.

La sirena del coche patrulla resonaba sobre el aullido del viento del noreste y su drástico sonido se convertía en un fuego en la cabeza de Harbin, un fuego que no dejaba de arder mientras él le insistía a Baylock para que guardara las pistolas y cerrara de nuevo el compartimiento oculto.

—Sé que necesitaremos las pistolas —protestó Baylock.

—Cuando empiezas a utilizar pistolas, ya puedes darte por muerto.

—Vamos a utilizarlas.

Harbin había disminuido la velocidad hasta sesenta y cinco kilómetros por hora.

—No pienso decirlo otra vez. Guárdalas.

—¿Estás seguro de que quieres que las guarde?

—No podría estarlo más —replicó Harbin.

De nuevo vio el destello cuando las armas regresaron al compartimiento de la guantera. Baylock metió profundamente su brazo para ocultarlas en el espacio lateral, y en seguida sonó un «clic» cuando se cerró el panel que las escondía. La sirena de la policía había dejado de sonar. Desde su coche, se habían dado cuenta de que iba reduciendo la velocidad para esperarlos. El Chevrolet redujo de cuarenta y cinco a treinta, y luego a veinte kilómetros por hora, y al fin se detuvo en el arcén de la carretera.

Harbin se preguntó si sería conveniente encender un cigarrillo en aquellos momentos. Frente a él, la lluvia se precipitaba sobre los limpiaparabrisas, que seguían moviéndose cansadamente, y sobre la oscuridad que lo envolvía todo. Se puso un cigarrillo en la boca y echó la cabeza hacia atrás para encenderlo. Ya se oía el motor del coche patrulla, y la flotante luminosidad de sus faros dibujaba brillantes formas blancas en el interior del Chevrolet. También oyó otra cosa, y cuando vio de qué se trataba ya era demasiado tarde para detener a Baylock, ya no podía cerrar la guantera para sujetar la mano de Baylock. Baylock había sacado la pistola y la sujetaba junto a sí mientras el coche de la policía se detenía al lado del Chevrolet. Harbin volvió la cabeza para ver a Dohmer. Vio que Dohmer asentía lentamente y supo que Baylock había obrado con rapidez y destreza, y que Dohmer tenía la otra pistola.

—No las uséis —dijo Harbin—. Os pido que no las uséis.

No tuvo tiempo de decir nada más. Un hombre corpulento, provisto de un impermeable con capucha, acababa de salir del coche patrulla. El foco de la policía cayó sobre el rostro de Harbin, proyectando la suficiente luz como para

iluminar toda la zona y revelar las caras de otros dos policías en el interior del coche oficial.

Harbin bajó la ventanilla y exhaló una bocanada de humo. Vio el rostro redondo y brillante del policía corpulento, muy brillante y extraño bajo aquella mezcla de luz y lluvia.

—¿Qué prisas tiene? —preguntó el policía—. ¿Sabe a qué velocidad iban?

—A ciento diez.

—Eso representa treinta más de lo permitido. Déjeme ver su documentación, por favor.

Harbin extrajo los papeles de su cartera y se los entregó al policía. El policía empezó a examinarlos, pero no hizo ademán de sacar su libreta.

—Los de Jersey queremos vivir tranquilos —observó el policía—, pero siempre hay algún conductor de Pennsylvania que trata de matarnos.

—Ya ve la noche que hace —se excusó Harbin—. Sólo queríamos llegar lo antes posible.

—¿Y eso le parece una justificación? Con esta tempestad, más razón hay para no superar el límite de velocidad. Y usted, además, hacía otra cosa. Ha rebasado la línea blanca. Iba circulando con medio coche en el carril contrario.

—Eso era por el viento, que me empujaba.

—El viento no tenía nada que ver —replicó el policía—. Si conduce usted con prudencia y respeta las leyes, no tiene que preocuparse por el viento. —Se volvió hacia los otros policías—. Ya os dije que le echaría la culpa a la tormenta.

—Bueno —suspiró Harbin—, lo cierto es que he visto noches mejores que ésta.

—¿Van a la costa?

Harbin asintió.

—Si van en busca de buen tiempo, no lo encontrarán en Atlantic City. No, al menos, hasta dentro de uno o dos días. Y le advierto que a mí no me gustaría estar en la costa esta noche. Cuando sopla este viento del noroeste, no hay sitio peor.

Le devolvió los documentos a Harbin y Harbin los guardó en su cartera. La libreta no había aparecido, y Harbin se dijo que todo iba bien, que el peligro ya había pasado, que el resto sólo era rutina.

—Ahora, procure ir con cuidado —le advirtió el policía—. Si no es un lunático, no pase de sesenta y cinco kilómetros por hora. Tal y como está la carretera, basta un pequeño patinazo para mandarlos a la tumba.

—Lo tendré en cuenta, agente.

El policía se volvió para regresar al coche oficial, y justo en aquel momento otro de los policías hizo girar el foco de modo que proyectara todo su fulgor

sobre el Chevrolet. El policía corpulento movió automáticamente la cabeza para seguir con la vista el recorrido del foco. La luz se deslizó sobre la cara de Harbin y siguió moviéndose hacia el asiento trasero del Chevrolet. Harbin giró la cabeza y vio a Dohmer bañado por el resplandor, con el revólver que sostenía en su mano claramente visible bajo la luz del foco. Entonces, mientras el policía corpulento emitía un gruñido y hacía ademán de sacar su propio revólver, Dohmer alzó el arma y apuntó hacia el rostro grueso y brillante.

—¡No! ¡No dispares! ¡No dispares! —gritó Harbin, pero casi simultáneamente oyó la detonación de la pistola de Dohmer cuando el policía empezaba a sacar su arma. Al otro lado, Baylock ya había abierto la portezuela y se lanzaba al exterior. Harbin trató de moverse y no pudo comprender por qué era imposible hacerlo. Se quedó mirando al policía corpulento.

El rostro del policía corpulento estaba completamente destrozado, partido en dos mitades por la bala, y su cuerpo se desplomaba lentamente bajo la luz del foco. Harbin percibió movimientos convulsivos en el interior del coche patrulla, notó que su cuerpo se movía y sintió el impulso que lo lanzaba hacia la portezuela que Baylock había abierto. Cayó a tierra, fuera del coche, y se echó hacia atrás, viendo a Dohmer que saltaba hacia una masa oscura que eran los arbustos que bordeaban la fangosa cuneta de la carretera. Oyó nuevos disparos y oyó los gritos de los policías que rodeaban el Chevrolet y corrían hacia los arbustos. Iban corriendo hacia Dohmer y disparaban contra él mientras Dohmer intentaba ocultarse entre la vegetación. Dohmer se movía más torpemente que nunca. Había logrado atravesar la cuneta, bastante honda, pero luego tropezó con los arbustos que se alzaban ante él y cayó al suelo, se levantó, volvió a resbalar, cayó sobre los arbustos y se quedó atrapado entre ellos. Entonces Dohmer supo que iba a recibir un balazo y profirió un chillido, y al instante le acribillaron. Se retorció, con las manos ocultas entre los arbustos. Su cuerpo formó un arco cuando echó los hombros hacia atrás. Los policías corrieron a su lado y volvieron a dispararle, y él se retorció para ofrecerles su cara y su estómago. Le dispararon al estómago. Dohmer aulló a los policías. Aulló al viento y al tempestuoso firmamento. Empezó a caer, pero era demasiado torpe para caerse sin más. Mientras caía se tambaleó, y mientras se tambaleaba alzó su revólver y disparó una, dos y tres veces sobre los policías. Uno de los policías murió al instante con el corazón atravesado. El otro empezó a sollozar y profirió un sonido sofocado gorgoteante mientras se llevaba las manos al pecho. El cuerpo de Dohmer chocó contra él y ambos cayeron al suelo. El policía se incorporó un poco y se alejó del cadáver de Dohmer, moviéndose a gatas hacia la cuneta. Después cayó dentro.

Harbin, agazapado junto al Chevrolet, esperó a que el policía saliera de la

zanja. Pero lo único que veía eran sus piernas inmóviles que sobresalían de la cuneta. Luego oyó un ruido entre los matorrales y se volvió para ver a Baylock que emergía de los arbustos y bordeaba la cuneta hacia las piernas del policía. Harbin llamó a Baylock y Baylock se detuvo, se volvió rápidamente, le miró y, en seguida, siguió avanzando hacia el policía. Las piernas habían empezado a agitarse y el policía trataba de salir del agua fangosa. Baylock, con el brazo extendido y el revólver al extremo del brazo, se acercó al policía, lo miró y apuntó el revólver hacia él.

El revólver estaba a escasos centímetros de la cabeza del policía cuando Harbin se lanzó sobre Baylock, llamándole y rogándole que se olvidara de él y se fuera de allí. De nuevo Baylock se volvió y miró a Harbin. Le hizo un gesto para que no se acercara y acto seguido metió dos balas en el cráneo del policía.

La lluvia chocaba a raudales contra los ojos de Harbin. Se los secó y se quedó parado, mirando a Baylock. No pensaba nada sobre Baylock. No pensaba en nada ni en nadie. Vio que Baylock examinaba los cadáveres de Dohmer y los policías. Siguió a Baylock hacia la carretera y vio que éste examinaba el cuerpo del policía que había recibido un tiro en la cara.

—Métete en el coche —dijo Harbin.

Baylock se enderezó, se apartó del Chevrolet y abrió mecánicamente la portezuela del coche patrulla para meterse en su interior.

—En ese coche no —le advirtió Harbin.

Baylock se volvió.

—¿Dónde está nuestro coche? ¿El coche que teníamos?

—Justo enfrente tuyo. Estás mirándolo.

—No puedo verlo. —Baylock emitió una tos, y luego una serie de toses—. Volvamos a la base. Quiero estar en la base.

Harbin se aproximó a Baylock, lo condujo al Chevrolet y le ayudó a subir. Luego, Harbin se sentó al volante del coche, lo puso en marcha, salió a la carretera y metió la segunda, acelerando rápidamente y haciendo rechinar la transmisión al cambiar de marcha. Los neumáticos produjeron un gran chapoteo en el agua que llenaba un bache de la carretera. El agua pronto se hizo más profunda, y comenzaron a atravesar grandes charcos en plena carretera. A Harbin le pareció que el interior del coche era parte de los lagos. El volante le parecía hecho de agua. Todo su cuerpo le parecía de agua.

—¿Qué estamos haciendo? —inquirió Baylock.

—Estamos en el Chevrolet. Vamos a Atlantic City.

—No quiero ir allí.

—Pues allí es adonde vamos.

—Quiero volver a la base. Es el único sitio al que quiero ir.

—¿Dónde está tu revólver? —quiso saber Harbin.

—Mira que lluvia. Fíjate cómo está lloviendo.

—¿Qué has hecho con tu revólver? —insistió Harbin—. ¿Lo has tirado?

—Creo que sí —admitió Baylock—. Me parece que se me ha caído. Será mejor que volvamos a buscarlo.

—Lo que hemos de hacer —dijo Harbin en voz alta, aunque hablando para sí mismo—, es abandonar esta carretera.

—Salgamos de esta carretera y volvamos a la base.

La superficie de la carretera volvía a ser lisa y ya no había lagos. Ante ellos aparecieron unas luces, y Harbin vio que se trataba de una de las pequeñas poblaciones que salpicaban la carretera de Black Horse antes de llegar a Atlantic City. Consultó su reloj, y las manecillas le indicaron que ya eran más de las dos de la madrugada. Era demasiado tarde para tomar un autobús o incluso un tren. Su única forma de llegar a Atlantic City era en coche, llevándolo por carreteras secundarias para no caer en manos de los policías que no tardarían en infestar la carretera de Black Horse para detener a todos los automóviles. Harbin vio un camino que se bifurcaba hacia la derecha y comprendió que representaba una posibilidad. Quizá fuese una posibilidad negativa, pero no le quedaba otra alternativa. El Chevrolet se internó por la carretera y la siguió a lo largo de unos kilómetros, hasta desviarse de nuevo por otra de segundo orden que se extendía paralelamente a la de Black Horse.

—Vamos por mal camino —observó Baylock.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es verdad. Hemos hecho varios desvíos equivocados.

—Estás loco —sentenció Harbin.

—Necesitaríamos una pistola —añadió Baylock.

—Necesitaríamos muchas cosas. Necesitaríamos un aparato especial que te sujetara la mano cada vez que fueras a sacar una pistola.

—Te digo —insistió Baylock— que necesitamos una pistola. Si no se me hubiera caído antes la mía, ahora la tendría conmigo. No puedo explicarte cuánto echo de menos esa pistola.

—Si no callas —replicó Harbin—, acabarás más loco de lo que ya estás. Y estás bastante loco. ¿Por qué no cierras el pico? ¿Por qué no procuras descansar un rato?

—Tendría que hacerlo —reconoció Baylock—. Tendría que dormir un rato. Si pudiera dormir un poco me sentiría mucho mejor.

—Inténtalo.

—Despiértame si ocurre algo.

—Si ocurre algo —contestó Harbin—, no hará falta que te despierte.

Dirigió el Chevrolet hacia una carretera estrecha que iba en dirección este. Durante casi una hora la siguió y luego tuvo que girar cuando la carretera se desvió hacia el norte. En lugar de llevarle a Atlantic City, la carretera lo apartaba de allí, pero no le quedaba más remedio que seguirla y esperar un nuevo desvío hacia el este. Baylock respiraba pesadamente y, de vez en cuando, emitía un murmullo carente de significado. En el interior del coche se impuso una atmósfera diferente, una atmósfera de completa soledad, como si Baylock no existiera. Fuera, la tempestad seguía descargando. Harbin llegó a una intersección con otra carretera que iba hacia el este, y viró por ella. Escuchó el ruido de la lluvia y el retumbar de la tormenta.

11

Muy en el interior del océano, algo le ocurrió al viento del noreste que lo hizo cambiar drásticamente de rumbo. Las olas que habían azotado Atlantic City, grandes y rápidas, empezaron a calmarse, y el aguacero se convirtió en una lluvia suave que fue amainando hasta no ser más que una leve llovizna. Hacia las cuatro de la madrugada, la tormenta había amainado. Cesó completamente unos minutos antes de que el Chevrolet llegara a Atlantic City, envuelto en una profunda oscuridad que presagiaba la aurora, y Harbin condujo el automóvil por una estrecha calle que llevaba a la bahía. Aparcó al final de la calle, anduvo hasta el muelle y vio unas cuantas embarcaciones que cabeceaban ligeramente en el agua. Supuso que la profundidad era suficiente para su proyecto. Sabía que tenía que hacerlo pronto, antes de que comenzara a clarear. Regresó rápidamente al coche, arrancó, metió la marcha atrás y retrocedió unos treinta metros. En seguida, accionó el freno de mano y le dio un leve codazo a Baylock, que seguía durmiendo.

—¡Qué piernas, muñeca! —gruñó Baylock—. Tienes unas piernas estupendas. Me gusta que lleves falda corta, para verte bien las piernas.

—Vamos, hombre, despierta —dijo Harbin.

—Escucha, muñeca… —Baylock parpadeó varias veces, abrió la boca y en seguida la cerró firmemente, haciendo una mueca al percibir el sabor. Se incorporó en el asiento y se frotó los párpados. Luego, se volvió hacia Harbin.

—Hemos llegado —anunció Harbin—. Voy a tirar el coche a la bahía. Ayúdame a sacar las bolsas.

—¿Qué bahía?

—Ahora la verás. Hemos de hacerlo deprisa.

Sacaron todo el equipaje del coche, excepto la enorme maleta marrón de Dohmer. A continuación, Harbin volvió a subir y lo puso en marcha, dirigiéndolo hacia la bahía. Tenía la portezuela abierta, y la abrió aún más cuando el automóvil se aproximó al agua. Al llegar al borde del muelle, Harbin saltó del coche y echó a correr hacia Baylock y el equipaje. Oyó el gran chapoteo y tuvo la esperanza de que el agua fuese lo bastante profunda como para cubrirlo, tal vez incluso para ocultarlo, pero no podía perder tiempo volviendo atrás a comprobarlo. Cuando llegó cerca de Baylock le hizo señas para que se pusiera en movimiento. Baylock tomó las dos bolsas más pequeñas y comenzó a correr, dejándole a Harbin otra bolsa pequeña y el maletín que contenía las esmeraldas.

Habían recorrido dos largas manzanas y andaban por la tercera cuando un taxi pasó por la calzada. Baylock dio un grito y el taxi se detuvo para recogerlos. Se instalaron en el asiento posterior con todas las bolsas. Harbin le dijo al taxista que los llevara a un hotel barato. El taxista dirigió una segunda mirada al atuendo de Harbin. Harbin, amistosamente, le preguntó qué estaba mirando, y el taxista respondió que no miraba nada en particular.

El taxi se detuvo ante un lugar de aspecto miserable en una callejuela próxima a Tennessee Avenue. Harbin pagó el importe de la carrera, añadió un cuarto de dólar de propina y se lamentó por no poder darle más. El conductor sonrió abiertamente, puso el taxi en movimiento y se alejó de allí.

Entraron en el hotel y el recepcionista los acompañó a una habitación en el segundo piso. Era una habitación doble, de dos dólares la noche. Era horrible. La ventana daba al muro de otro edificio, y Baylock dijo que allí iban a ahogarse. Harbin respondió que no permanecerían tanto tiempo como para ahogarse.

—¿Cuánto vamos a quedarnos? —quiso saber Baylock.

—Hasta que encuentre a Gladden.

—¿Cuándo irás a buscarla?

—Ahora mismo. —Sin embargo, no se sentía con ganas de salir inmediatamente. Quería meterse en la cama. Anhelaba estar en la cama. Sus músculos estaban cansados y sus brazos, después de conducir en condiciones tan duras, exhaustos. Pero lo peor eran los ojos. Sus ojos querían cerrarse y tenía que esforzarse para impedirlo.

Harbin encendió un cigarrillo y salió del cuarto. Abajo, en lo que hubiera tenido que ser un vestíbulo, vio un teléfono público adosado a la pared y extrajo del bolsillo de su chaqueta el papel doblado donde Gladden había anotado la dirección de su hotel y su número de teléfono. Tenía ganas de llamarla, de decirle que estaba en la ciudad y que la vería al día siguiente. Llamar era lo más cómodo. Le permitiría volver a la habitación y echarse en la cama. No recordaba haber estado nunca tan cansado. El teléfono público le invitaba a llamarla, pero sabía que no bastaría con una llamada telefónica. Era muy consciente de la importancia de verla en persona, de estar con ella.

Una vez en Tennessee Avenue, se encaminó hacia el paseo marítimo. Cuando llegó allí, el firmamento todavía estaba oscuro, pero más allá de la playa y de la entrecortada línea blanca de los rompientes se distinguía el primer resplandor del alba sobre el océano. El paseo, aún mojado, brillaba como si un escuadrón de barrenderos hubiera estado trabajando durante semanas. Junto a la baranda del paseo, una farola de cada cuatro estaba débilmente iluminada, y ésa era toda la luz que había, salvo la vaga claridad del alba que llegaba desde el océano. Y estaba también el calor, un calor antinatural que no podía provenir del océano.

Tenía que proceder de los remansos y pantanos de Nueva Jersey, al norte de la línea costera. A lo largo del paseo marítimo, las fachadas de los hoteles turísticos aparecían tranquilas e indiferentes a todo, esperando pasivamente a los turistas veraniegos y, entre tanto, tolerando a los escasos huéspedes que disfrutaban de las mejores habitaciones a precios de temporada baja.

Reflexionó sobre lo que había sucedido en la carretera. Era una demostración palpable de la ley de los promedios. Algo semejante le había ocurrido antes en Detroit, mucho tiempo antes, la noche en que Gerald Gladden había regado el asfalto con el fluido rojo que manaba de su cráneo. Aquella noche había pasado a convertirse en una pauta, una pauta que estaba repitiéndose de nuevo. Porque aquella noche, al huir de la policía, se había dirigido hacia una niña pequeña, la hija de Gerald Gladden. Y esta noche estaba ocurriendo lo mismo. Iba en busca de la hija de Gerald Gladden, para hacerse cargo de ella y sacarla de allí antes de que pudiera sucederle nada malo.

La pauta. A lo largo de todos aquellos años, de distintas maneras, todos y cada uno de sus movimientos habían seguido la pauta. Siempre era necesario volver con Gladden, estar con Gladden, avanzar con Gladden. Era algo más que un hábito, y era más profundo que una simple inclinación. Era algo comparable a una religión, o a la entrega de sí mismo a una determinada droga. En la raíz de todo, se hallaba esta palpitante necesidad de hacerse cargo de Gladden.

Una contradicción se infiltró en sus pensamientos. Vio venir la contradicción, comenzando con aquella velada en un club nocturno cuando le había sugerido a Gladden que se fuera a Atlantic City y se tomara unas vacaciones. La contradicción se intensificó cuando recordó que Gladden le había pedido que fuera en su compañía y él se había negado. Eso significaba que la pauta empezaba a descomponerse, haciéndole susceptible de caer en otra pauta, otra droga y otra religión, como lo que le había ocurrido mientras cenaba en aquel restaurante y se vio arrastrado a través del espacio por los ojos de una mujer.

Sin embargo, volvía a encontrarse de nuevo dentro de los límites, imprecisos pero severos, de la pauta de Gladden. Mientras se concentraba en ello, la imprecisión fue cobrando énfasis gradualmente, como una escena borrosa que fuera ganando nitidez a medida que giraba el objetivo. Estaba hurgando entre sus motivos, excavando a través de los interminables estratos de motivos para cada una de las acciones que había realizado desde aquella tarde en que Gerald Gladden le había recogido, hambriento y enfermo, en una carretera del oeste. Por aquel entonces era un niño, con dieciséis años de edad pero igualmente un niño, un niño huérfano, de dieciséis años, sin otra cosa en su mente que una aguda necesidad de comida y todo el lastimoso desconcierto de un niño que le pedía ayuda a un mundo que se negaba a escucharle. Únicamente Gerald le había

escuchado. Únicamente Gerald le había recogido y ofrecido alimentos. Eran alimentos robados, puesto que Gerald los había comprado con el dinero obtenido de la venta de artículos robados. Era comida ilegal, pero era comida, y si no la hubiera tenido habría muerto. Más tarde, después de su primer trabajo juntos, Gerald se lo había explicado. A Gerald le gustaba dar explicaciones, no sólo de la estrategia y las tácticas del robo, sino también sobre la filosofía en que las basaba, la filosofía de Gerald. Gerald siempre sostenía que el robo no era un campo de acción distinto de otros, y que todo animal, incluyendo al ser humano, era de por sí un delincuente, y que todos los actos de la vida formaban parte de un vasto proceso delictivo. ¿Qué leyes, solía preguntar Gerald, podían regular la necesidad de conseguir comida y echársela al estómago? Ninguna ley, añadía Gerald, podía erradicar la práctica de conquistar. Según Gerald, las acciones básicas y fundamentales de la vida podían resumirse en conquistar, tomar las cosas y aprovecharlas. Los peces roban las huevas de otros peces. Un pájaro conquista el nido de otro. Entre los gorilas, el ladrón más astuto se hace el rey de la tribu. Entre los hombres, aseguraba Gerald, los príncipes, los reyes y los magnates no eran sino los ladrones de más éxito, tanto si se trataba de ladrones grandes y robustos como de hábiles ladrones de palabras suaves, que actuaban por la retaguardia. Todos ladrones, insistía Gerald, y nada más que ladrones, con tanto poder como eran capaces de acumular.

Él escuchaba a Gerald porque no había nadie más a quien pudiera escuchar. No había nadie más con ellos. Escuchaba y creía. Gerald era su única autoridad. Los argumentos de Gerald no sólo estaban bien expuestos, sino que se fundaban en los hechos y eran respaldados por la historia. La madre de Gerald era en parte india, y la madre de ella india completamente, una navajo de pura raza. Por el amor de Dios, solía exclamar Gerald, fíjate de qué forma robaron a los indios, y cómo a continuación promulgaron una serie de leyes que justificaran el robo. Siempre que Gerald tocaba el tema de los navajos era capaz de pasarse horas enteras hablando.

Gerald sostenía que, al margen de las sucias transacciones imprescindibles, del hedor del engaño y las mentiras, del asqueroso sabor de las complicidades y la corrupción, al margen de todo esto, todavía era posible para un ser humano vivir en este mundo y ser honrado consigo mismo. Ser honrado consigo mismo, explicaba Gerald, era lo único que podía dar a la vida una auténtica importancia, una verdadera nobleza. Si un hombre decidía ser un ladrón y se convertía en ladrón y cometía sus robos con delicadeza y precisión, con finura y gracia artística, y luego escapaba con su botín, ese hombre, según Gerald, era honorable. Pero el botín debía conseguirse correctamente, y había que enfrentar los riesgos con serenidad y nervios de hielo, y, si existían socios, había que tratar

a los socios con justicia, y las negociaciones con el perista debían ser negociaciones honestas. Había distintas categorías de ladrones, al igual que las había de banqueros, carniceros, zapateros y médicos. No existía tal cosa como un ladrón a secas, aseguraba Gerald, y al decirlo siempre se golpeaba con el puño la palma de la mano o la superficie de la mesa. Había rateros científicos y rateros temerarios, y rateros que se movían como tortugas y otros como flechas. Había rateros amables y rateros casi amables y, por supuesto, había viles hijos de perra que nunca quedaban satisfechos si no complicaban las cosas con un porrazo, un navajazo o un disparo. De todos modos, solía decir Gerald, lo que había que tener siempre presente era la necesidad de ser un ratero de primera categoría, de trabajar con limpieza y precisión y de ser honrado con uno mismo, maldita sea, un ratero honorable.

Esta cuestión, explicaba Gerald, esta cuestión de la honorabilidad, era lo único que importaba y, de hecho, si un ser humano carecía de ella, no tenía sentido que tratara de prolongar su vida. Tal y como eran las cosas, la vida tenía muy poco que ofrecer, aparte de alguna zambullida ocasional en el lujo, zambullida que nunca duraba demasiado y que, aun mientras era experimentada, iba acompañada por el desagradable conocimiento de que pronto terminaría. En invierno, Gerald era muy aficionado al estofado de ostras y siempre, mientras lo consumía, se lamentaba de que el plato no tardaría en quedar vacío y su estómago demasiado lleno para disfrutar con un segundo plato. Las cosas como el estofado de ostras, la ropa interior limpia y los cigarrillos recién encendidos eran siempre pasajeras, ráfagas fugaces de placer, cosas limitadas, sin importancia. Lo principal, lo único que, según Gerald, era importante por sí mismo era la honorabilidad.

Gerald añadía siempre, con firmeza y como desafiando a que alguien dijera lo contrario, la afirmación de que él era honorable y siempre lo había sido. Todas las promesas que había hecho las había cumplido, aunque ello le resultara muy desagradable, aunque implicara un peligro real. Cierta noche le prometió a una chica que se casaría con ella y, apenas prometido, supo que cometería un gran error si lo hacía, si se casaba con cualquiera. Pero lo había prometido. No podía romper su promesa. Se casó con la chica y permaneció a su lado hasta que ella murió. Al contarlo, gritaba y se maldecía, pero siempre terminaba diciendo qué maravillosa mujer era y qué desgracia que hubiera muerto. Y además, añadía Gerald, quizá el matrimonio no había sido un error tan grande, después de todo. Para que un hombre pudiera sentirse honorable, le era imprescindible cargar con alguna responsabilidad, una devoción. Era natural y correcto que tal devoción estuviera dirigida a una mujer.

Remontándose a la época en que Gerald decía todas estas cosas, Harbin las

oyó tan claramente como si Gerald estuviera repitiéndoselas en voz alta una vez más. El resumen de todo era el centro de sus enseñanzas, el corazón, lo principal, la cuestión de mantenerse honorable. Gerald le había enseñado a abrir el cerrojo de una puerta y el de una caja fuerte, a analizar la combinación de una cerradura y a superar ciertos tipos de alarmas contra ladrones, pero lo más importante que había aprendido de Gerald era la cuestión de la honorabilidad.

Precisamente por eso, cuando vio a Gerald muerto en la calle, corrió automáticamente en busca de su hija, y por eso durante todos aquellos años había cuidado de Gladden. Era lo único que podía hacer, porque era lo honorable.

Ante él, bastante cerca, la masa negra del rompeolas del Millón de Dólares se internaba en los océanos. Todavía más cerca, antes del rompeolas, vio el letrero de neón, sin encender, del hotel en que se alojaba Gladden. Era un hotel pequeño, embutido entre edificios de apartamentos con tiendas en la planta baja, pero tenía cierto aire de independencia y casi parecía vanagloriarse de ser uno de los hoteles del paseo marítimo, mucho más digno y elegante que los del interior.

Cuando entró no había nadie en el vestíbulo. Hizo sonar la campanilla que estaba sobre el mostrador de la recepción, y siguió haciéndola sonar a intervalos de más de un minuto. Finalmente salió el encargado de un cuarto lateral y le mostró un rostro cansado y envejecido que no cesaba de bostezar, con cabello canoso sobre las orejas y unos hombros cansados y encorvados.

Mecánicamente, el viejo le anunció:

—No hay habitaciones libres. —Luego, comenzó a despertar y pasó detrás del mostrador—. Es posible —añadió— que nos quede una.

—No quiero habitación. —Harbin se interrumpió, desconcertado, hasta que le vino a la memoria el nombre que ella utilizaba. Quiero ver a la señorita Green.

—Aquí no hay nadie que se llame así. —El viejo comenzó a retirarse del mostrador, bostezando de nuevo.

—¿Por qué no avisa a la señorita Green? Entonces podrá volverse a dormir.

—Oiga —replicó el viejo—, me vuelvo a dormir ahora mismo, y no aviso a la señorita Green porque no hay ninguna señorita Green.

El viejo ya estaba de camino hacia el cuarto lateral cuando Harbin se interpuso en su camino y le mostró un par de billetes de un dólar.

—Es muy importante que vea inmediatamente a la señorita Green.

El viejo contempló los billetes.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?

Harbin repitió el nombre y se lo deletreó.

—Me parece —anunció el viejo— que es posible que tengamos una tal señorita Irma Green. —Había tomado el dinero y estaba embutiéndoselo en un

bolsillo de su chaleco—. Pero juraría que se marchó hace un par de días.

—Vamos a comprobarlo.

El viejo volvió hacia el mostrador pero se detuvo y se llevó una mano huesuda a la garganta.

—¿Es una chica bajita y delgada? ¿Con el pelo rubio?

Harbin asintió.

El viejo hizo una mueca que pretendía ser una sonrisa, pero que denotaba estar sufriendo un dolor insoportable.

—La señorita Irma Green —decidió—. Sí, una señorita muy agradable. Muy agradable, por cierto.

—Haga el favor de llamarla, ¿quiere?

El viejo volvió a bostezar. Giró la cabeza y consultó el reloj que pendía de la pared, por encima del mostrador.

—No me parece que sea una hora apropiada para ir de visita.

—Llámela. —Harbin señaló el teléfono—. Descuelgue el auricular y marque el número de su habitación.

—En este hotel tenemos ciertas reglas.

—Ya lo sé. Tienen reglas que les dan a los huéspedes el derecho de ser informados cuando tienen un visitante.

—Oiga —protestó el viejo—, ¿quiere discutir conmigo?

Deslizando una mano en el bolsillo de sus pantalones, Harbin sacó más dinero, seleccionó un billete de cinco dólares y se lo enseñó al conserje.

—Lo único que quiero —respondió— es que me comunique por teléfono como si fuera una llamada del exterior.

El viejo reflexionó unos instantes.

—No veo que pueda haber ningún mal en eso —admitió.

Harbin le entregó el dinero, frunciendo ligeramente el ceño mientras esperaba a que se estableciera la conexión en la centralita. El viejo le indicó el teléfono con un movimiento de cabeza y Harbin lo tomó y oyó la voz de Gladden.

—Estoy a unas manzanas del hotel —dijo—. Llegaré dentro de cinco minutos. ¿Cuál es el número de tu habitación?

—Trescientos doce. ¿Qué anda mal? ¿Qué ha pasado?

—Hablaremos cuando llegue. —Colgó y volvió nuevamente hacia el viejo—. Solamente quiero ver al hombre que está con ella. Le doy mi palabra de que no habrá problemas. Ni siquiera le hablaré. Sólo quiero ver quién es. —Estudió cuidadosamente al viejo, para ver el efecto que le causaban sus palabras. El efecto fue satisfactorio y le permitió añadir—: Él ni siquiera me verá. Esperaré en ese cuarto lateral y dejaré la puerta entreabierta. Ni siquiera sabrá que estoy aquí.

El viejo parecía un tanto confuso y preocupado.

—Bien, de acuerdo —concedió—, pero no podemos permitirnos una escena violenta. En todos los hoteles, a veces llega un marido celoso buscando a su esposa y, si la encuentra con un hombre, ya tenemos armada la pelea. Quizá cuando lo vea se excite usted demasiado.

Harbin sonrió.

—No soy ningún marido celoso. Solamente soy un amigo que se preocupa por su bienestar.

Pasó al cuarto lateral. Estaba a oscuras y Harbin dejó la puerta casi cerrada, pero manteniendo una rendija para observar el vestíbulo. Desde su puesto, detrás de la puerta, distinguía al viejo agitándose nerviosamente tras el mostrador. Transcurrió un minuto, y luego otro, y Harbin se metió un cigarrillo en la boca y comenzó a masticarlo. Estaba pendiente del movimiento de la manecilla grande en el reloj de pared. De pronto, oyó el ruido de un ascensor que iniciaba el descenso y vio que el rostro del viejo se volvía hacia él, con los ojos cargados de preocupación y el ceño sumamente fruncido. Escuchó el ruido del ascensor al detenerse y luego las pisadas, y en seguida vio el traje cruzado de gabardina, la saludable mata de pelo rubio, las bien parecidas facciones y los ojos color aguamarina del policía joven que cruzaba por su campo de visión ante la puerta apenas entreabierta.

12

Permaneció allí, en el cuarto lateral, incapaz de pensar. Tras los primeros momentos de sorpresa, comprendió que pensar no le serviría de nada. Aquello estaba más allá de todo pensamiento. Apenas si se enteró de que el viejo iba hacia él, le hablaba, le decía que ya podía salir, que el hombre había abandonado el hotel y ya no era preciso que se ocultara.

Cuando salió al vestíbulo desde el cuarto lateral, oyó que el viejo le preguntaba: —¿Era algún conocido?

Harbin meneó la cabeza.

—Entonces, supongo que todo está bien —añadió el viejo.

—Seguro. —Harbin sonrió y echó a andar hacia el ascensor.

—Oiga, un momento. —El viejo se movió rápidamente, interponiéndose entre Harbin y el ascensor.

—Le he prometido que no habría problemas —dijo Harbin—. Además, ella está esperándome.

El viejo trató de hallar alguna razón para negarse pero no se le ocurrió ninguna y, abriendo los brazos en un gesto de impotencia, se alejó del ascensor. Harbin entró en el ascensor y aplicó una cerilla encendida al cigarrillo que aún tenía en la boca. Cerró la puerta y pulsó el botón.

Cuando entró en la habitación de Gladden, cuando la vio retroceder, apartándose de la puerta, lo primero que advirtió fue la extrema palidez de su rostro. Estaba blanco como el papel y sus ojos amarillos reflejaban una extraña fatiga. Harbin no le sonrió. Sabía que tendría que comenzar con una sonrisa, pero sonreír en aquellas circunstancias le era tan imposible como ponerse a andar sobre el agua.

—Prepara tu equipaje —comenzó—. De prisa.

Ella no se movió.

—¿Qué pasa?

—Estamos en peligro. —Sabía que no había modo de disfrazar la situación. Sin mirarla, añadió—: Dohmer ha muerto. —Le contó lo que había sucedido en la carretera. Le dijo que hiciera su equipaje a toda prisa.

Pero ella no se movió. Permanecía quieta, mirando más allá de él, a la puerta. Él empezó a descolgar sus ropas del reducido armario y fue echándolas sobre la cama. Después abrió los cajones de la cómoda y comenzó a llenar la maleta.

Oyó que le decía:

—No puedo ir contigo.

Eso le obligó a desviar su atención de la maleta.

—¿Por qué no?

—He conocido a alguien.

—Oh. —Se volvió hacia la maleta, pero no siguió llenándola. Gladden le daba la espalda, y él quería ver cómo estaban sus ojos. Dio un paso hacia ella, pero en seguida decidió permanecer donde estaba y dejar que ella lo manejara a su manera.

Una larga serie de silencios terminó cuando ella dijo: —Quiero dejaros, Nat. A partir de ahora, no estoy con vosotros. Siempre había querido dejarlo, pero tú me hacías seguir.

—¿Cómo es eso? —inquirió él—. Nunca te he obligado a quedarte en contra de tu voluntad.

—Mi voluntad era quedarme —explicó ella—. Por ti. —Entonces se volvió y le miró a la cara—. Quería estar cerca de ti. Te quería y quería que tú me quisieras. Pero tú no me querías, nunca me has querido y nunca lo harás. He pasado momentos terribles. Ha habido noches que he desgarrado almohadas con los dientes, porque te deseaba tanto que quería derribar la pared para entrar en tu cuarto. Tú lo sabías, Nat. No me digas que no lo sabías.

Harbin unió ambas manos por la espalda e hizo chasquear los nudillos.

—Ya sé que nunca he sido muy lista —prosiguió Gladden—. Pero no era cuestión de pensar mucho. La cuestión es que me pasó algo que nos pasa a todos. Crecí. Tú no te dabas cuenta. Me convertí de niña en mujer y quería ser tu mujer. Pero, ¿qué diablos podía hacer? No podía golpearte en la cabeza.

—Quizá hubieras debido intentarlo. —Harbin se sentó en el borde de la cama —. Esto llega en un momento perfecto.

Ella avanzó hacia él y extendió una mano para tocarlo, pero en seguida la retiró.

—Siempre te has portado bien conmigo. Has cuidado de mí. Lo has sido todo para mí, excepto lo que yo quería que fueses. No es culpa tuya. Tampoco es culpa mía. Sólo es una situación lamentable.

Harbin sonrió con tristeza.

—Lamentable es la palabra correcta.

Gladden advirtió que su voz tenía extrañas implicaciones.

—Supongo que no vas a echármelo en cara.

Él alzó la vista hacia ella.

—¿Cómo se llama?

—Finley. Charley Finley.

—¿Qué hace? Háblame de él.

—Vende automóviles. Trabaja en un negocio de coches usados, en Filadelfia.

Le conocí el segundo día de estar aquí, en el paseo. Empezamos a hablar y fue todo muy rápido. Supongo que estaba deseando que me sucediera algo así; lo conocí en el momento adecuado. Aquella misma noche volví a Filadelfia y los otros me dijeron que te habías retirado, de modo que regresé y le llamé.

—¿Te has enamorado de él?

—Tiene un gran encanto.

—No es eso lo que te he preguntado.

—Muy bien —respondió—. Creo que estoy enamorada de él.

Harbin se puso en pie.

—¿Cuándo ha sido la última vez que lo has visto?

—Ha estado aquí esta noche. Estaba aquí cuando has llamado. Al decir que venías, le he pedido que se fuera. Hemos de almorzar juntos. —Respiró hondo—. No me pidas que rompa esta cita. Te aseguro que quiero ir, quiero seguir viéndolo. No quiero dejarlo escapar. —Se colgó de los brazos de Harbin—. No quiero perderlo y no podrás obligarme a que lo deje.

—No te excites —dijo él suavemente.

—Está loco por mí —continuó ella—, y si te dijera que eso no me alegra sería una embustera. Quiero vivir mi propia vida y no tienes derecho a impedírmelo.

—Me estás rasgando las mangas —observó, cariacontecido.

Ella respiraba pesadamente. Sus uñas atravesaban el tejido de la chaqueta. Harbin se echó hacia atrás, la sujetó por las muñecas y la apartó de sí. Al retirarse, Gladden se tambaleó y chocó contra una pared. Se quedó apoyada en ella, mirándole y respirando entrecortadamente.

Harbin meneó lentamente la cabeza. Bajó la vista al suelo.

—Es una pena. Es una asquerosa pena.

—No para mí.

La miró.

—Sobre todo, para ti. —Ella fue a decir algo, pero le impuso silencio con un gesto y prosiguió—: Escúchame, Gladden. Escúchame bien y trata de mantener la calma. Te han engañado. Todo es una manipulación.

—No.

—Te digo que este hombre te ha engañado.

—No. Por favor, no sigas.

—Este hombre al que llamas Finley es un policía…

—Nat, Nat —le interrumpió con voz suplicante—, te he advertido que ya no soy una niña. He crecido, conozco el alfabeto. No me tomes por tonta, ¿quieres?

De pronto, Harbin se sintió asaltado por un gran cansancio y se tendió de espaldas sobre la cama, con los brazos extendidos sobre el cobertor.

—Si intentas escucharme —respondió, con ojos entrecerrados—, intentaré explicártelo. Este Finley es uno de los policías con los que estuve hablando la noche en que dimos el golpe. Hace unos minutos, yo estaba en una habitación en la planta baja que da al vestíbulo y lo he visto salir del ascensor. Lo he reconocido.

—¿Por qué me haces esto? —estalló ella—. ¿Qué tratas de conseguir?

—No trato de conseguir nada. Eso es cosa de Finley. —Algo parecido a un suspiro surgió de sus labios—. El hecho de que sea un policía no significa nada. Lo es sólo porque le conviene. Y, desde su punto de vista, tampoco tú significas nada. No te quiere. Quiere las esmeraldas.

Harbin vio que ella estaba mirándole de una forma en que nunca antes le había mirado. Oyó que le preguntaba: —¿Por qué me mientes?

—¿Te he mentido alguna vez?

—No —admitió ella—. Entonces, ¿por qué me mientes ahora?

—No estoy mintiendo. Si quieres la verdad, te la contaré toda.

Ella asintió lentamente, y él comenzó a explicárselo. Le resultó fácil comenzar, pero cuando llegó a la propuesta de Della empezó a tener dificultades para exponerla con claridad. Ella seguía de pie, observándole mientras él se esforzaba y trataba de retroceder hasta la casa de la colina, y luego las maniobras de Lancaster, y el paso desde el bosque tenebroso hasta la carretera y el tren de Filadelfia, la carretera de Black Horse y, finalmente, la situación actual.

Concluyó:

—Veo claramente a Finley planeándolo todo, asegurándose de que no quedan cabos sueltos. El día que te acompañé a la estación, él nos siguió. Ahora lo veo. Ya conocía la base, y Della se quedó vigilándola. Así que, en la estación, cuando subiste al tren él también subió. Cuando llegaste a Atlantic City él iba detrás tuyo y vio cómo te inscribías en el hotel. Luego, comenzó a trabajarte aquí en Atlantic City mientras Della me trabajaba a mí en Filadelfia.

Gladden se acercó a la cama y tomó asiento en el borde. Su respiración se había regularizado un poco.

—Algunas personas actúan de forma retorcida.

—Finley no es retorcido. Es un trabajo de profesional. Le ha echado el ojo a unas esmeraldas valoradas en cien mil dólares. Eso es todo. Pero es bastante. Ha elaborado su plan de modo que funcione lentamente, subiendo peldaño a peldaño, entrando primero en contacto y haciéndote bajar la guardia mientras Della me hacía lo mismo a mí, calculando tal vez dedicar una semana o dos, o tres, o tal vez un par de meses. Y, aunque le costara seis meses o más, no dejaba de tratarse de cien mil dólares. La espera valía la pena.

Gladden se quedó mirando fijamente la cabecera de la cama, más allá de

Harbin.

—Esmeraldas —exclamó—. Pedacitos de cristal verde.

Harbin se incorporó ligeramente.

—Olvida las esmeraldas —replicó—. Ahora lo más importante son los tres policías muertos. Eso es nuevo para nosotros. —Se incorporó del todo y apoyó los pies en el suelo—. Es por eso por lo que has de venir conmigo. Has de quedarte conmigo. Estás implicada, Gladden. Ojalá no lo estuvieras, pero lo estás. Tú, Baylock y yo. Los tres estamos metidos en esta situación y debemos movernos rápidamente. Tenemos que escapar.

—¿Tan inmediato es el peligro?

—No sé exactamente si el peligro es tan inmediato, pero sí sé que no podemos quedarnos para averiguarlo.

Gladden permaneció unos instantes en silencio.

—Pensaba que me había salido —dijo al fin—. Tenía una sensación maravillosa, como si me hubiera librado de una terrible jaqueca que me hubiera hecho sufrir durante toda mi vida. Y ahora vuelvo a estar metida. Tengo la jaqueca otra vez. —Se puso en pie, caminó hasta la puerta y se la quedó mirando como si fuera un muro de acero. Luego, se volvió y se dirigió hacia él—. Has vuelto a meterme en el asunto.

—Las circunstancias.

—No; las circunstancias, no. —Su mirada y su voz reflejaban una falta de razonamiento—. No han sido las circunstancias. Has sido tú, Nat. Tú. Has vuelto a meterme, como siempre. Pero te digo que no quiero volver. —Todo su cuerpo se estremeció—. No quiero, no quiero, nunca lo he querido. Quiero salirme. —Se le acercó más—. ¡Quiero salirme!

—Si lo pensaras bien verías mis razones.

—Sólo hay una razón para que quieras mantenerme colgada de tu cuello. Así es más seguro.

Harbin se quedó sin habla. Lo que cayó sobre él, aplastándolo, era el peso total de todos los años, y la voz de Gladden era una hoja que lo cortaba, lo desmoronaba todo y le demostraba que, a fin de cuentas, ese total equivalía únicamente a una terrible broma que se había gastado a sí mismo.

Pero sabía que aún quedaba algo más y esperó a que llegara, al igual que un hombre atado a los raíles del tren espera el momento del impacto. Alzó la vista hacia ella y percibió la palidez de su rostro, la extraña llama que ardía en sus ojos.

Y entonces llegó.

—¡Hijo de perra! —estalló—. Todo este tiempo me has hecho pensar que cuidabas de mí, cuando tú sólo te cuidabas a ti mismo. ¡Sucio y tramposo hijo de

perra! ¡Te odio!

Harbin apartó la cabeza, pero ella fue más veloz y sus dedos llegaron a su cara, sus uñas se le hundieron en la carne, y sintió la herida como una helada quemadura. Luego, Gladden retrocedió con la cara contraída, mostrando los dientes.

—Ahora tienes una oportunidad —añadió—. ¿Por qué no te aseguras definitivamente? Haz lo que siempre has deseado hacer. Líbrate de mí para siempre. Asegúrate de que no pueda hablar y estarás seguro. —Señaló su propia garganta—. Mira qué fina es. Te resultará fácil. No tardarás nada.

La puerta pareció moverse hacia él. Cuando la abrió, con Gladden a sus espaldas, esperó sin saber a qué esperaba. La habitación quedó sumida en el silencio, como una habitación vacía. Terminó de abrir la puerta, salió al pasillo y la cerró lentamente como si Gladden estuviera durmiendo y no quisiera despertarla. Echó a andar hacia el ascensor.

13

Baylock parecía muerto salvo por su respiración, una respiración enfermiza, rasposa e irregular, que le agitaba el pecho espasmódicamente. Apenas si entraba aire en la habitación y Harbin vio que podía abrir más la ventana si quería, pero no tenía el ánimo ni fuerzas para hacerlo. Se tendió sobre la combada cama, al lado de Baylock, y justo antes de cerrar los ojos se dijo que al menos debería quitarse los zapatos. Pero ya había empezado a dormirse y su último pensamiento consciente fue que había olvidado apagar la luz y, por tanto, la luz tendría que quedarse encendida.

Baylock le despertó casi once horas más tarde. Le preguntó qué hora era y Baylock respondió que eran las tres y cuarto. Se frotó los párpados y vio un fino rayo de sol que penetraba por la ventana tras sortear oblicuamente el muro del edificio vecino.

—Sabía que no la encontrarías allí —dijo Baylock.

—La he encontrado.

—¿Por qué no la has traído?

—No quiso venir.

—¿Qué significa esto?

Harbin saltó de la cama y se dirigió hacia un lavabo desportillado. Se metió un poco de agua fría en la boca, para enjuagársela, bebió un sorbo y se lavó la cara. Luego, se volvió y miró a Baylock.

—Esto va a gustarte —anunció—. Es lo que estabas deseando.

—Termina de despertarte. —Baylock utilizaba a su vez el lavabo—. Todavía estás espeso.

—Estoy completamente despierto. —Harbin estudió a Baylock ante el lavabo —. Querías que Gladden nos dejara. Muy bien, pues nos ha dejado.

Baylock frunció el ceño.

—¿Cómo es eso?

—Así lo quiere ella.

—¿Le has dicho lo que ha ocurrido?

—Se lo he contado todo.

—Se lo has contado todo —repitió Baylock—, y ella quiere dejarnos. Ésta sí que es buena. Muy buena. Descubre que nos hemos metido en un buen lío y que nos están buscando, y entonces sale con esta curiosa afirmación de que ya no está con nosotros.

Harbin encendió un cigarrillo.

—Tomaría una taza de café.

—Así de sencillo —prosiguió Baylock—: nos ha dejado.

—Vamos a tomar café.

Baylock no se movió.

—Estoy demasiado nervioso para tomar café. Estoy demasiado preocupado.

—Tú aún no sabes lo que es estar preocupado. —Harbin forzó una sonrisa—. ¿Quieres preocuparte de veras? Nuestro amigo ha entrado en contacto con ella.

—¿Nuestro amigo? —Baylock no comprendía.

—El policía.

Baylock se quedó paralizado.

—Se llama Finley —añadió Harbin—. Charley Finley. La siguió hasta aquí, y parece que el aire marino y el sol de que me hablaste era él.

Reaccionando como un animal, Baylock se lanzó hacia la puerta, cambió de idea, se dirigió hacia las maletas, volvió a cambiar de idea y siguió moviéndose de un lado a otro con movimientos bruscos y rápidos que volvieron a llevarle al mismo lugar. Se lamentó: —Te lo dije, te lo dije, no me digas que no te lo dije.

—Muy bien —respondió Harbin—. Me lo dijiste. Tú tenías razón y yo estaba equivocado. ¿Te parece bien así o quieres que empiece a arrancarme los dedos?

—Estamos perdidos. Ahora ya no podemos movernos.

—¿Por qué no? Finley no sabe dónde estamos.

—¿Estás seguro? —quiso saber Baylock—. Fíjate cómo trabaja. Es un artista del rastreo. Es un talento muy especial. Sólo una persona entre un millón lo posee. Es como un telépata o una especie de mago, y no te rías, te digo que no te rías. —Vio que Harbin no se reía y continuó—: Por lo que sabemos, quizá nos tiene ya localizados.

—Puede.

—¿Qué hacemos? —preguntó Baylock.

Harbin se encogió de hombros. Miró hacia la puerta, luego a la ventana. Baylock siguió su mirada. Y después se miraron mutuamente.

—La única forma de estar seguros —decidió Harbin—, es averiguándolo. —Frunció levemente el ceño, reflexionando—. Es posible que Finley me haya seguido hasta aquí desde el hotel. Lo dudo y, si no supiera lo que ya ha hecho, apostaría mil dólares contra diez centavos a que no es así. —Se pasó los dedos por la barbilla—. Lo único que sé con seguridad es que necesito tomar café. Cuando salga, echaré un vistazo por los alrededores. Tú espérame aquí.

—¿Cuánto tiempo?

—Media hora.

—¿Y si tardas más?

—No tardaré.

—¿Y si tardas?

—En ese caso —respondió Harbin—, será mejor que te vayas, y rápido.

—¿Con las esmeraldas?

—Escucha —contestó Harbin—. Si tú salieras a la calle y yo me quedara esperándote, y si tú dijeras que volverías en treinta minutos y no lo hicieras, yo saldría por la ventana sin llevarme las esmeraldas. Y cuando estuviera fuera, empezaría a moverme de prisa.

Baylock sacudió muy lentamente la cabeza.

—Yo no dejaría las esmeraldas aquí. Sabes que yo no lo haría.

Harbin se encogió de hombros.

—Si no has vuelto en treinta minutos —prosiguió Baylock—, me iré a casa de mi hermana, en Kansas City. Conoces la dirección y sabes que si te digo que voy allí es que voy allí. Y si consigues llegar, me encontrarás allí con las esmeraldas. —Apretó los labios—. Si no me detienen antes de llegar. O me matan.

—¿Quieres que te traiga un poco de café? ¿Algo de comer?

—Me basta con que vuelvas.

Harbin se dirigió hacia la puerta. Baylock se movió bruscamente, con una especie de frenesí, y se situó ante la puerta. Miró a Harbin con ojos alterados.

—Quiero aclarar lo de Gladden —dijo—. ¿Qué hacemos con ella?

—Nada.

—¿Y si nos delata?

—¿Por qué habría de hacerlo? —respondió rápidamente Harbin.

—Porque nos ha dejado, y eso la pone en situación de delatarnos. Te digo que estoy preocupado, y creo que deberíamos hacer algo con Gladden.

—Hazme un favor —replicó Harbin—. No vuelvas a mencionarla.

Abrió la boca y emitió una especie de sollozo. Volvió rápidamente la cabeza para ocultar su rostro a Baylock y se dio un fuerte puñetazo en la palma abierta de su mano. Miró a Baylock por el rabillo del ojo y vio que le contemplaba con lástima. Esto le hirió como la punta ardiente de un atizador. Tiró de la puerta hacia sí, cruzó el umbral y oyó el ruido del portazo. Se apresuró por el angosto pasillo, llegó a las escaleras y se dijo que debía sosegarse. No había necesidad de apresurarse. Iba a salir a echar un vistazo por los alrededores y a tomar café.

En la planta baja sintió que lo inundaba el calor del mediodía. Era como un jarabe. Sintió que la cara se le ponía pegajosa y comenzaba a picarle. En la calle, avanzando lentamente por Tennessee Avenue, vio el poste a rayas de una barbería y decidió afeitarse.

El afeitado le vino bien y se sentía algo más vivo cuando llegó a Atlantic Avenue. Pero el bochorno pegajoso de Atlantic City era muy intenso y los

efectos reanimadores del afeitado empezaron a desvanecerse cuando aún buscaba un restaurante. Transitaba muy poca gente por la calle. Vio a algunos ciudadanos que se dirigían a la playa. Parecían malhumorados, enfadados con su ciudad por dejarse someter a este calor húmedo y furiosos con el océano porque no hacía nada para remediarlo. Vestían ropas de playa y sandalias y, mientras caminaban hacia la playa, mostraban un aire de sacrificio, como si fuera algo impropio de los habitantes de Atlantic City en esta época del año. Estaba bien para los turistas, porque todo les estaba permitido, pero los naturales de la ciudad no se merecían este clima. Era una ofensa.

Consultó su reloj. Ocho minutos. Llevaba ocho minutos fuera y aún le quedaban veintidós. Vio el anuncio de un restaurante al otro lado de la calle. Cruzó la calzada y entró, tomó asiento ante un mostrador húmedo y pidió un café a la camarera. Ésta comentó que hacía demasiado calor para tomar café y que tal vez lo preferiría helado. Él respondió que no. La camarera dijo que helado era muy bueno. Harbin le contestó que nunca lo había tomado helado y que le agradecería que no siguiera insistiendo. La camarera opinó que el motivo de que el mundo fuese como era podía atribuirse al hecho de que había demasiada gente difícil. Le trajo una taza de café solo y se quedó ante él, mirando cómo lo bebía. Era una chica baja e inquieta, de aspecto italiano, y por debajo de sus mangas cortas sus rollizos brazos brillaban de sudor. Harbin alzó los ojos de la taza y vio que seguía mirándole. Le dirigió una sonrisa. Ella desvió la vista y se volvió a mirar la calle, amarillenta y humeante, a través de la puerta abierta. Luego, lanzó un largo suspiro, se cruzó de brazos y se apoyó en su lado de la barra.

Harbin consultó su reloj y pidió otra taza de café. Ella se lo sirvió y él encendió un cigarrillo y empezó a bebérselo, contemplándola mientras ella seguía mirando hacia la calle. El resplandor del sol la cubría de un brillo amarillento, de forma que parecía hallarse en el centro de un tazón lleno de jarabe amarillo. La camarera sacó la punta de la lengua y lamió una gota de humedad de su labio superior. Luego, una cinta de oscuridad cruzó el amarillo, dejándola en la sombra, y la sombra se debía a alguien que entraba en el restaurante. La chica italiana se movió para recibir al nuevo cliente y Harbin bajó la cabeza hacia su taza, tomó un sorbo de café y, de pronto, sintió que la taza temblaba en sus manos cuando le llegó el perfume y supo que era el perfume de Della.

14

Della se instaló ante la barra, a su lado. Iba vestida con una blusa y una falda de color marfil pero, aun antes de ver su atuendo, Harbin ya sabía que tendría una apariencia fresca. Su cabello castaño resplandecía serenamente, su rostro era terso y límpido y su voz fresca, cuando le pidió a la camarera que le preparase una naranjada.

Al volverse para mirar hacia la calle, Harbin vio el Pontiac verde aparcado al otro lado de Atlantic Avenue. Sus dedos tamborilearon sobre la barra.

—Sabes arreglártelas.

—Sólo cuando es necesario.

Él la miró.

—¿Qué es necesario?

—Estar aquí —respondió ella—. Contigo.

—A no ser que esté muy equivocado, pensaba que esta cuestión había quedado zanjada.

—Tú sabes que no está zanjada.

Harbin emitió un leve suspiro.

—Explícame por qué.

Della permaneció inmóvil, mirando su naranjada.

—Quiero que hagas algo por mí —dijo—. Quiero que me escuches con mucha atención y trates de creer lo que te diga. Es posible que ya lo sepas pero, si no lo sabes, te enterarás ahora. Si te obstinas en no creerme, no podré hacer nada. Sucede que hay unas cuantas cosas sobre las que no puedo hacer nada, como convertir la noche en día o detener la lluvia cuando está cayendo.

Se volvió hacia él y prosiguió:

—La noche que nos conocimos en aquel restaurante no fue por casualidad. Estaba todo planeado. Un plan bien pensado para que pudiera trabajarte y conseguir las esmeraldas. No puedes haber olvidado lo que sucedió cuando disteis el golpe. ¿Recuerdas haber hablado con dos policías delante de la mansión? ¿Lo recuerdas, claramente?

Harbin asintió. Tomó un mondadientes de un recipiente de vidrio, lo partió en dos y comenzó a juguetear con los fragmentos.

—Uno de ellos —dijo Della— era un hombre bastante joven, de treinta y pocos años. Quiero hablarte de él. Cuando trabaja como policía, su nombre es Charley Hacket. Cuando funciona sólo como Charley, su apellido es Finley. —Alzó el vaso de naranjada, lo contempló como si su color le resultara agradable y

volvió a dejarlo—. Este Charley se ha propuesto conseguir las esmeraldas. Es un artista del chantaje, y por lo general se contenta con una parte. Lo sé porque conozco su forma de operar. Llevo poco más de un año trabajando con él. Pero esta vez ha visto un botín considerable, y lo quiere todo.

Harbin apartó la vista del mondadientes y la miró. Vio a Della y solamente a Della. No vio la amenaza, no vio a su enemiga. Solamente a Della.

—Este Charley Hacket tiene un buen cerebro. Me di cuenta nada más verlo. Naturalmente, también me fijé en su buen aspecto y su encanto, y creí ver en él algo más que luego resultó que no existía, aunque continué empecinada en ello. Cuando me pidió que colaborase con él en estos trabajos, acepté únicamente porque podía estar a su lado. No necesitaba para nada el dinero. Y puedes estar seguro de que no estoy tan loca como para hacerlo por la emoción. Lo hice porque así podía estar junto a él, y había llegado a convencerme a mí misma de que le necesitaba. La noche en que dejé de creerlo fue la noche en que te conocí.

Harbin extrajo otro palillo del recipiente y lo partió en dos. Colocó un pedazo perpendicularmente al otro y acto seguido los cambió de lugar. Luego echó los dos trozos a un lado.

—¿Por qué has esperado hasta ahora? ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Tenía miedo —contestó—. Quería que fuese una cosa entre tú y yo, sin esmeraldas, ni Charley, ni acuerdos, ni transacciones. Sólo tú y yo. Intentaba hallar una solución, encontrar un método para librarme de Charley y dar todo eso por terminado, de modo que únicamente quedáramos tú y yo. Pero para eso me hacía falta tiempo. Quería decírtelo, me moría de ganas de decírtelo, pero tenía mucho miedo de perderte.

—¿No tenías miedo de Hacket?

—No. —Se encogió de hombros—. Conozco a Hacket. Sé que para él valgo más que las esmeraldas. Sé que soy su principal debilidad, porque me quiere más que a su vida. ¿Entonces? Entonces, si averiguara lo que siento por ti, probablemente me mataría. O nos mataría a los dos. Pero eso nunca me ha asustado. Lo único que me asusta es perderte a ti. La otra noche, en el bosque, cuando me dejaste sentir la tentación de matarme. De hecho, la muerte me parecía atractiva.

Tomó el vaso de naranjada y bebió un sorbo. Lo saboreó y bebió otro.

—He estado pensando mucho sobre esto, y sé con certeza que la vida sólo vale la pena cuando uno tiene la posibilidad de conseguir lo que quiere. Si no puedo tenerte, no me interesa continuar. He pasado toda la noche pensando, y todavía pensaba por la mañana temprano cuando ha sonado el teléfono, y era Hacket que me llamaba para decirme que tú estabas aquí y preguntarme qué había salido mal. Le he dicho que no lo sabía, que te habías ido de mi lado sin

darme ninguna explicación. Hacket me ha contestado que no me preocupara, que a fin de cuentas sería mejor así. —Se interrumpió, frunciendo ligeramente el ceño—. No veo ninguna reacción. Pensaba que reaccionarías de algún modo cuando te dijese que Hacket está en la ciudad.

Harbin sonrió.

—Estoy enterado de casi todo lo que me has dicho. Sé que él ha venido para trabajar a Gladden.

Ella lo miró fijamente.

—¿Cómo lo has averiguado? ¿Cómo has conseguido la pista?

—Tú me la diste. Te lo contaré todo cuando seamos viejos y canosos. O tal vez antes. —Empezó otra vez a jugar con los palillos—. ¿Qué más te ha dicho Hacket por teléfono?

—Ha estado alabándose a sí mismo, diciéndome lo listo que era y lo bien que había manejado la situación cuando te presentaste en el hotel de Gladden, y cómo se quedó esperando en un portal hasta que volviste a salir y cómo te siguió hasta esa pocilga en Tennessee Avenue.

Harbin miró a Della, después a los palillos, y luego a Della otra vez.

—Yo le he dicho que vendría a Atlantic City —prosiguió ella—. Él me ha contestado que no, que podía hacerlo solo. Le he dicho que no se apresurara demasiado, que esperase mi llegada y que ya lo discutiríamos. Él me ha dicho que me esperaría en su coche, aparcado en Tennessee Avenue para vigilar vuestro hotel. He llegado y le he dicho que ya vigilaría yo, que parecía muy cansado y que haría bien regresando a su habitación para dormir un poco. Al principio se ha negado, pero finalmente ha accedido. He aparcado mi coche en Tennessee Avenue y me he quedado esperando hasta que te he visto salir. Te habría llamado en aquel mismo instante, pero he visto que entrabas en una peluquería y he pensado que ése no era lugar para hablar. De modo que he seguido esperando. Cuando has salido de la peluquería te he seguido hasta aquí. Y aquí estoy ahora, contigo, y quiero seguir contigo, ir contigo…

—¿Adónde?

—A mi casa.

Harbin bajó la cabeza, la alzó muy lentamente y volvió a bajarla. Estaba asintiendo. Y entonces, repentinamente, comenzó a temblar, como si estuviera saliendo de un trance. Notó un sabor metálico en la boca, volvió a estremecerse, se sumergió muy profundamente en su interior y dijo: —Habría que pensarlo todo muy bien.

—Pensémoslo.

—Está Hacket.

—Nos desharemos de él.

Harbin apoyó los codos en la barra.

—Supongo que no hay otro modo de arreglarlo.

—No lo hay —le aseguró ella—. Tendremos que hacerlo. —Bebió un poco más de naranjada—. ¿Algo más?

La miró. No dijo nada.

—Estás pensando en Gladden —afirmó ella.

Harbin desvió la vista. No respondió.

—Hazme un favor. Deja de pensar en Gladden.

Le resultó difícil, pero lo consiguió. Se esforzó, empujó con su mente como si estuviera empujando una pared con el hombro. Sintió una fuerte sacudida y luego, extraña, repentinamente, la resistencia se desvaneció. Pero quedaba ora cosa, y dijo: —Queda otra cosa.

—Muy bien. Nos enfrentaremos a ella. ¿De qué se trata?

—Es una situación. Puede que hayas visto los periódicos de hoy. Puede que no. —Suspiró—. Anoche hubo un grave accidente en la carretera de Black Horse.

Le habló de los tres policías muertos a tiros en la carretera, y de la muerte de Dohmer, y de lo que le ocurría a Baylock, de su miedo y sus preocupaciones, de su falta de control, de Baylock nervioso y aterrorizado, de Baylock más o menos inmovilizado. Y añadió: —No puedo abandonar a Baylock sin decírselo antes.

—¿De qué servirá que se lo digas?

—Necesita que lo tranquilice. Necesita instrucciones. No puedo abandonarlo con la sensación de que estoy cometiendo una traición. He de volver al hotel y hablarle.

—Discutirá contigo.

—Responderé a sus argumentos.

—Se excitará. Puede crear problemas.

—No habrá ningún problema.

—Pensará que quieres hacerle una jugada sucia.

—No tendrá ningún motivo para pensarlo —respondió Harbin—. Le dejaré todas las esmeraldas. Luego me despediré de él y volveré aquí. Contigo. Nos meteremos en tu coche y nos pondremos en marcha. Iremos a la casa de la colina y nos quedaremos los dos allí, juntos. Ahora estoy seguro de que ha de ser así. Nada puede romper lo que hay entre nosotros. Nada. Tenía que ser así. Tenemos una cosa de la que ninguno de los dos puede prescindir. Cuando te dejé en el bosque, la noche pasada, tú eras otra persona y yo también. Pero desde aquella noche ha pasado mucho tiempo.

Dejó el dinero sobre la barra y se puso en pie. Sonrió a Della y vio que ella también le sonreía, y no quiso irse de allí, aunque estaba totalmente decidido a

regresar en cuestión de minutos. Entonces Della le indicó la puerta con un gesto de su cabeza y sus ojos le pidieron que se fuera y volviera rápidamente. Harbin salió del restaurante y cruzó Atlantic Avenue, caminando a buen paso hacia Tennessee. Llegó a Tennessee Avenue y apresuró la marcha a medida que se acercaba a la angosta calle lateral. Al entrar en el hotel se sentía ligero, con la cabeza despejada.

En el piso de arriba el calor era oscuro y denso, y estaba impregnado de la decadencia de la gente que vivía en aquellas habitaciones. Harbin llegó ante la puerta, la abrió y lo primero que vio fueron las dos maletas abiertas y su contenido desparramado por todas partes. La tercera maleta, la que contenía las esmeraldas, estaba cerrada. Después vio a Baylock, en el suelo, con las rodillas dobladas. Tenía un brazo ante los ojos y otro echado hacia atrás, rígido. Sus ojos estaban abiertos y las pupilas trataban de subir hasta su frente. La sangre de su cabeza machacada brillaba y fluía desde su cráneo partido formando un ancho chorro hasta la altura del hombro y luego se reducía hasta convertirse en una resplandeciente cinta roja cerca del codo. Baylock estaba casi muerto y, mientras Harbin permanecía inmóvil mirándolo, trató de abrir la boca para decir algo. Eso fue todo lo que pudo hacer y, en mitad del esfuerzo, echó la cabeza hacia atrás y murió.

15

Harbin permitió que su cabeza girara lentamente y miró hacia el maletín sin abrir. El maletín se lo dijo todo, pero eso equivalía a llegar a una conclusión y ser incapaz de no hacer nada al respecto. No tendría tiempo de alcanzar la puerta, y la ventana era una locura. La puerta del armario, parcialmente abierta, se abrió del todo y Charley Hacket salió de dentro sosteniendo un revólver. La culata que había destrozado la cabeza de Baylock estaba roja de sangre.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Harbin—. No utilices el arma. Conserva la serenidad. Hagas lo que hagas, conserva la cabeza.

—¡A callar! —La voz de Hacket eran guijarros lisos sobre terciopelo—. Túmbate en la cama, boca abajo.

Harbin se tendió la cama y apoyó el rostro sobre la almohada. Se vio venir el golpe como el que Baylock había recibido. Sus labios se movieron sobre la almohada.

—Esto no te servirá de nada.

—No trates de negociar conmigo —replicó Hacket—, a menos que tengas algo que vender.

Harbin tenía su cerebro enfocado sobre el maletín sin abrir, el maletín que Hacket estaba a punto de abrir cuando las pisadas en el pasillo le indicaron que se ocultara en el armario. Se preguntó qué estaría haciendo Hacket en aquellos instantes. Se dijo si no estaría abriendo el maletín.

—¿Dónde están las esmeraldas?

Detectó un arranque de histeria en la voz de Hacket, y Harbin se aferró a ella como si fuera una cuerda que se le tendía, en medio de arenas movedizas.

—Hagamos un trato —contestó Harbin.

—No estás en situación de hacer tratos.

—¿Quieres las esmeraldas?

—¡Ahora mismo!

—Ésa es una orden que no puedo cumplir —dijo Harbin—. No puedo fabricar esmeraldas para ti. Lo único que puedo hacer es llevarte adonde está el botín.

Hubo una pausa. Después, Hacket le dijo que se volviera.

Harbin se volvió, comenzó a incorporarse y Hacket exclamó: —Lo que no me gusta de ti es que estás demasiado asustado.

—Claro. —Harbin inclinó su cabeza hacia la pistola—. ¿Por qué habría de estar asustado? —Indicó la pistola—. Sé razonable, Charley. Es todo lo que te

pido, que seas razonable.

—Muy bien, seré razonable. Te haré una pregunta razonable. ¿Dónde están las esmeraldas?

—Si te lo digo —respondió Harbin—, me matarás aquí mismo. Y aun así no sabrás si te he dicho la verdad.

—Eso es algo que no puede evitarse.

—Sé inteligente, Charley. No quiero darte ideas. Tú eres muy capaz de tener ideas propias.

—¿Qué estás tramando?

—No tramo nada, Charley. Sólo trato de poner las cosas en claro y ver qué suma arrojan. Estás tú, estoy yo, están las esmeraldas y…

—Y eso es todo.

—Eso no es todo. —Harbin lo dijo lentamente y con gran énfasis. Esperó.

Volvió a detectar la histeria en los ojos de Charley Hacket y en el leve temblor nervioso de su labio inferior. Sabía que estaba supeditado a su histeria, pero no podía depender de eso durante demasiado tiempo porque era su histeria lo que le había llevado a matar. Era la impaciencia histérica lo que había hecho que Hacket subiera a la habitación y que con un culatazo de su revólver rompiera el cráneo de Baylock. Harbin sabía que estaba enfrentándose con una personalidad retorcida y que en cualquier momento podía dispararse el arma.

Oyó que Hacket preguntaba:

—¿Qué más hay?

—La chica.

—La chica —replicó Hacket— no importa. No es nada. No puedes decirme nada sobre ella. —Sus labios se curvaron un poco en las comisuras, descubriendo los dientes, y fue casi una sonrisa—. Tú hace años que la conoces y yo días. Pero creo que la conozco mejor que tú.

—Ni siquiera sabes cuál es su verdadero nombre. —Harbin enderezó la espalda—. No se llama Irma Green. Su nombre es Gladden. Y, si quieres saber toda la verdad, yo te la diré. —Sin detenerse, prosiguió—: Te ha engañado, Charley. Te ha hecho caer. Tú comenzaste el juego pero, a partir de ahí, lo ha dirigido ella. Te has tragado su anzuelo, y no te sorprendas demasiado si te digo que te tiene en la palma de la mano, que puede hacer contigo lo que quiera.

Las comisuras de los labios de Hacket descendieron de nuevo.

—Ella no sabe nada.

—Sabe mucho.

—¿Como qué?

—Tu identidad.

—¿Mi cara? —Harbin emitió una risita contenida—. ¿Qué significa una

cara?

—No me refiero a tu cara, Charley. Me refiero a tu nombre. No el nombre que tú le diste, no Charley Finley. Me refiero a tu otro nombre, el auténtico, el que no querías que ella conociera. Lo ha averiguado.

Hacket se lo quedó mirando.

—Embustero.

—A veces miento —reconoció Harbin—, pero no ahora. Te digo que Gladden lo averiguó. No me preguntes cómo. Nunca he logrado saber qué métodos emplea. Lo único que sé es que siempre es cien veces más rápida que cualquier colega suyo. Y eso se aplica tanto a mí como a ti.

Hacket se llevó una mano a la nuca y se frotó los cabellos.

—¿Te ha dicho cómo me llamo?

—Hacket.

Hacket replicó al instante, gritando.

—¿Cómo lo ha sabido? ¡Dime cómo lo ha sabido!

—Se lo pregunté, y me contestó que fuera a buscarle un vaso de agua. De modo que fui a buscarle un vaso de agua. Ya ves, Charley, yo trabajo para ella. ¿Te das cuenta? Ella lo dirige todo. Ella da las órdenes. Ella manda. ¿Ves adonde quiero ir a parar?

—¡Dilo de una vez, maldita sea! ¡Vamos, dilo!

—Gladden tiene las esmeraldas.

Detrás del revólver, el rostro se convirtió en cera rígida, palideciendo más y más a medida que apretaba los labios. Los ojos color aguamarina miraron hacia la pistola y luego hacia Harbin. Los ojos asustaron a Harbin, y se preguntó cuánto tiempo le quedaba de vida en aquella habitación. Sabía que lo más probable era que antes de un minuto hubiera dejado de vivir. Se daba cuenta de que había hecho un buen intento, todo lo mejor que podía hacerse. Pero lo que no podía alterar era el hecho de que Hacket estaba muy histérico y con ganas de matar. Se preguntó qué otra cosa podía decir.

—Nadie quiere morir —dijo al fin.

—Yo tengo la pistola.

—La pistola —respondió Harbin— no tiene la menor importancia. No estoy hablando de la pistola. Estoy hablando de las consecuencias. —Señaló a Baylock tendido en el suelo—. Hay una cosa. —Lo dijo como si fuese relativamente insignificante, y luego puso la gran preocupación delante de todo, donde ambos pudieran contemplarla. —Tal vez hayas leído los periódicos de esta mañana.

—No.

—Anoche. En la carretera de Black Horse. Lo único que hicieron fue pararnos por exceso de velocidad, y ni siquiera nos multaron. Iban tres en un

coche patrulla. Uno de ellos vio a uno de nosotros con una pistola. Ahí empezó el problema. Terminó con los tres policías y uno de nosotros muertos. —Volvió a señalar el cadáver—. Ahora tenemos esto. ¿No crees que ya son bastantes muertes?

—Quiero las esmeraldas.

—¿Aun sabiendo lo peligrosas que son?

—Las quiero.

—Por lo que a mí respecta, puedes quedártelas.

—No te creo. —Hacket se adelantó un poco, apuntando su revólver hacia el estómago de Harbin—. Sigues queriéndolas, ¿verdad? ¿No es verdad? —Enseñó los dientes—. ¿No es verdad?

—No —respondió Harbin. Quería repetírselo, quería suplicar, pero sabía que no conduciría a nada. En aquel preciso instante oyó un sonido en el pasillo, junto a la puerta. Vio que Hacket volvía la cabeza en señal de que también lo había oído.

El ruido había sonado justo enfrente de la puerta, y a continuación se escuchó el golpeteo de unos nudillos en ella. Luego, ambos oyeron la voz de Della. Hacket abrió la puerta, sin dejar de apuntar a Harbin.

Nada más entrar Della, sus ojos se dirigieron hacia la mancha roja en el suelo y el rostro muerto de Baylock que reposaba sobre el rojo brillante. Apartó rápidamente la vista. Esperó hasta que Hacket hubo cerrado nuevamente la puerta y entonces se volvió hacia él. Habló con voz contenida, levemente temblorosa.

—¿Se puede saber qué eres? ¿Un lunático?

Hacket siguió mirando la puerta.

—No he podido evitarlo.

—Eso significa que eres un lunático. —Della observó brevemente a Harbin. Su cabeza se volvió lentamente y su mirada regresó hacia Hacket—. Te he dicho que esperaras en tu cuarto.

Hacket parpadeó varias veces.

—He esperado mucho. Estaba harto de esperar.

—Yo empiezo a estar harta de ti. —Della señaló el cuerpo muerto en el suelo —. Mira eso. Míralo bien.

—Deja ya de pincharme. —Hacket volvió a parpadear—. Ya estoy bastante nervioso. —De pronto, frunció el ceño—. ¿Por qué has venido aquí?

—Llamé a tu habitación. —El temblor había desaparecido de su voz—. No contestó nadie. —Sus ojos se movieron de nuevo hacia Baylock. Avanzó extrañamente hacia el cadáver y, bruscamente, se dio la vuelta y se lanzó sobre Hacket, gritando—: ¿Se puede saber qué demonios te pasa?

—Quiero acabar con este asunto.

—Bonita manera de acabarlo.

—¿Estás preocupada?

—Claro que estoy preocupada.

—Pues no te preocupes. —Hacket exhibió una radiante sonrisa. Parecía sumamente complacido por algo—. Me alegro de que hayas venido. Es bueno que estés aquí. No podrías haber llegado en un momento más oportuno. Esta es una de las cosas que más me gustan de ti, Della. Siempre llegas en el momento preciso. —Cuando terminó, dirigió su sonrisa hacia Harbin—. Dale las gracias a la señora. Si no hubiera venido, ahora estarías muerto.

—Ya lo sé. —Harbin asintió con serenidad. Luego miró a Della con un rostro sin expresión—. Gracias, señora.

Hacket sonrió e hizo un gesto con la pistola.

—Repítelo.

—Gracias, señora. Muchas gracias.

—Dilo otra vez… —Hacket se calló y comenzó a reír, echando la cabeza muy hacia atrás. Todo su cuerpo se estremeció por la risa. Era una risa demente, cada vez más intensa. Della esperó hasta que las risotadas llenaron la habitación, y entonces se aproximó a Hacket y le dio una bofetada en la cara. Hacket siguió riendo y Della le golpeó de nuevo. Mientras le golpeaba, él tenía los ojos bien abiertos y enfocados hacia Harbin, como el cañón de la pistola.

Della le pegó violentamente en la cara y poco a poco la risa fue apagándose. Hacket parpadeó varias veces. Comenzó a menear lentamente la cabeza, como si estuviera tratando de comprenderse y no lo consiguiera. Al cabo de unos instantes, miró implorante a Della y se quedó inmóvil, esperando a que ella dijera algo. Al ver que esto no daba resultado, Hacket emergió de las profundidades de su ser y salió a la superficie. Se notó en su forma de abombar el pecho, alzar la barbilla, afirmar los pies en el suelo. En los ojos color aguamarina apareció un brillo, un brillo superficial. Harbin comprendió que Hacket estaba intentando restablecer su propia estima y la estima de Della. Le pareció que Hacket confiaba plenamente en su capacidad para lograrlo.

La voz de Hacket sonó en armonía con su nuevo estado de ánimo.

—La chica se llama Gladden. Ahora voy a visitarla, y cuando la vea la llamaré Irma, Irma Green. Y cuando me vaya me llevaré las esmeraldas. —Miró hacia Della—. Cuando vuelva tendré las esmeraldas, y tú estarás aquí esperándome. —Se volvió hacia Harbin—. Tú también estarás aquí. Cuando tenga las esmeraldas estaré muy contento, y es posible que te deje salir con vida. He dicho que es posible, recuerda. No te prometo nada.

Harbin estaba pensando en Gladden. Intentaba desesperadamente no creer

que Hacket iba a matar a Gladden. Oyó que Hacket hablaba con Della, pero las palabras que oía carecían de significado. Sólo eran símbolos vagos, eclipsados por la comprensión de que estaba salvando su vida a costa de la de Gladden. Para no morir, había decidido sacrificar algo, y ese algo era Gladden. Vio a Gladden muriendo. Vio a Gladden muerta. Cerró los ojos y la vio. Luego los abrió y miró a Della. Se dijo que todo acabaría bien. Pronto quedaría a solas con Della y entre los dos encontrarían la forma de arreglarlo, encontrarían el modo de avisar a Gladden antes de que llegara Hacket. Ya buscarían la manera. Estaba seguro de que todo acabaría bien.

Su cabeza se alzó, y vio a Della. Parecía absorta en sus pensamientos. Luego, cuando Hacket le entregó la pistola, apareció una nueva expresión en su rostro. Hacket avanzó hacia la puerta. Della permaneció inmóvil con la pistola en la mano, mostrándosela a Harbin, mostrándole una intrigante expresión en su rostro, una expresión que él nunca le había visto antes. Hacket ya estaba en el umbral. El rostro de Della mantenía su extraña expresión. Harbin comenzó a inquietarse. Escuchó como Hacket abría la puerta.

—No tardaré mucho. Vigílalo y haz que se sienta a gusto hasta que yo vuelva —dijo Hacket.

La puerta se abrió y Hacket salió del cuarto.

16

Harbin contempló la puerta cerrada y escuchó los pasos que se perdían por el pasillo, hacia la escalera. Notó que su cabeza se volvía hacia la pistola que Della sostenía en su mano.

Ya podía dejarla, pero el arma permanecía en su mano. La extraña expresión seguía en su rostro. Sus ojos le preguntaron por qué apuntaba el revólver hacia él, pero los de ella no le respondieron.

—No lo habías acordado así —observó Harbin—. ¿Por qué has venido?

—Ya has oído lo que le he dicho a Charley. Era verdad. Tuve un presentimiento. Llamé a su habitación y no estaba allí. Un presentimiento.

—No es suficiente. —Por un instante se olvidó de la pistola. Sus ojos se clavaron en Della—. ¿Cómo sabías que era esta habitación?

—Charley me había dado el número.

Harbin apartó los ojos de ella y los dirigió hacia la pared, sobre su cabeza.

—Me pregunto cómo podía Charley conocer el número.

—Se enteró cuando te siguió hasta aquí anoche.

Cuando Charley sigue a alguien, lo sigue hasta el final. No te quitó la vista de encima desde que dejaste a Gladden hasta que entraste aquí.

—Charley es muy hábil.

—Tú también lo eres. —Su rostro no varió—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué le has hecho creer?

—Vino en busca de las esmeraldas y después de matar a Baylock abrió dos maletas. Iba a abrir la tercera cuando he llegado yo. He tenido que convencerle para que no me matara. Tenía muchas ganas de pegarme un tiro.

Della miró el maletín sin abrir.

—¿Están ahí?

Harbin asintió. Hizo un ademán para indicarle que podía dejar la pistola. La pistola siguió apuntándole.

Apretó fuertemente los labios contra sus dientes.

—¿Qué estás haciendo?

—Te vigilo.

—¿Tal y como ha dicho Charley?

—Charley no tiene nada que ver con esto.

—Entonces, ¿por qué? —quiso saber—. ¿Qué quieres?

—No se trata de lo que quiero, sino de lo que no quiero. No quiero que te vayas.

—No pienso irme. Sólo quiero llegar a Gladden antes de que llegue Charley. Va a matarla. Lo entiendes, ¿no? Sabes tan bien como yo que hemos de luchar contra el tiempo.

Della habló con lentitud.

—Pienso darle a Charley todo el tiempo que le haga falta.

—Della…

—Quiero que la mate.

Harbin se puso en pie y se apartó de la cama. Avanzaba hacia la pistola.

Della dirigió el cañón hacia él.

—Quieto. Si intentas quitármela apretaré el gatillo. Y luego me pegaré un tiro.

Harbin se sintió muy débil. Se apoyó en el borde de la cama.

—¿Tanto me quieres?

—Como nada ni nadie.

—Gracias. —Sonrió débilmente—. Gracias por quererme tanto. Pero no puedo dejar morir a Gladden.

—Yo no puedo dejarla vivir.

—Estás loca de celos. Si me vieras mirar a las nubes, tendrías celos de las nubes.

—No puedo deshacerme de las nubes —contestó Della—, pero sí puedo deshacerme de Gladden. —Su voz se alzó un poco—. No permitiré que sigas aferrado a ella.

—Créeme, por favor. —Harbin sintió una fiebre en su cerebro—. Te juro que no hay nada entre nosotros dos.

—Hay demasiado. —De pronto comenzó a sonreír con tristeza, y su voz se volvió muy triste—. Tú no te das cuenta, amor mío, pero es así. Toda tu vida está ocupada por Gladden. La otra noche, en el bosque, te alejaste de mí, pero tú en realidad no querías alejarte. Era Gladden que tiraba de ti, te arrastraba hacia ella.

Harbin levantó las manos, dobló los dedos y apretó con fuerza sobre sus párpados cerrados.

—No me acuerdo. No sé qué pasó.

—Te digo que fue Gladden. Quiero liberarte de ella. Quiero curarte de esta enfermedad que tienes. Esta enfermedad del pasado. Su padre.

Se quedó mirando a Della, y ella asintió y exclamó: —¡Gerald, Gerald!

Él sintió como si estuvieran estrangulándolo.

—Lo único que pudiste hacer fue contarme la historia —prosiguió Della—. Pero no la entendías. Tuve que encontrar yo sola la explicación.

Harbin extendió la mano, asió el poste de madera de la cama y trató de

retorcer la madera.

Oyó que Della decía:

—Estás controlado por un muerto.

—No.

—Gerald.

—No.

—Gerald —repitió—. El hombre que te recogió y te salvó la vida cuando a nadie más le importabas. Eras un pobre niño, perdido en la carretera. Estabas enfermo y muerto de hambre, y los coches pasaban sin detenerse, uno tras otro. Ni siquiera te miraban. Pero Gerald te miró. Gerald te recogió. Ésa fue tu magnífica suerte. Tuvo que ser Gerald quien te recogiera, quien se preocupara por ti y te alimentara; quien te diera ropa y te hiciera ir a la escuela. Todo era Gerald. Sus ideas se convirtieron en tus ideas. Su vida se convirtió en tu vida. Y ahora escúchame con atención: cuando Gerald murió, su hija se convirtió en tu hija.

La habitación se abalanzó sobre Harbin. Las paredes oscilaron y cayeron sobre él. Sintió la proximidad de las paredes movedizas.

Della continuó:

—Durante todos estos años has estado dominado. Todos tus actos eran inspirados por Gerald. Siempre, en todo momento, despierto o dormido, Gerald te decía qué hacer y cómo hacerlo…

—¡Por favor! —Lo dijo gritando—. ¡No sigas!

—Quiero que rompas con el pasado. Que te liberes de una vez por todas.

Harbin oyó algo que le sonó como: No puedo, de verdad. No sería honorable. Se preguntó de dónde venía esa voz. Se preguntó si procedía de sus labios o si era una voz distinta que salía de sus entrañas. Estaba mirando la puerta. Avanzó hacia allí y la pistola le siguió. Sabía que estaba siguiéndole, sabía que era una pistola y sabía lo que podía hacer. Siguió avanzando.

—Voy a disparar —le advirtió Della—. Te mataré.

Había dejado atrás la cama cuando oyó la voz de Gerald diciéndole que se llevara el botín. Pasó junto a Della, recogió el maletín sin abrir y siguió andando hacia la puerta. Oyó la voz de Gerald diciéndole que se diera prisa. La puerta estaba ante él, y sentía la pistola apuntando a su espalda. Oyó un sollozo. La puerta se abrió. Siguió avanzando, sintiendo el peso del maletín en su mano. Luego, a sus espaldas, volvió a oír un sollozo y a continuación un golpe seco, y supo que era la pistola que había caído al suelo. La puerta se cerró tras él. Estaba en el pasillo. Por un instante volvió a oír los sollozos en la habitación que acababa de abandonar, pero algo hizo que dejara de escucharlos y lo único que quedó a sus espaldas fue Gerald, Gerald que lo empujaba por el pasillo, que lo

empujaba hacia Gladden.

17

En el paseo marítimo, mientras se aproximaba al hotel, Harbin vio el sol que arrancaba destellos de la barandilla plateada que lo separaba de la playa. En la arena había numerosas personas, casi todas en traje de baño. Bajo la luz del sol, la playa era de un blanco amarillento. Harbin miró el océano y lo vio liso y tranquilo; el agobiante calor que caía sobre él le daba el aspecto de una masa de metal verde en fusión. Las olas eran minúsculas y parecían romperse sobre la playa sin el menor entusiasmo. Los bañistas se movían lentamente por el agua sin disfrutar mucho, mojándose pero no refrescándose. Harbin sabía que el agua estaría caliente y pegajosa, y probablemente muy sucia a consecuencia de la tormenta del sábado. Aun así, se dijo, le gustaría hallarse en el océano con los demás bañistas, y quizá Gladden y él pudieran darse un baño y nadar un poco antes de salir de Atlantic City. La idea era de un optimismo exagerado, pero siguió pensando en ella mientras avanzaba hacia la entrada del hotel.

El viejo estaba tras el mostrador de la recepción. Harbin fue hacia él, le sonrió y preguntó: —¿Cuándo duerme usted?

—A ratos. —El viejo estaba hurgando la uña de su pulgar con una plumilla.

Harbin dejó el maletín en el suelo.

—Me gustaría ver a la señorita Green.

El viejo aplicó la plumilla sobre la cutícula.

—¡Qué calor! Hoy hace un calor sofocante. —Miró a Harbin—. Para la época en que estamos, es demasiado calor. Hace veinte años que no teníamos un día como el de hoy.

—La señorita Irma Green.

—Parece usted a punto de derretirse —observó el viejo—. Aquí tenemos también una casa de baños. ¿Voy a buscarle un bañador?

—Quiero ver a la señorita Green. ¿Puede avisarla, por favor?

—No está.

—¿Se ha ido del hotel?

—No. Pero ha salido.

—¿Sola?

El viejo le mostró una dentadura impecable que todas las noches se pasaba unas horas dentro de un vaso de agua.

—Usted me toma por una oficina de información. —Siguió hurgando el pulgar con la plumilla, pero alzó la vista lo suficiente como para ver el billete que Harbin sostenía entre sus dedos. Lo tomó, lo arrugó en su puño y lo metió en

el bolsillo de su mugrienta camisa—. Ha salido sola.

—¿Cuándo?

Volviendo lentamente la cabeza, con la barbilla levantada, el viejo consultó el reloj de la pared. Marcaba las cinco menos veinte.

—Debe de hacer un par de horas.

—Después de que saliera, ¿ha venido por aquí aquel hombre?

—¿Qué hombre?

—Ya sabe a quién me refiero.

—Yo sólo sé lo que me dicen. —El viejo contempló calmosamente el bultito que le formaba el bolsillo de la camisa y luego desvió la vista hacia la pared del vestíbulo.

—Me refiero al hombre que estuvo aquí anoche —explicó Harbin—. Un joven guapo de cabello rubio. El hombre que vi pasar desde ese cuartito.

—Ah —dijo el viejo—, ese hombre. —Esperó unos instantes, pero de pronto se sintió demasiado viejo y cansado para exigir más dinero—. Sí, ha estado aquí. Vino hará cosa de veinte minutos. Le he dicho que la chica no estaba y se ha quedado el tiempo suficiente como para encender un cigarrillo. ¿Usted fuma?

Harbin le ofreció un cigarrillo y se lo encendió.

—¿Le importa si la espero aquí?

—Póngase cómodo.

Había un sofá y unas cuantas sillas. Harbin dejó el maletín donde estaba y se instaló en el sofá. Al cabo de unos minutos, le pidió al viejo que guardara el maletín y salió del hotel. Cruzó el paseo hasta la barandilla y se apoyó en ella, mirando hacia la puerta de entrada. Se fumó unos cuantos cigarrillos y descubrió que le apetecía comer algo. El hotel estaba flanqueado por tiendas de *souvenirs* y puestos de bocadillos que daban sobre el paseo. Comió un bocadillo de jamón y queso acompañado por una taza de café, sin apartar los ojos de la entrada del hotel. Pidió otro bocadillo, otro café y, a continuación, compró un par de periódicos y regresó al sofá del hotel.

Luego, mucho más tarde, le pareció que había leído hasta la última palabra de los dos periódicos. Consultó su reloj y vio que eran casi las siete. En el exterior, el sol todavía brillaba con fuerza, y le alivió la claridad. Volviendo la mirada hacia el vestíbulo vio al viejo tras el mostrador, afanado en otra uña.

Volvió a leer los periódicos. Se hicieron las siete y media. Se hicieron las ocho. Luego, las ocho y cuarto, y las ocho y media. Ya no le quedaban cigarrillos y, mientras echaba los periódicos a un lado, notó el aire nocturno que entraba desde el paseo. Miró hacia la puerta y vio que había oscurecido.

Al lado de la puerta había una máquina de cigarrillos. Estaba retirando un paquete de la ranura cuando alguien entró en el vestíbulo y, al levantar la mirada,

vio que era Gladden. La llamó por su nombre y ella se volvió y se lo quedó mirando.

Avanzó hacia ella. Gladden lucía un sombrero que parecía recién estrenado. Era un sombrero pequeño de color naranja, una clara tonalidad pastel, y como único adorno llevaba una larga aguja con una cabeza de plástico naranja brillante, como una gran gota de zumo redonda y reluciente.

Harbin llegó junto a ella y le habló en voz baja.

—Nos vamos. Ha de ser ahora mismo.

No la miraba, pero sabía que sus ojos estaban fijos en él. Oyó que respondía: —Te he dicho que os dejaba.

—Todavía no.

Gladden escupió una a una las palabras.

—Os he dejado.

—Tu amigo Charley no lo sabe. —La tomó del brazo.

Ella trató de desasirse.

—Vete, ¿quieres? Déjame en paz.

—Salgamos al paseo. —Harbin ladeó un poco la cabeza y vio curiosidad en el rostro del viejo.

—Quiero que me dejes en paz. De ahora en adelante, quiero que me dejes en paz.

—De ahora en adelante, tu vida puede contarse por minutos si no permites que te ayude.

Entonces la miró y advirtió el efecto de sus palabras. Empezó en los ojos, y después de que se abrieran, sus labios se separaron y casi no pudo articular una respuesta.

—No quiero que me hables de Charley. Será lo que sea, ¿y qué? Charley no tiene por qué perjudicarme. No le tengo miedo a Charley.

—Le tienes mucho miedo —replicó él—. Estás paralizada. Estás tan tiesa que no has podido ni moverte. Tan confusa que no has tenido la inteligencia suficiente como para hacer las maletas y salir de la ciudad. Lo único que has podido hacer ha sido ir flotando por el paseo y comprarte un sombrero. —Se volvió, cruzó el vestíbulo, le entregó unas monedas al viejo y regresó con el maletín. Gladden contempló el maletín. Harbin sonrió y asintió, y en seguida la sacó del vestíbulo, hacia el paseo. En el exterior todavía hacía mucho calor, pero comenzaba a sentirse una brisa del océano. Las luces del paseo componían un sinuoso desfile de esferas amarillas sobre la negrura, formando una curva que se unía con la majestuosa brillantez del gran malecón, el centro de atracciones resplandeciente en la lejanía, el Malecón de Acero.

—Mi brazo —se quejó ella.

Harbin advirtió que la sujetaba con demasiada fuerza. La soltó. Ante él, a kilómetro y medio de distancia, las luces del Malecón de Acero le cegaban los ojos, y tuvo que parpadear. Siguió avanzando por el paseo, con Gladden a su lado. Contempló a los restantes transeúntes que deambulaban por allí y le resultó satisfactorio verlos pasear para disfrutar de la brisa.

Gladden se le adelantó un paso, para poder mirarle a la cara.

—¿Por qué has vuelto?

Harbin estaba a punto de encender un cigarrillo. Lo encendió y lo saboreó; después de todos los cigarrillos precedentes, tenía un sabor algo áspero. Pero aun así le supo bien, y le gustaba sentir el suelo del paseo bajo sus pies. Aspiró unas bocanadas de humo y después, con voz que fluía fácilmente, le explicó por qué había regresado. Se lo contó tan técnicamente como pudo, exponiendo todos los detalles pero sin añadir comentarios. Cuando terminó ya habían cubierto la mitad de la distancia hasta el Malecón de Acero. Sonrió levemente a todas las luces y a toda la gente que había entre sus ojos y el malecón, y esperó oír la voz de Gladden.

Ella no dijo nada. Su cabeza estaba inclinada, y contemplaba el movimiento acompasado de sus pies sobre el asfalto.

—Gracias —musitó al fin—. Gracias por haber vuelto.

Su voz era gris y desmayada, y la tristeza que contenía sobrecogió a Harbin.

—¿Qué tienes?

—Es un presentimiento. Puede que hubiera sido mejor de otro modo. —Antes de que él pudiera replicar, añadió—: Nat, estoy cansada.

Estaban cerca de un pabellón y Harbin la condujo hacia allí. El pabellón sólo estaba lleno a medias, principalmente de personas de edad madura y rostros inexpresivos que reposaban en los bancos. Había unos cuantos chiquillos que se movían incansablemente y un hombre con un gorro blanco de marino vendía helados.

El banco que Harbin eligió estaba situado hacia el centro del pabellón, en el punto en que más se alejaba del paseo para internarse sobre la playa. Cuando tomó asiento se sintió cómodo y seguro. Miró a Gladden y vio que había echado la cabeza atrás, con los ojos cerrados y los labios firmemente apretados.

—Es bonito el sombrero que te has comprado —comentó.

Gladden no respondió. Su rostro siguió igual que estaba.

—Un sombrero verdaderamente elegante. Tienes buen gusto.

Gladden abrió los ojos y los volvió hacia él.

—Ojalá no hubieras vuelto.

—Deja de decir tonterías. —Sus labios se curvaron hacia arriba dibujando una sonrisa—. No es el momento de decir tonterías. Ahora hemos de pensar.

Tenemos una oportunidad y hemos de aprovecharla.

—¿Por qué?

—Para seguir con vida.

—No estoy segura de que me interese seguir con vida.

Harbin dirigió sus ojos hacia el paseo, donde el desfile de gente era una corriente de colores entremezclados. Meneó lentamente la cabeza y emitió un hondo suspiro.

—No puedo evitarlo —prosiguió Gladden—. Digo lo que siento. —Se llevó una mano a los ojos—. Estoy cansada. Estoy muy cansada de esforzarme, de reprimir lo que siento. —Comenzó a respirar como un atleta incapaz de terminar la carrera—. No puedo seguir así, no tengo nada que ganar.

—Muy bien, eso es. —La miró severamente—. Ponlo todo más difícil. Hazlo bien miserable.

—Siempre te lo he hecho todo más difícil. —Hizo ademán de asir su brazo, pero se contuvo—. Lo único que he hecho siempre ha sido agobiarte.

—Hagamos una cosa inteligente. Dejémoslo pasar.

—¿Pasar adónde? —preguntó ella, e inmediatamente se respondió—: A ninguna parte. —Entonces sí asió su brazo, pero sólo para que le prestara mayor atención—. Tal y como están las cosas, no hay solución. Anoche te expulsé de mi habitación. —Su voz era sofocada—. Te insulté, porque no podía decirte lo que verdaderamente sentía. Nunca he sido capaz de decirte lo que siento. Hasta ahora. Pero ahora ha llegado el momento, como en un cuento que leí una vez en el que salía una morsa y decía lo mismo.

Presionaba fuertemente el brazo de Harbin, y éste se preguntó por un instante si era ahí donde radicaba el dolor. Pero en seguida se dio cuenta que no.

—De modo que ha llegado el momento —prosiguió—. Te amo, Nat. Te quiero tanto que desearía morirme. Lo deseo de verdad, y tanto me da que Charley me mate. No me importa cómo; lo único que deseo es morirme. Ya lo ves —terminó, volviendo el rostro para que Harbin no lo viera—, la vida no vale la pena si se ha de estar triste siempre.

Harbin trató de librarse de la gran opresión que sentía en la garganta.

—No digas eso. —Se dio cuenta de que sus palabras sólo servirían para empeorar las cosas cuando lo que él quería era mejorarlas y no sabía cómo—. Te he amargado la vida por completo.

—No es culpa tuya. En absoluto. —Gladden retiró su mano del brazo de él —. Soy yo la culpable. Sabía que no te hacía ninguna falta y, ¿qué hice? Me pegué a ti. Como una sanguijuela. —Sus ojos, cargados de condena hacia ella misma, tenían un amarillo desolado—. Eso es lo que he sido siempre. Una sanguijuela. —Hizo una pausa y, apenas sin mover los labios, añadió—: Una

sanguijuela sólo es oportuna cuando se muere.

Por un instante Harbin se sintió incapaz de moverse, de respirar, de pensar. Era la calma total que se produce justo antes de un bombardeo. Y cuando aquello alcanzó el firmamento y partió en dos la oscuridad, Harbin se dio cuenta de que aquello era amor. Se lo dijo una y otra vez, con una intensidad frenética y salvaje, tratando de convencerse de que aquello era amor. Extendió sus brazos para estrechar a Gladden y atraerla hacia sí y mantenerla a su lado. Junto a él.

—No te irás de mi lado —le aseguró—. Nunca te dejaré escapar.

Desconcertada, confusa, sus ojos buscaron los de Harbin y la suavidad de su voz ahogó el aullido interior.

—¿Te importo? —Y luego, con voz aún suave—: Te importo. Lo sé, lo sé. Sé que te importo.

—Me importas —asintió Harbin. Y en aquel preciso instante estalló el conocimiento y comprendió qué estaba ocurriendo y quién había disparado el cañonazo y quién le había convencido, quién había movido sus brazos por él y los había colocado donde ahora estaban. Lo supo con una completa certidumbre. Supo que había sido Gerald, y que era Gerald quien le impulsaba a añadir—: Te quiero, Gladden.

18

La brisa que venía del océano se había hecho más fuerte, y la gente de las calles debía de haberse enterado porque el paseo estaba cada vez más lleno y todos acudían regocijados. Brillantemente iluminado por las caras y las luces, las luces blancas de las farolas y las luces de colores de las tiendas, cafeterías y hoteles, el paseo era una cinta de destellos en movimiento, con muchos colores y muchos sonidos chispeantes, una cinta brillante que dividía la oscuridad del cielo, la playa y el océano.

Del paseo llegaba un constante flujo de gente que finalmente llenó el pabellón. El vendedor de helados estaba haciendo un buen negocio, y un competidor se dio cuenta y se dirigió automáticamente hacia el pabellón. Los transeúntes tomaban asiento, compraban helados y disfrutaban de la brisa, sintiendo su frescor, respirando el aire cargado de salitre, satisfechos por el mero hecho de estar allí sentados. Muy poca gente hablaba en el pabellón. Había ido allí a disfrutar de la brisa.

Harbin quería más conversaciones, más ruido. Sabía que ya era hora de comenzar a preparar un plan, y en aquel silencio no podía hablar de planes con Gladden. Volvió la cabeza y miró hacia el fondo del pabellón, donde quedaba suspendido sobre la playa. En la última fila había un banco vacío, cerca de la balaustrada y relativamente aislado. Estaba junto al comienzo de las escaleras que bajaban a la playa. Se puso en pie, con el maletín en la mano, y Gladden le siguió hasta el fondo. Se sentaron en el banco. Detrás suyo se produjo un ligero tumulto, cuando algunas personas se apresuraron a ocupar el sitio que acababan de dejar libre. Hubo unos cuantos empujones y codazos y el comienzo de una discusión. Las voces subieron de tono, una anciana apostrofó a otra mujer, recibió un insulto en respuesta, y con eso el asunto quedó más o menos zanjado y la calma volvió a reinar en el pabellón.

—Vamos a ver qué hacemos. —Encendió un cigarrillo. Gladden se recostó sobre su hombro. El oro claro que subrayaba sus ojos era el de su cabello, que se agitaba en la brisa y resbalaba sobre el pecho de él.

—Dinero —dijo Gladden—. Todo mi dinero está en el hotel. Tendremos que volver a buscarlo.

—No. —Los pensamientos de Harbin se estructuraban en una mezcla de tablero de ajedrez y plano arquitectónico—. Yo llevo suficiente. Casi siete mil.

—¿Billetes grandes?

—La mayor parte.

—Eso es un problema.

—Por ahora, no. También tengo bastantes billetes de cinco y diez dólares. —Aspiró el humo del cigarrillo—. Lo que me preocupa es la cuestión del transporte.

Alzó la vista hacia el firmamento azabache. Estaba cuajado de estrellas y había luna llena. Dibujó un trayecto entre las estrellas y la luna, enviando un mapa hacia lo alto y viendo a Gladden y a él mismo viajando por él rumbo a algún lugar. El mapa del cielo se convirtió en un mapa tenebroso y Harbin se dijo que debía dejar de mirarlo. El mapa no le daba ninguna idea. Necesitaba ideas, pero no las tenía. Las obligó a venir, pero no le sirvió de nada y, sabiendo que sería inútil esforzarse, decidió que acudieran por su propia iniciativa.

—Los autobuses —sugirió Gladden—. No creo que vigilen los autobuses.

—Cuando se ponen a vigilar, lo vigilan todo.

—No me hagas caso —se excusó Gladden—. Soy nueva en esto.

—También yo. —Miró el maletín, que descansaba junto al banco.

—¿Tienes miedo?

—Claro que lo tengo.

—Todo saldrá bien.

—Pero, entre tanto, tengo miedo. No quiero mentirte. Tengo mucho miedo.

—Ya sé lo que sientes —dijo Gladden.

Él asintió lentamente.

—Desde la otra noche, en la carretera de Black Horse. Desde hoy, con Baylock. —Se puso rígido—. Una cosa es segura. Nosotros no lo hicimos. Yo no quería que aquellos tres policías murieran. No quería que Dohmer muriera. No quería que Baylock muriera. ¡Por el amor de Dios! —exclamó, y ella le hizo un gesto para que hablara más bajo—. Nunca he deseado que nadie muriera. —Miró al frente, hacia la gente sentada en el pabellón, la gente del paseo, y, señalándola, continuó—: Te juro que no tengo nada contra ellos. Nada en absoluto. Míralos. Me gustan. De verdad que me gustan, aunque ellos me odien. —Su voz se hizo casi inaudible—. Y a ti también.

—Ni siquiera saben que estamos vivos.

—Lo sabrán si nos detienen. Ahí empezará todo. Cuando nos detengan. Cuando nos encierren. Entonces es cuando se enterarán. Sabrán lo buenos que son ellos y lo malos que somos nosotros.

—Nosotros no somos malos.

—¡Claro que somos malos!

—No tanto. —Le miró fijamente a los ojos.

—Lo bastante malos —insistió él—. Muy malos.

—Pero no tan malos como ellos nos considerarán. No somos tan malos.

—Intenta decírselo.

—No tenemos que decirles nada. —Le dio unas palmaditas en la muñeca—. Lo único que hemos de hacer es procurar que no nos atrapen. Porque, si no nos atrapan, nunca se enterarán.

—Pero nosotros lo sabemos.

—Escucha, Nat. Estamos seguros de que no hemos matado a nadie. Ni hoy, ni anoche, ni nunca. Si dicen que lo hicimos, sabemos que se equivocan. De eso estamos seguros.

—No podemos demostrarlo. Aunque…

—¿Qué pasaría, si pudiéramos? —Gladden le miró con un asombro creciente en sus ojos e hizo que se abrieran como platos.

—Si pudiéramos —concluyó él—, valdría la pena intentarlo.

—Nat, no me vengas con adivinanzas. Dime de qué estás hablando.

—De entregarnos.

—¿Lo dices en serio?

Él asintió.

—¿Por qué lo dices?

—No lo sé.

—Entonces, no vuelvas a pensarlo.

—No puedo evitarlo —contestó él—. Es algo que está ahí, nada más. No puedo dejar de pensarlo.

—No serás capaz de hacerlo.

—Tampoco lo sé.

—Por favor, no sigas —le rogó—. Por favor, estás asustándome.

—No puedo evitarlo —repitió—. No quiero asustarte, pero es que no puedo evitarlo. Creo que tal vez deberíamos hacerlo.

—No.

Harbin tomó sus manos y las sujetó entre las suyas.

—Escúchame bien. Voy a decirte algo y quiero que me escuches muy atentamente. —Le estrechó fuertemente las manos, sin darse cuenta de la presión que aplicaba. Con un movimiento de barbilla, le señaló los rostros que desfilaban por el paseo en una corriente interminable—. Míralos. Mira sus caras. Todos deben de tener sus problemas. ¿Problemas? ¡Ni siquiera saben lo que significa esta palabra! Mira cómo caminan. Cuando salen a pasear, salen a pasear, y eso es todo. Cuando tú y yo salimos a pasear es como si estuviéramos arrastrándonos por un túnel en tinieblas, sin saber qué hay más adelante ni qué hay detrás. No quiero seguir así, es insoportable y quiero terminar con esta clase de vida.

Ella había cerrado los ojos y comenzó a agitar la cabeza en lentos y largos movimientos, manteniendo los ojos firmemente cerrados. Era lo único que podía

hacer.

—Escúchame —repitió—. Escúchame como lo haces cuando estamos planeando algo. Escucha de esa manera. Realmente, es lo mismo que un plan, sólo que es más claro, más abierto, con más posibilidades. Conque trata de escuchar bien. Iremos a la policía y nos entregaremos. Se lo contaremos todo, absolutamente todo. Al principio, no sabrán cómo tomárselo, pero estoy seguro de que les interesará y se lo creerán. Les haremos ver que habríamos podido huir, pero, en lugar de escapar y obligarles a perseguirnos, nos entregamos y les evitamos el trabajo. Nadie nos ha detenido. Hemos ido por propia voluntad. Eso equivale a facilitarles el trabajo, ahorrarles quebraderos de cabeza, resolver el asunto de la carretera y el de Baylock. Sobre todo, el de la carretera. La carretera es importante, porque siempre les duele que mueran policías y no paran hasta saber quién lo hizo, cómo y por qué. Se lo explicaremos y se darán cuenta de que jamás lo hubieran averiguado de no ser por nosotros. Y otra cosa muy importante: las esmeraldas. Devolveremos las esmeraldas. Sé que nos servirá de mucho. Quizá sean blandos con nosotros.

—Quizá —dijo ella—. Quizá, siempre quizá.

—Estoy seguro —insistió él—. Sé que serán benevolentes con nosotros.

—Blandos como un martillo pilón.

—Si nosotros…

—Ahora dices «si» —le interrumpió ella—. Antes era «quizá» y ahora es «si».

—No hay ninguna garantía. Nunca hay garantías. Pero si vamos por nuestra propia voluntad, lo explicamos todo y devolvemos las esmeraldas… Eso tiene mucho peso. Será una condena muy corta.

Gladden se apartó de él y lo contempló silenciosamente, como si estuviera mirándolo desde lo alto de una plataforma.

—Eso dices, pero no te lo crees. Tú sabes cuánto tiempo pasaremos en la cárcel. —Luego, al ver que él no respondía, prosiguió—: Hablas de nosotros, pero en realidad piensas solamente en ti. Sé lo que harás, porque te conozco. Cargarás tú con toda la responsabilidad.

Harbin se encogió de hombros.

—Me la cargarán de todos modos.

—No. Tú intentarás que te la carguen. Presentarás las cosas de forma que te corresponda la peor parte. —Se inclinó hacia él—. Para que a mí me resulte más leve. —Y luego, lentamente, con suavidad—: Ésta es una razón. Pero hay otra.

Él la miró como si ella fuese algo temible que avanzaba hacia él, algo que no era temible cuando lo mantenía oculto en su interior, pero que era muy temible cuando avanzaba sobre él desde el exterior.

—Lo estás deseando —afirmó Gladden—. Es lo que más deseas. Te alegrarás cuando te encierren. Cuanto más tiempo te tengan encerrado, más te gustará.

Harbin desvió la mirada.

—Deja de hablar como una idiota.

—Nat, mírame.

—Sé razonable y te miraré.

—Sabes que digo la verdad. Sabes que lo estás deseando.

Intentó decir algo. Las palabras formaron una cadena compacta y la cadena se rompió en su garganta.

—Lo deseas —repitió ella—. Sientes que va a suceder, y lo estás deseando.

De pronto, fue como estar jugando a tocar y parar, y supo que ella le había tocado y que ya no le servía de nada correr y esquivarla. Seguía sin saber qué decir. Se volvió para darle de nuevo la cara y vio que hacía una mueca de dolor y supo que la causante era su propia mirada. Trató de suprimirla pero no pudo. Toda su tortura se reflejaba en la mirada, y Gladden volvió a hacer la mueca.

—Por favor —le rogó Gladden—, no te desmorones. Trata de pensar con claridad.

Hubo movimiento de engranajes en su cerebro.

—Estoy pensando serenamente. —Y entonces llegó la inundación, el estallido, el alivio—. Estoy deseándolo porque hace tiempo que me lo merezco. Demasiado tiempo. No soy más que un maldito ladrón hijo de perra, que no sirve para nada y me lo he buscado, y ahora es lo que quiero.

—Muy bien. —Su voz era suave y amable—. Si tanto lo deseas, yo también. Quiero lo que tú quieras. Iremos juntos.

Harbin la miró, esperó y se preguntó a qué estaba esperando, y gradualmente comprendió que estaba esperando a que ella estallara. Pero no parecía que fuese a estallar. Lo único que hizo fue suspirar. Fue casi como un suspiro de alivio.

—Ahora —dijo él—. No esperemos más. Vamos ahora mismo. —La tomó de la mano para ayudarla a levantarse del banco, pero de pronto vio que ella no le estaba mirando. Tenía la vista fija en otra cosa, hacia algo situado detrás del banco. Volvió la cabeza para ver qué estaba mirando.

Vio la pistola. Y, por encima de la pistola, los labios que sonreían levemente, los ojos color aguamarina calladamente satisfechos, el rostro de Charley.

19

Harbin se dijo que era como una tempestad repentina, y la pauta negativa que representaba coincidía con la pauta de las restantes cosas que habían sucedido. Supo que los ojos color aguamarina habían estado vigilándoles cuando salieron del hotel, les habían seguido por el paseo, hasta aquí, habían esperado y Charley había elegido el momento. Y éste era el momento.

Vieron la pistola sólo el tiempo necesario para que supieran que estaba allí. Luego Charley la ocultó bajo su chaqueta, que mostraba un pequeño bulto en el punto en que la boca del cañón presionaba sobre la ropa. Charley estaba de pie, dando la espalda a la barandilla del pabellón, y comenzó a deslizarse hacia las escaleras que descendían a la playa.

—Por aquí —les ordenó—. Y no olvidéis el maletín.

Harbin estudió su voz, detectó en ella un matiz de histeria y supo que no le quedaba más alternativa que tomar el maletín y seguir a Charley hacia la playa. Gladden alzó la vista hacia él, para ver qué quería que hiciera. Él le dirigió una sonrisa, se encogió de hombros y, asiendo el maletín, la siguió hacia las escaleras, bajándolas con el rostro de Charley ante ellos, mientras Charley descendía de espaldas.

Llegaron los tres a la playa. Charley se movió para encañonarlos por la espalda.

—Vamos a dar un paseo —dijo Charley—. Vamos a contemplar el océano.

Cruzaron la playa en dirección al océano. La luna llena derramaba un resplandor blanco azulado sobre el negro del agua. El resplandor parecía fundirse y ensancharse al llegar al borde de la playa. Flotaba hacia la arena como una gasa de color azul claro que absorbía la sombra y la tejía ante sus ojos mientras avanzaban hacia el agua.

La arena era blanca y tupida y se movía en pequeños montículos bajo sus pies. El sonido del océano, un sonido hosco y poderoso, se mezclaba con el zumbido que llegaba desde el paseo. Caminaron hacia la arena húmeda y compacta que bordeaba el océano. Los ruidos del paseo comenzaron a desvanecerse cuando llegaron a la arena húmeda, parecía muy lejano. Parecían hallarse lejos de todo.

—Volveos —ordenó Charley.

Se volvieron hacia él. Vieron el brillo del cañón de la pistola que les apuntaba.

Charley hizo un ademán con la pistola.

—Echa el maletín hacia aquí.

—Harbin lanzó el maletín sobre la arena. Charley lo tomó, lo sopesó, asintió muy lentamente y lo arrojó de nuevo hacia Harbin.

—Ábrelo —dijo Charley.

La pistola se aproximó a Harbin. Este desabrochó la correa del maletín y abrió la tapa. Mostró a Charley el centelleo verde de las gemas y sintió el fulgor de los ojos de Charley al verlas. Oyó la respiración de Gladden. Alzó la cabeza y vio la pistola y el rostro de Charley. Había algo muy extraño en él. Sus facciones parecían completamente desproporcionadas.

—Ahora ya las tengo —dijo Charley—. Ahora me las has dado.

—Muy bien. Cógelas.

—Todavía no. No sería justo. Para hacer las cosas bien, creo que voy a darte algo a cambio.

—Si disparas —le advirtió Harbin—, te oirán desde el paseo. La playa se llenará de gente y no podrás escapar.

Charley se acercó un poco más y la luz de la luna cayó de lleno sobre sus facciones contraídas.

—La última vez que me dijiste algo, lo creí. Hiciste que me olvidara del maletín y que saliera de la habitación sin él. Fue una jugada muy astuta, porque eres un manipulador muy hábil. Y eso significa que no voy a permitir que me confundas de nuevo.

—Mira, ya tienes el botín. ¿Por qué no te lo quedas y te vas de aquí?

Charley ladeó la cabeza de forma que quedó apoyada en su hombro. Su voz era amistosa.

—¿De verdad quieres que haga eso?

—Es lo único que puedes hacer.

—¿Y qué harás tú?

Harbin se encogió de hombros.

—Nada.

—¿Estás seguro? —Charley sonreía—. ¿Estás verdaderamente seguro?

Harbin volvió a encogerse de hombros.

—Piénsalo. No podemos hacer nada contra ti. Ya tenemos demasiados problemas con la policía.

Charley emitió una carcajada amigable.

—Eres realmente hábil, vaya si lo eres. Es fantástico ver de qué forma eludes una cuestión. Me gusta… —La carcajada se hizo frenética—. ¿Sabes lo que quieres hacer? —Señaló a Gladden con la pistola—. Quieres librarte de esta chica y volver con Della. Eso es lo que quieres. Y casi tengo ganas de dejar que lo hagas. Me gustaría estar a tu lado cuando vuelvas a aquella habitación. Me

gustaría estar allí cuando entres y veas a Della. Me gustaría ver tu cara de cerca y oír lo que le dices. Tendrás que llevar tú el peso de la conversación, porque yo no diré ni una palabra. Y sé que Della tampoco dirá nada.

Harbin sintió que algo seccionaba su interior, sintió que le arrancaban una parte de sí mismo.

Charley continuó hablando.

—Quizá lo que a Della le gustaba de ti era tu clase. Quizá fuera eso. Siempre decía que me faltaba clase. Le molestaba que hablara a gritos y me excitara. Tú no hablas a gritos y no te excitas, conque tal vez fuera eso lo que le gustó. Fuera lo que fuese, la enamoró. La enamoró del todo, locamente, hasta el punto de que al regresar a la habitación me la encuentro sentada en la cama y tú no estás. Naturalmente, le pregunto qué ha sucedido y Della empieza a contarme un cuento. Sé que es un cuento por la forma en que me lo explica. La veo en muy mal estado y luego empieza a llorar y ya no puede seguir hablando. Entonces comprendo. Sumo las piezas y cuando he tenido el total he visto que era demasiado, y no sé qué ha pasado, y la he sujetado por la garganta. La he estrangulado. He matado a Della con mis propias manos.

Charley respiraba pesadamente y le brillaba la cara. De pronto, pateó con malevolencia el maletín y lo hizo saltar por el aire de forma que las esmeraldas salieron despedidas, produjeron un relámpago verde y esparcieron destellos verdes por la arena.

—¡No las quiero! —gritó Charley. Comenzó a llorar, un llanto ruidoso e incontrolable—. ¡No me importan! ¿Me oyes? Lo único que me ha importado alguna vez ha sido Della. ¡Quiero que vuelva! ¿Me oyes? —Su llanto era desesperado. Empezaron a brotar gruesas lágrimas—. ¿Podré encontrar otra Della? No. Nunca. Sólo había una Della. Ahora está muerta y mi vida vacía. Pero sé una cosa… —Charley inclinó la cabeza, tratando de fulminar a Harbin con la mirada—. Sé que de no haber sido por ti…

—No lo hagas —rogó Harbin en voz baja.

—Tú…

—No lo hagas.

—Por favor, no lo hagas —chilló Gladden—. Por favor, Charley, por favor…

Charley se echó a reír sin dejar de llorar y avanzó con la pistola, y Harbin vio la ruptura que se había producido en el cerebro de Charley, vio su cerebro dividido mientras la pistola ascendía en una trayectoria oblicua que terminó cuando Charley detuvo la pistola muy cerca de su pecho. Los ojos de Charley estaban completamente abiertos, un brillo aguamarina rodeado de blanco. Entonces apretó el cañón contra su pecho y el dedo se puso rígido en el gatillo. Harbin vio venir el disparo, lo sintió, pero no hubo disparo porque Gladden saltó

y dejó caer su brazo sobre el de Charley, con toda su fuerza, y con el otro le golpeó violentamente el rostro. Harbin se agachó bajo la pistola y encajó su hombro en la entrepierna de Charley, empujando y apretando hasta hacerle perder el equilibrio, cayendo ambos sobre la arena. Quedó encima de Charley y le aferró la muñeca, utilizando su propio brazo como palanca para doblársela hacia atrás, más atrás. Vio la pistola en la mano de Charley, vio los dedos que se aflojaban y se separaban de la pistola, vio cómo caía, un azul oscuro que relucía en el aire y describía una curva hasta llegar a la arena. Se abalanzó sobre la pistola. Charley le pegó en la boca. Hizo otro intento de alcanzarla. Charley volvió a pegarle, un puñetazo en la sien. Siguió tratando de llegar a la pistola. Charley le aferró el cuello con las dos manos y comenzó a apretar.

Intentó liberar su cuello de las manos de Charley. Sentía la presión del pulgar sobre su vena yugular. El dolor era intenso y ascendía hasta sus ojos. Supo que éstos comenzaban a pugnar por saltar de sus órbitas. Le resultaba difícil ver. Su boca se abrió y le colgaba la lengua. Intentó usar sus brazos, pero no se los sentía. Toda su sensación se concentraba en la cabeza, y era una sensación de ir arriba y atrás, y a un lado y abajo hacia la nada. Veía el firmamento y las estrellas, puntos de luz sobre el azul oscuro, el inmenso azul oscuro que se deslizaba lentamente y caía sobre él, pero deslizándose fuera de su alcance. Y entonces oyó la voz de Gladden.

—¡Suéltalo! —decía Gladden—. ¡Te digo que lo sueltes!

Oyó el gruñido de Charley mientras seguía apretando. Sintió que su cabeza se desplomaba a un lado y le pareció que estaban arrancándole la cabeza del cuerpo. Entonces vio a Gladden, y en el mismo instante el rostro de Charley que se cernía sobre su propio rostro. Vio la pistola en manos de Gladden, todo muy próximo a sus ojos, tapándole la visión del firmamento. Oyó el disparo, vio el fogonazo, sintió la asfixia, oyó otro disparo, no vio nada, sintió la asfixia. Y otro disparo. Y otro. Y las manos de Charley soltaron su cuello. Vio el rostro de Charley y a Gladden, de pie, con la pistola humeante. Duró un instante, y en seguida la arena subió hacia él y le golpeó la cabeza.

20

Gladden le sostenía los brazos. Le hablaba, pero él no alcanzaba a comprender lo que le estaba diciendo. El dolor era cada vez más intenso, y no creía que pudiera incorporarse. Gladden trató de alzarlo de la arena. Sus piernas eran líquidas. Tenía los ojos cerrados y luchaba por ponerse en pie, tratando de escuchar lo que Gladden decía.

Luego, las palabras atravesaron el dolor y comenzó a oírlas. Ella le estaba diciendo que debía levantarse. Aunque no pudiera, tenía que levantarse.

—Han oído los tiros —decía—. Están viniendo.

Se esforzó como ella y logró ponerse de rodillas, de cara al paseo. Vio movimientos rápidos en el paseo, gente que acudía a la balaustrada y se apelotonaba en ella. Dentro de su campo de visión, todo el paseo estaba lleno de gente que corría hacia la baranda, intentando divisar la causa de aquellas detonaciones en la oscuridad de la playa. Cuando se puso en pie, tenía su brazo en torno a los hombros de Gladden. Miró hacia abajo y vio a Charley.

La luz de la luna caía sobre Charley iluminando especialmente la cabeza y los hombros. Parecía que la luz de la luna estuviera moviéndose, porque todavía fluía la sangre. A Charley sólo le quedaba una pequeña parte del rostro. El resto hizo que Harbin apartara rápidamente la vista. Miró hacia el paseo. Vio la multitud en movimiento y bajo las luces parecían pequeñas figuritas de esmalte que corrían en dirección a las diversas escaleras que bajaban a la playa. Por unos instantes su cabeza se nubló y tuvo que cerrar los ojos. Cuando los abrió vio la pistola sobre la arena, cerca de Charley. Volvió la cabeza y vio a Gladden. Estaba mirando hacia el paseo. Luego miró el cadáver tendido en la arena. Después volvió a mirar al paseo.

—No podemos escapar —dijo ella—. No sirve de nada correr.

—Vale más que corramos. Vamos ya.

—¿Adónde? —preguntó—. Mira. —Señaló hacia el paseo, a uno y otro lado. Todas las escaleras que comunicaban el paseo con la playa estaban llenas de gente que bajaba; la escalera que quedaba justo enfrente de ellos, las escaleras de ambos lados, y todas las escaleras. Harbin miró. Oyó el rumor de la gente, el creciente rumor de la gente y, repentinamente, un sonido que traspasó el rumor. Era un sonido de silbatos. Supo que eran los silbatos de la policía, y algo le impulsó a mirar de nuevo el cadáver. Se dijo que el cadáver era el de un policía y que, tarde o temprano, sería identificado como tal. Sabía que ello equivalía a un rápido veredicto por parte de cualquier jurado, de modo que, se dijo, tenían que

huir. Pero no podían huir porque, si huían, tropezarían con la gente y con la policía que corría hacia ellos desde el frente y desde ambos lados. Miró a Gladden. Asió su muñeca. Su corazón empezó a latir precipitadamente.

—Eso es —exclamó—. No hay más alternativa.

—Tendremos que ir muy adentro.

—Muy, muy adentro. —Echaron a correr hacia el agua. Veía claramente el plan de fuga y, conforme el plan iba tomando cuerpo, se elevó sobre el dolor y la debilidad y se mantuvo ahí mientras corría con Gladden hacia el agua.

—Nat —jadeó ella—, ¿podrás nadar?

—Ya has visto cómo nado.

—Ahora. ¿Podrás nadar ahora?

—No te preocupes. Nadaré. —Llegaron a la arena resplandeciente y mojada. Gladden iba delante, pero aminoró el paso para esperarle.

—No te detengas —dijo él—. Sigue adelante.

Se metieron en el agua. Corrieron por el agua poco profunda, que llegaba en mansas oleadas que morían en la playa. La espuma de las olas grandes era densa y muy blanca sobre el negro del océano. Avanzaron hacia las olas grandes con el agua hasta las rodillas. Las olas rompían justo enfrente suyo. Vio que Gladden todavía llevaba puesto el sombrero, el sombrero nuevo que había comprado en una tienda del paseo. El sombrero, naranja vivo, se destacaba nítidamente sobre el agua negra. Harbin estaba directamente detrás de Gladden cuando ella se arrojó bajo una ola, y la siguió por debajo, salió a la superficie junto a ella y vio que seguía llevando puesto el sombrero.

—Quítate el sombrero —le aconsejó—. Podrían verlo desde la playa.

—Tendré que quitarme algo más que el sombrero —respondió ella, obedeciendo su indicación—. Los zapatos pesan demasiado.

—Espera a que estemos más lejos. —Pero sabía que no podrían esperar mucho más. Sus ropas y sus zapatos tiraban de él hacia el fondo. Se sentía como si estuviera arrastrando un carro por el agua. Pasó nadando ante Gladden mientras ella se sumergía para quitarse el sombrero naranja, arrugarlo y dejar que se hundiera. Recordó las veces en que había visto a Gladden de niña nadando en las piscinas públicas. Era una buena nadadora, y la natación era una práctica que, una vez adquirida, jamás se perdía. Le reconfortó un tanto saber que nadaba bien. Pasó bajo otra ola, sumergiéndose profundamente, y luego miró a su alrededor y vio a Gladden nadando hacia él. Distinguía claramente su rostro sobre la oscuridad del agua y vio que sonreía. Olvidó lo que estaban haciendo ahí en el océano, de noche, y se imaginó que había salido con Gladden para divertirse un rato nadando en el Atlántico. Entonces sintió el peso de la ropa y los zapatos, que tiraban de él hacia abajo, y recordó lo que estaban haciendo

allí, lo que trataban de hacer, y le entró pánico.

Sintió un pánico enorme, porque todo era enorme. El firmamento era enorme y el océano también. Las olas eran enormes. Las crestas de las olas quedaban muy por encima de su cabeza, y la espuma descendía como la boca espumosa de una enorme bestia que se abalanzaba sobre él. Se sumergió, salió a la superficie, se sumergió de nuevo y trató de deslizarse por debajo de la intensa corriente de las olas. Gladden llegó a su lado y se sumergieron juntos bajo una ola. Harbin no logró sumergirse lo suficiente y el impulso de la ola se apoderó de él y le hizo perder el equilibrio. Chocó contra el fondo del océano. Allí, el pánico se hizo enorme y tuvo la sensación de hallarse a muchos metros de profundidad, en el fondo del océano y de la noche. Pero al enderezarse descubrió que hacía pie y que el agua solamente le llegaba al pecho. Estaba de cara al paseo y vio las luces y los colores en movimiento, y una vaga actividad en la playa, pero eso era todo. No quiso perder más tiempo mirando. Se volvió y pasó bajo otra enorme ola en el momento en que ésta empezaba a desplomarse sobre él. Vio que Gladden iba varios metros por delante, nadando sin dificultad. Vio flotar sus cabellos, un brillo dorado sobre el agua negra.

Atravesaron las olas y las rompientes, nadando hacia alta mar, y llegaron a aguas más profundas. Siguieron nadando, procurando mantenerse juntos y concentrándose en la natación. Allí, el agua estaba en calma. Harbin decidió que ya podían comenzar a nadar en serio y, para ello, tendrían que despojarse de las ropas y los zapatos.

—Espera un poco —dijo.

—¿Estás bien?

—Perfectamente. Quítate la ropa.

Se mantuvieron a flote agitando los pies mientras se quitaban la ropa. Harbin tuvo dificultades con los cordones de sus zapatos y tuvo que zambullirse varias veces, sintiendo que se hundía mientras luchaba por deshacerlos. Finalmente, logró quitárselos y le gustó sentir sus piernas moviéndose libremente en el agua. Se quitó la ropa y retiró su cartera de los pantalones, sacó los billetes de la cartera y los embutió dentro de los calcetines, de forma que pudiera sentir la seguridad del papel moneda en los tobillos y en las plantas de los pies. Se había desprendido de toda la ropa, a excepción de los calzoncillos y de los calcetines. Pensó en el dinero y fue un pensamiento agradable, porque sabía hasta qué punto dependerían de él cuando salieran del agua.

Entonces se preguntó cuándo saldrían del agua. Se preguntó si llegarían a salir alguna vez. Esto resucitó el pánico y Harbin comenzó a apostrofarse por permitir que le ocurrieran tales cosas. Se dijo que todo acabaría bien. Era la mejor manera de verlo, porque verdaderamente todo iba a acabar bien. Miró a

Gladden. Estaba sonriendo. Era la misma sonrisa que le había mostrado cuando trataban de cruzar los rompientes. De repente, contemplando la sonrisa, supo que había algo malo en ella. No era una verdadera sonrisa. Más bien parecía una mueca.

—Gladden.

—¿Sí?

—¿Qué anda mal?

—Nada.

—Dímelo, Gladden.

—Te digo que no pasa nada.

—¿Estás cansada?

—En absoluto. —Su rostro se bamboleaba arriba y abajo en el agua. Seguía sonriendo.

—Gladden —insistió—, escucha, Gladden. —Se le acercó—. Saldremos de esta.

—Claro que saldremos.

—Nadaremos mar adentro. Tenemos que ir muy adentro.

—Muy adentro —repitió.

—Muy, muy adentro. Buscarán en el agua. Puede que busquen muy adentro.

—Ya lo sé.

—Luego —prosiguió—, cuando estemos lo bastante lejos, giraremos y seguiremos la línea de la costa. La seguiremos durante un tiempo y luego volveremos hacia la playa.

Ella asintió.

—Ya entiendo.

—Saldremos por algún lugar que parezca seguro.

—Claro —asintió ella—. Así es como lo haremos.

—Todavía tengo el dinero —le dijo—. Lo he metido en los calcetines. Mientras tengamos el dinero, podremos arreglárnoslas. Hay mucho dinero, y sé que nos las arreglaremos.

—Cuando hayamos vuelto a la playa.

—No tardaremos mucho.

—¿Cuánto tiempo? —Perdió la sonrisa, pero rápidamente volvió a componerla.

—No mucho —respondió—. Ahora, hemos de procurar no cansarnos. Iremos despacio y no nos cansaremos.

—No estoy en absoluto cansada. —La sonrisa se hizo más abierta—. Apuesto a que la playa está llena de gente.

—Atestada. —Quiso mirar hacia la playa, pero algo le dijo que no debía

hacerlo. Sabía que estaba muy lejos y no quería que Gladden le viera mirando hacia la playa lejana—. Supongo que estarán todos sin saber qué hacer. Una muchedumbre en la playa, desconcertada y pensando que seguramente se ha suicidado.

—Eso es bueno —contestó ella—. Significa que no nos buscarán.

—Me alegro de que no estés cansada —dijo él—. Mira, Gladden…

—¿Sí? ¿Sí?

—Si te cansas, quiero que me lo digas. ¿Me oyes?

—De acuerdo —asintió ella—. Te lo diré.

—Hablo en serio. —Se aproximó más y la contempló detenidamente—. Si te cansas, es importante que me avises en seguida. Aún tenemos que nadar mucho.

—Muy bien. Pues nademos.

Continuaron nadando. Sin ropa y sin zapatos les resultaba más fácil, y siguieron mar adentro a través del agua calmada, internándose en el océano hacia una densa oscuridad, sin nada ante ellos salvo la negrura del agua y del cielo, excepto en el punto en que la luna se recortaba sobre el océano. La luna quedaba muy a un lado y proseguía lentamente su camino mientras ellos nadaban mar adentro.

21

Y mientras nadaba, un poco por detrás de Gladden para no perderla de vista y saber cómo iba, Harbin empezó a pensar en Della. No se dio cuenta de que estaba pensando en ella. Ocurrió simplemente que Della se introdujo en sus pensamientos y comenzó a dominar su estado de ánimo. Se infiltró algo más de Della y él la vio por alguna parte. Era algo fuera de lo común.

Esa era una de las características de Della, la forma en que se apartaba de lo común. Y, sin embargo, las cosas elementales que ella había anhelado eran en verdad muy comunes. Lo único que había querido era vivir con él en la casa de la colina, nada más que vivir allí con él. No podía haber nada más común que esto. No era mucho pedir, por cierto.

Ante él, en la superficie del agua, el cabello dorado llamó a sus ojos y a su mente, empujando suavemente a Della y obligándola a retirarse. Sintió cómo ocurría y por unos instantes no quiso que ocurriera. Se opuso. Pero ocurría. Della se retiraba, abandonaba su mente. Todos sus pensamientos eran para Gladden.

Gritó su nombre. Ella dejó de nadar y Harbin llegó a su lado. Se mantuvieron a flote agitando los pies.

—¿Qué pasa? —preguntó, sonriendo.

—Quiero descansar los brazos. —Pero no era cierto. Sus brazos estaban bien. Todo él se sentía bien y lograba mantenerse muy por encima del dolor de la garganta—. Te prometo una cosa. Te prometo que nunca volveré a tener ideas como las que tuve en el paseo. Me refiero a lo de entregarnos a la policía. En aquel momento, tenía cierto sentido, pero ahora ya no lo tiene. En absoluto. Nos harían cargar con toda la culpa y nunca saldríamos de la cárcel.

—Eso es seguro. Ya contaba con ello. —La sonrisa había desaparecido, pero le miraba de un modo extraño—. ¿Por qué me lo dices?

—Solamente para que lo sepas.

Ella asintió.

—Me alegro de que me lo hayas dicho. —De repente, la sonrisa volvió a aparecer—. Pero, Nat, no hace falta que me lo digas.

—Escucha —respondió él—, ¿te pasa algo?

—¿Por qué?

—¿Por qué estás sonriendo?

—¿Sonriendo? —Se concentró en la sonrisa y logró que se desvaneciera—. Yo no sonrío.

—¿Qué te preocupa?

—No me preocupa nada —le aseguró—. Estamos aquí nadando y dentro de poco volveremos a la playa. —Volvió a mostrarle la sonrisa que no era tal sonrisa.

Luego, de repente, cruzó el agua hacia él y le rodeó el cuello con sus brazos.

—Sostenme —le pidió—. Por favor, sostenme.

La sostuvo. Sintió su peso, y comprendió que había dejado de agitar los pies. La sostuvo en el agua y notó la mata empapada de sus cabellos junto a su rostro.

—Lo he estropeado —se lamentó ella—. ¿Te das cuenta? Siempre te lo estropeo todo. Siempre he querido que todo te fuera bien y siempre he hecho que te fuera mal.

—Eso no es verdad. No vuelvas a decirlo.

—Soy un lastre. Como ahora, que te estoy lastrando. Siempre he sido una carga para ti.

—No sigas —le rogó—. No sigas. No sigas.

—No puedo evitarlo.

—No quiero que sigas. Olvídalo.

—La pistola —dijo ella—. Todavía siento la pistola en la mano.

—La pistola formaba parte de una situación. No podías cambiar la situación.

—Es pesada. No puedo soltarla.

—Escúchame. —Trató de tranquilizarla—. Tenías que utilizar la pistola. Si no hubieras disparado, ahora yo estaría muerto.

—Es cierto.

—Claro que sí —dijo Harbin—. Es la única forma de verlo.

—Era lo único que podía hacer. Tenía que disparar.

—Pues claro que tenías que disparar.

—Para matarlo —añadió ella.

—Para que no me matara.

—Pero, mira —insistió—, lo he matado. Yo lo he matado.

—Por mi causa.

—No. —Gladden se desprendió de él, retrocedió en el agua y se sostuvo con cierta ausencia de esfuerzo, como si se mantuviera en equilibrio sobre una plataforma flotante bajo la superficie—. No ha sido por tu causa. No pensaba en ti. Sólo pensaba en mí. En mí. En que no quería perderte. ¿Comprendes? No quería perderte, y por eso lo maté. No por tu causa, para que siguieras vivo, sino por mi causa. Por eso ha sido un acto egoísta. Un asesinato. ¿Comprendes? Lo he asesinado.

—No. Por favor, por favor, no. —Se aproximó a ella y volvió a sostenerla.

—No, deja.

—Gladden…

—Déjame. —Se retorció entre sus brazos. Su cabeza se sumergió bajo el agua. Sacó la cabeza del agua y hubo una salpicadura de espuma—. Déjame. —Su voz se convirtió en un chillido—. Maldito seas, suéltame. —Le tiró del cabello, echándole la cabeza atrás para obligarle a que la soltara—. No quiero que me sostengas. Me sostienes como si yo fuera una niña y tú mi padre.

A Harbin le entró agua en los ojos. Sintió vértigo y de algún modo perdió la conciencia de lo que estaba ocurriendo. Entonces vio a Gladden que se alejaba a nado. Nadaba muy deprisa. Había algo de frenético en su forma de nadar para alejarse de él. Le gritó, diciéndole que dejara de nadar de aquella manera enloquecida. Observó la velocidad con que nadaba y comprendió que no podría mantener este ritmo durante mucho tiempo. Una ola pequeña le salpicó la cara y volvió a inundarle los ojos. Luego empezó a metérsele mucha agua en los ojos, porque estaba cortando el agua con los brazos para ir en pos de Gladden.

Pero ella iba muy deprisa y pronto la perdió de vista. Gritó, y no hubo respuesta. Volvió a gritar y trató de localizarla, pero lo único que veía era el negro del agua y del cielo y, de pronto, perdió todo sentido de la orientación y le pareció que no llegaría a ninguna parte. Casi inmediatamente divisó las luces, la fina línea brillante de las farolas del paseo. Las luces estaban muy lejos. Le costó creer que estuvieran tan distantes. La vasta distancia que los separaba de las luces de la costa le hizo sentir una horrible aprensión, y rápidamente se volvió de espaldas a las luces. Gritó el nombre de Gladden.

No hubo respuesta. Volvió a gritar. Su voz viajó solitaria sobre las olas y regresó hacia él como el eco de un abismo. Gritó tan fuerte como pudo sin dejar de nadar a toda prisa, sabiendo que debía alcanzar a Gladden, sabiendo plena y absolutamente que debía nadar más velozmente porque Gladden estaba internándose en el océano y no tardaría en quedar agotada.

Sus ojos se esforzaron por penetrar en la negrura, tratando de vislumbrarla. Lo único que vio fue la negrura. Siguió gritando su nombre mientras chapoteaba en el agua. El agua se metió en su boca y le hizo toser. Luego, desde una distancia que le pareció inmensa, le llegó un chillido. Era Gladden. Estaba gritando su nombre. Su voz era débil y comprendió que se hallaba en un grave aprieto. Se azuzó para nadar más deprisa al oír que Gladden le llamaba, sabiendo que no había podido pensar racionalmente cuando se alejó de él y que ahora había recobrado la razón al verse en peligro. Estaba llamándole, pidiéndole que se diera prisa. Necesitaba su ayuda. Estaba ahogándose.

Y entonces vio a lo lejos algo dorado en la superficie del océano. Por un instante estuvo allí y en el instante siguiente ya no estaba. Agitó furiosamente los brazos, pateó el agua, vio la dorada cabellera que volvía a aparecer, vio algo blanco y delgado que se alzaba a ambos lados de la cabellera dorada. Era

Gladden que extendía sus delgados bracitos hacia arriba, se aferraba al cielo, y Harbin comprendió que verdaderamente estaba ahogándose.

Sabía que estaba nadando mucho más deprisa de lo que en realidad era capaz. Se dijo que pronto llegaría junto a Gladden y la sostendría antes de que se hundiera, y siguió diciéndoselo mientras se apresuraba hacia la cabellera dorada que flotaba yerta sobre la superficie, hacia los brazos que todavía se divisaban, pero inmóviles, y cada vez se iban viendo menos a medida que el resto del cuerpo tiraba de ellos hacia abajo.

Ya sólo podía ver las manos de Gladden sobre el agua. Permanecieron allí unos instantes, se sumergieron y ya sólo quedó la negrura ante sus ojos.

La nada se cerró en torno a él. Estaba en el centro de la nada, absorbido por ella, arrastrado por ella, sumergiéndose en ella, conociendo la sensación del descenso. Lo que vio después fue un verde líquido, un verde oscuro con círculos de luz que giraban hasta salir de su campo de visión. Comprendió que estaba nadando hacia el fondo, nadando en pos de Gladden. Se dio cuenta de que estaba sumergiéndose profundamente y se dijo que debía seguir descendiendo, descender hasta encontrar a Gladden. Una llamarada de dolor salió disparada de sus ojos hasta la parte posterior de su cabeza. Quiso cerrar los ojos, pero los mantuvo bien abiertos, esforzándose por ver a Gladden.

La vio. Más abajo, a un lado y descendiendo suavemente, hundiéndose como en un sueño, Gladden tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, los brazos separados del cuerpo, la dorada cabellera ondulando en el agua verdosa. Siguió nadando hacia el fondo y vio los brazos de Gladden que se movían, como si se tendieran hacia él. Se dijo que era demasiado tarde, que ya no podía hacer nada por ella. Estaban los dos a una gran profundidad y se dio cuenta de que ya no le quedaba aire en los pulmones. Se dijo que debía apresurarse a regresar hacia la superficie. Pero vio los brazos de Gladden que se extendían hacia él, y era Gladden, era la hija de Gerald, y sólo podía hacer una cosa, sólo podía hacer lo honorable. Siguió nadando hacia Gladden, llegó a su lado, la sujetó y trató desesperadamente de izarla con él a través del agua, pero no lo logró, y los dos se hundieron juntos.